

HISTORIAS DE VIDA DE LA POBLACIÓN TRANS QUE VISIBILIZAN SU PROCESO VITAL



➤ **Ayuntamiento de Madrid**

- ✓ Área de Gobierno de Políticas de Género y Diversidad
- ✓ Dirección General de Políticas de Promoción de la Igualdad y no discriminación

➤ **Asociación Española de Transexualia (transexualia.org)**

➤ **Directora**

- ✓ Myriam Pérez Andrada

➤ **Redactoras**

- ✓ Eva Rueda Thomas
- ✓ Myriam Pérez Andrada
- ✓ Cristina Jiménez Molina

Edición 2019

INDICE

I. INTRODUCCIÓN	1
1.1 CONTEXTUALIZACIÓN, ALCANCE Y EVOLUCIÓN DEL COLECTIVO TRANS	1
1.2 PERSONAS TRANS, UN COLECTIVO DIVERSO QUE LUCHA POR SU INCLUSIÓN EN LA SOCIEDAD	3
II. HISTORIAS DE VIDA DE PERSONAS TRANS RESIDENTES EN LA CIUDAD DE MADRID.	2
MÓNICA	2
MAR	10
CRIS	17
HELENA	21
MIRELLA	24
SONIA	28
DAYANA	34
SHEILA	38
BRENDA	42
MARTA	47
CARLA	51
SETH	58
JUANI	62
NEREIDA	65
ERIKA	68
CARLA	73
VICKY	77
MARÍA ROSA	83
LANNA	88
SARAY	92
AUDREUY	97
SILVIA	100
III. CONCLUSIONES	106

I. INTRODUCCIÓN

Antes de exponer las historias de vida de las personas trans que residen en la Comunidad de Madrid se ha considerado conveniente mostrar unas pinceladas sobre el contexto de la transexualidad, así como hacer una primera aproximación a la vida de las personas trans que han decidido compartir con toda la sociedad madrileña sus vidas.

Señalar que este acto de generosidad por parte de las personas trans tendrá un impacto muy positivo en la inclusión del colectivo trans, dado que impulsará la normalización del mismo, permitirá a las menores trans tener referentes de superación que les ayuden en su momento de transición y acercará la realidad del colectivo a la sociedad madrileña. Consciente de este impacto el Ayuntamiento de Madrid no dudó en financiar la realización y publicación del mismo.

1.1 CONTEXTUALIZACIÓN, ALCANCE Y EVOLUCIÓN DEL COLECTIVO TRANS

El colectivo trans está formado por aquellas personas cuyo sexo asignado al nacer no coincide con su identidad de género y tal y como se pone de manifiesto a lo largo de este documento es un colectivo diverso integrado por hombres, mujeres, personas nacidas en distintos países, de diferentes etnias, religiones, culturas, etc.

En la actualidad no hay constancia de datos oficiales fiables y verificables que muestren el alcance de la población trans, si bien La Fundación para la Identidad de Género que en el año 2012 publicó la existencia de una incidencia de población Trans en la Comunidad de Madrid de 499 mujeres y 182 hombres. Estas cifras se corresponden con estadísticas históricas (1/10.000 en mujeres trans y 1/30.000 en hombres trans), que tienen su origen en las evaluaciones de la Clínica de Ámsterdam realizadas a principios de la década del 2000 sobre población que solicitaba asistencia en la Clínica.

No obstante, esta falta de datos no invisibiliza la existencia y evolución del colectivo trans. Señalar, que si bien durante en la 2018, la Organización Mundial de la Salud (CIE-11) ha eliminado todas las categorías patologizantes que afectan de una u otra manera a las personas trans, incluyendo el "trastorno de identidad de género", y la sustituyó por la clasificación: "incongruencia de género en la adolescencia y la edad adulta" e "incongruencia de género en la infancia". Asimismo, hay que señalar como un hito el hecho de que este organismo haya impulsado la eliminación de todas las referencias a las personas trans en el capítulo sobre trastornos mentales. En línea con este hito, a partir de 2018 la definición para adultos y adolescentes trans, según la Organización

Mundial de la Salud es "Una incongruencia marcada y persistente entre el género experimentado del individuo y el sexo asignado, que a menudo conduce a un deseo de 'transición' para vivir y ser aceptado como una persona del género experimentado a través del tratamiento hormonal, la cirugía u otras prestaciones sanitarias para alinear el cuerpo, tanto como se desee y en la medida de lo posible, con el género experimentado. El diagnóstico no puede asignarse antes del inicio de la pubertad. El comportamiento y las preferencias de género por sí solas no son una base para asignar el diagnóstico".

A este hito se ha llegado, entre otros motivos, por la aprobación de leyes dirigidas a reconocer los derechos de este colectivo, tanto a nivel internacional, como nacional y regional. A nivel regional es importante señalar que **La aprobación de la Ley 2/2016, de 29 de marzo, de Identidad y Expresión de Género e Igualdad Social y no Discriminación de la Comunidad de Madrid**, facilitó a las personas trans el acceso los servicios públicos que necesiten relacionados con **la promoción del empleo, la asistencia social, el acceso a la educación y la prestación médica** y a través de su artículo 19 **partir del artículo 19** creó la Unidad de Identidad de Género, al establecer en el punto 7 que *“la Unidad, en coordinación con la Unidad de Referencia estatal correspondiente, definirá cuáles son las mejores prácticas médicas relacionadas con la transexualidad; dicha coordinación quedará sin efecto en el caso de que la Unidad sea designada Unidad de Referencia estatal por la Administración competente”*. La aprobación de esta ley, unido al anonimato que ofrece para la ciudad de Madrid al colectivo Trans ha convertido a la ciudad en receptora de personas trans proveniente no solo de otros países, sino también de otras regiones españolas.

Por otro lado, señalar que si bien no existen datos oficiales a nivel del municipio de Madrid, El estudio sobre la situación de la población trans que reside en la Comunidad de Madrid, necesidades y expectativas del Colectivo realizado por la Asociación Transexualia en el año 2019 puso de manifiesto en relación con:

- ✓ **El nivel de estudios que el 3 %** de personas encuestadas no tienen estudios, frente a un 29% que cuentan con estudios superiores.
- ✓ **Su situación laboral** pone de relieve que existe un 37% de personas trans que están estudiando (incluido un 6% que estudian y trabajan) y un 53% que no tiene empleo (15% se encuentra estudiando, 26% buscando trabajo y 12% en paro). Solo un 31% de personas trans trabajan.
- ✓ **Las situaciones de acoso y los delitos de odio** que un 38% de las personas trans encuestadas han sufrido acoso por parte de la Policía, cuando éste es el organismo responsable de protegerlas frente a los delitos de odio.

- ✓ **Las necesidades que tiene el colectivo: un 53% de la población trans requieren de un apoyo psicológico, un 49% de apoyo para encontrar una vivienda, un 45% apoyo para llevar a cabo las operaciones necesarias para su transición y un 38% requieren de apoyo en el acceso al mercado de trabajo**

Por último, señalar que este estudio puso de manifiesto que *“La principal demanda de la población trans residente en la región es conseguir su verdadera inclusión en la sociedad, no siendo discriminadas por su identidad de género. Por ello, las personas trans piden que se las respete y que no sean juzgadas, sobre todo en el momento en el que muestran una identidad de género distinta al sexo asignado y durante su transición al género sentido”*

1.2 PERSONAS TRANS, UN COLECTIVO DIVERSO QUE LUCHA POR SU INCLUSIÓN EN LA SOCIEDAD

“Somos personas normales” reiteran Marta, Cris, Sheila, Berta, Juani, Sonia, Victoria, Carla, Mónica... al tiempo que piden insistentemente “Respeto” y “Dignidad” a la sociedad.

Las diferentes leyes aprobadas a nivel estatal y regional en los últimos años han reconocido los derechos de la población trans. Sin embargo, no han logrado erradicar los estereotipos que existen sobre este colectivo ni garantizar su igualdad de oportunidades con el resto de la ciudadanía. En el siglo pasado, en nuestro país, las personas trans fueron perseguidas, encarceladas, consideradas enfermas y humilladas. Junto al rechazo de la sociedad, muchas de ellas, tuvieron que afrontar el abandono de sus familias, lo que les llevó a enfrentarse a una situación de vulnerabilidad que les marcó el resto de sus vidas. Ante esta situación, su día a día se convirtió en una superación y lucha continua para alcanzar su integración sociolaboral.

Y es precisamente esta intensa lucha lo que les ha llevado a convertirse, en la actualidad, en las grandes personas que son, hombres y mujeres que merecen el respeto y la admiración de todos/as.

Poner en valor al colectivo trans y unirse a su lucha es una prioridad para el Ayuntamiento de Madrid. Por ese motivo, ha decidido lanzar esta iniciativa, que tiene como objetivo acercar a la población trans a la ciudadanía madrileña, acabar con los estereotipos que existe sobre ella y mostrar a la sociedad la diversidad de estas personas al que les une

un deseo común: **“conseguir su inclusión real en la sociedad y lograr que ésta le acepte tal y como son, sin ser juzgadas ni estereotipadas”**.

Señalar que a través del relato de sus historias, las personas trans nos cuentan de manera transparente y abierta sus vidas, sus dudas, sus sufrimientos y alegrías, así como los obstáculos que han tenido que superar para sentirse ellas mismas: personas libres. Nos confían decenas de anécdotas y situaciones reales que han vivido, que les han hecho reír y que le han hecho llorar. Algunas se han emocionado al recordar su infancia, a sus padres y hermanos/as -muy lejos y sin apenas contacto-, otras/os nos han relatado cómo han sobrevivido y se sienten “algo rotas por dentro” y no ha faltado quién empoderadas han relatado su lucha, para poder ser personas trans. Y con sus testimonios esperan que la sociedad les conozcan, empaticen con ellas y les acepten como son. Quieren transmitir a la sociedad que han superado las barreras que la vida les ha puesto en su camino y que esta situación le ha hecho más fuertes, resilientes y capaces de poder volver a superar cualquier nuevo reto (un nuevo trabajo, estudios superiores, superación de una enfermedad, el reencuentro con la familia que les abandonó, la soledad no deseada, el desarraigo ante la inmigración, etc.).

Y a pesar de la gran cantidad de obstáculos a los que han tenido que enfrentarse para poder vivir en su género sentido, **la felicidad es el sentimiento con el que todas describen su tránsito**, el momento en el que éste se hace efectivo - bien por tratamiento de hormonación o por la operación de reasignación de sexo-. Es el momento con el que llevan toda la vida soñando y por fin se hace realidad. Es el comienzo de sus vidas.

Entre las personas trans que voluntariamente han decidido compartir sus vidas con la sociedad, algunas reflejan patrones similares en su infancia: pérdida de la madre o el padre a una edad temprana, interrupción de la educación, situaciones de acoso escolar o rechazo de su entorno por su condición de trans, etc. Sin embargo, en este colectivo también hay personas trans, sobre todo jóvenes y nacidas en Madrid, que han podido enfrentarse a su situación con el apoyo incondicional de sus familias, lo que pone de manifiesto la tolerancia de la ciudadanía madrileña. Y es esta tolerancia la que motiva a muchas personas trans a venir a vivir a la ciudad de Madrid en búsqueda de una vida mejor.

Asimismo, entre las personas trans hay quienes han logrado conseguir un trabajo y llevar una vida digna. Se dedican a la moda, al cuidado de ancianos, a la interpretación o a la política. Algunas, sin embargo, siguen buscando ese trabajo que les ayude a tener

cubiertas sus necesidades básicas y continúan, por tanto, necesitando del apoyo de las administraciones públicas. Son personas generosas, que incluso en estas situaciones (no cuentan con ingresos derivados de su trabajo) no dudan en trabajar para ayudar a sus compañeras/os trans en su proceso de transición y unirse a la lucha por los derechos del colectivo.

Por otro lado, tal y como se desprende de la vida de algunas de las personas trans, la prostitución ha sido la única forma de vida para algunas de ellas. Sin embargo, juzgarlas sin conocer las razones que les llevaron a optar por esta vida no es justo. Se trata de mujeres que tuvieron que huir de sus países por peligro de muerte o cárcel, mujeres que fueron expulsadas de sus hogares sin más pertenencias que su ropa, mujeres a las que la sociedad no les facilitó su integración y para las cuáles el trabajo de la calle fue su “supervivencia”. Muestra de ello, es que cuando éstas tienen la posibilidad de abandonar el trabajo sexual, no han dudado en hacerlo.

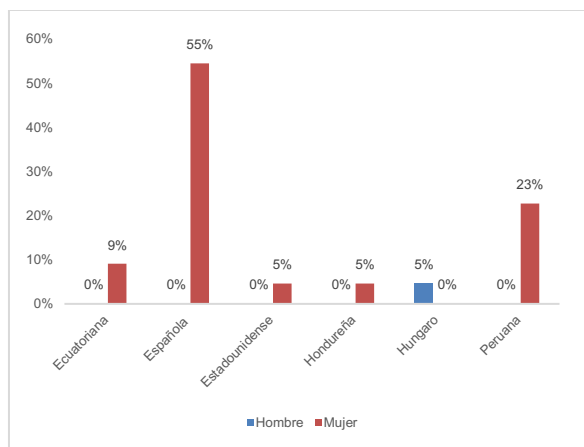
La población trans residente en la ciudad de Madrid es un reflejo de la diversidad de la sociedad. Se trata de un colectivo integrado por personas de ambos sexos, de múltiples nacionalidades, nacidas en diferentes regiones españolas, con diferentes creencias, con niveles de vida muy distintos, con trabajo remunerado y en situación de búsqueda de empleo, con diferentes apoyo familiar etc., personas que ha decidido participar en esta iniciativa principalmente por dos motivos:

- **“Quieren que la sociedad les integre y les respeten”** y consideran que contando sus vidas darán un paso importante hacia la consecución de este hecho, pues contribuirá a acabar con los estereotipos que todavía existen sobre ellas.

- **“Quieren mostrar a otras personas trans que acaban de ser consciente de su situación** (sobre todo de los/as/les menores trans) **que no hay barrera que no se pueda superar con esfuerzo. Quieren decirles que ellas podrán tener la vida que deseen**, ya que en la ciudad de Madrid, en la que viven, existe una legislación que reconoce sus derechos, unas administraciones que les apoyan y una ciudadanía cada día más “friendly” con el colectivo de personas trans.

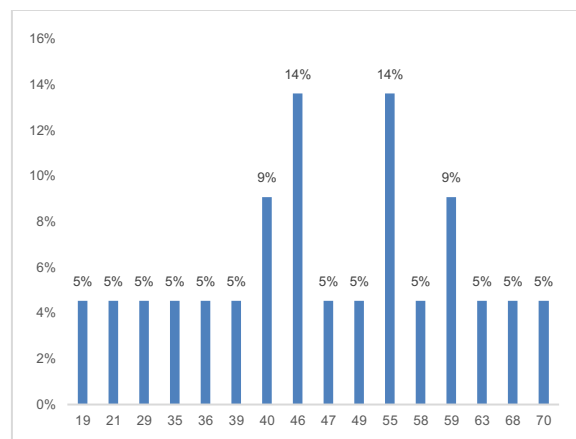
Por ultimo, señalar que la diversidad del colectivo trans se ha intentado reflejar en las vidas contadas tal y como se observa en las siguientes gráficas.

Gráfico 1 Género y nacionalidad de las personas trans informantes. N. 22



Fuente: Historias de vidas de la población trans que visibilizan su proceso vital.

Gráfico 2 Distribución frecuencia por edad. Valores absolutos. N 22



Fuente: Historias de vidas de la población trans que visibilizan su proceso vital. 2

II. HISTORIAS DE VIDA DE PERSONAS TRANS RESIDENTES EN LA CIUDAD DE MADRID.

Mónica, 57 años
Salamanca
En Madrid desde los años 70

MÓNICA

“HE VISTO DE TODO, LA CALLE FUE MUY DURA Y LAS REDADAS ERAN CONTINUAS; LA MUJERES TRANS NO TENÍAMOS SANIDAD NI DERECHOS CIVILES Y HEMOS TENIDO QUE LLAMAR A TODAS LAS PUERTAS PARA REIVINDICARNOS”

Es una de aquellas mujeres trans que sobrevivió a la calle y a la persecución policial a finales de los años 70. Conocida y reconocida voluntaria, activista y negociadora política de los derechos de las personas trans, Mónica asegura que “casi todas las de mi generación han muerto; la droga y el sida hizo estragos y otras se suicidaron”. “La prostitución tiene un riesgo emocional; es un territorio hostil”, destaca. Mónica relata que ayudar a sus compañeras trans le ha enriquecido como persona. Fue una de las presentes en el palco del Congreso de los Diputados el día que se aprobó la Ley de Identidad de Género: los diputados se giraron y nos aplaudieron, recuerda. “Me quedé muerta: no podía creer que lo hubiéramos conseguido”.

“De niña y adolescente no había información ni referencia alguna a la transexualidad. Ni siquiera sabía lo que me pasaba. Me reprimí y a los 18 años vine a Madrid: era el final de los 70”

“A las personas trans y a las prostitutas nos detenían cada dos por tres, nos fichaban y a algunas las enviaban a la cárcel de Carabanchel. Las redadas policiales eran constantes y salíamos a palos: nos aplicaban la ley de vagos y maleantes de aquellos años”

“Cada persona tiene que valorar su sexualidad. Lo que nos une es el cambio de género y el social. La sanidad fue el primer derecho que necesitábamos. Arriesgamos la salud con silicona líquida y con hormonas que eran pastillas abortivas”

Salió de su Salamanca natal a los 18 años en dirección a Madrid, donde los taxis todavía eran negros. “Era un momento de libertad para todo. Fui a ‘Catacumba’, un local gay, aunque Chueca todavía no existía. Pregunté y pregunté y de una cosa a otra acabé en la Castellana para hacer la prostitución. Había tenido una ruptura con mi familia. Me querían ayudar pero bajo sus condiciones y yo no podía seguir así; yo tenía que cambiar mi vida”, recuerda Mónica.

A sus 57 años y procedente de una ciudad de provincias y de una familia conservadora, esta mujer trans echa la vista atrás y recapitula. “En esos años había una ignorancia total en estos temas; no sabía lo que me pasaba. Al principio creía que era homosexual: era un chico y me gustaban los chicos. Pero empecé a abrir los ojos al ver que no encajaba en ningún lado. No tenía un espejo en el que verme reflejada. Fue en la revista Liv donde encontré las primeras referencias a la transexualidad. Mi entorno era muy conservador y muy católico y tenía que reprimirlo todo”.

“Mis padres -afirma- me llevaron a un psicólogo que dijo que era un problema hormonal y luego a otro psicólogo, para quien era un asunto conductual: decía que si me sentía de otro sexo que se podía arreglar. Y luego a otro psicólogo, algo más abierto de mente que vio las cosas tal y como eran”. “Fui viviendo un infierno, una infancia y una adolescencia oculta. Mi familia -continúa- no me dijo nada. Yo me reprimía mucho, constantemente. Me gustaba mucho la cultura, me refugiaba en la poesía y era muy religiosa. En mi pubertad llegó la sexualidad y mi cuerpo cambió y se tornó muy varonil...y aquello no podía seguir así”.

Mónica estuvo bastantes años dedicándose al trabajo sexual. “A las transexuales de entonces nos detenían cada dos por tres, nos llevaban a la comisaría de Buena Vista, y hacían redadas constantes en el bar al que íbamos de madrugada, nos fichaban, no llegué a que me aplicaran la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social (conocida como

la ley de vagos y maleantes) pero a muchas de mis compañeras sí, e iban directas a la cárcel de Carabanchel por escándalo público. En dos ocasiones me ficharon en la Puerta del Sol. Primero nos mandaban a comisaría, después a la Dirección General de Seguridad y luego a los Juzgados de Plaza Castilla donde nos retenían 72 horas. Tuve un juicio de faltas, pero un abogado consiguió que me conmutaran por cinco días de arresto domiciliario y evite la cárcel”.

La calle fue muy dura. Las redadas policiales llegaron a tal punto -puntualiza- que nos tuvimos que quitar los tacones y ponernos zapatillas; cuando una de nosotras veía acercarse a la policía, al grito de ¡agua! como contraseña salíamos todas corriendo”. “A veces surgían situaciones tragicómicas con la Policía: pedían los carnés a varias transexuales y una era Cipriano, la otra Benito tal y la de más allá Francisco... aquello parecía un conclave religioso. Hasta los policías se reían”, recuerda con humor.

Mónica enumera los pasos que fue dando para que empezar a poner sobre la mesa “nuestros derechos básicos como transexuales”. “No teníamos cobertura sanitaria -prácticamente nos atendían por humanidad- ni derechos civiles y nos seguían llamando por los nombres masculinos. Nos juntamos unas cuantas mujeres trans viendo tanta falta de todo y fundamos la asociación Transexualia con la idea para empezar a defendernos, a reivindicarnos, empezando por las necesidades básicas como es la salud”.

En 1989, el Parlamento Europeo aprobó una resolución sobre la discriminación de las personas transexuales (*“establece que cada persona trans será quien determine las características o singularidades de su identidad como ser humano”*). “Aquello fue una revolución” detalla Mónica. “Era divina y con ella me fui a todos los organismos oficiales. Fue como obtener el carné de identidad y con él poder llamar a todas las puertas”.

“Las trans de mi generación pagamos la factura de la libertad”

En los 80 también llegó el SIDA. “Pasamos de ser un reflejo de parte de la movida madrileña a tener el sida. Y nos estigmatizaron aún más. Éramos transexuales, putas y con SIDA... teníamos la peste”, señala Mónica.

En aquella época, se estima que el 90% de las personas transexuales se dedicaba a la prostitución y comenzaba a plantearse la legalización de las trabajadoras sexuales. El

colectivo trans se movilizó, al principio al margen del movimiento LGTBI y a partir de los 90 se crearon áreas de transexualidad dentro de las organizaciones LGTBI. “Del mundo transexual éramos cuatro -apunta Mónica- y costó mucho trabajo integrarnos como un colectivo propio trans dentro del mundo LGTBI . Para conseguir subvenciones era fácil sumarnos, pero no para las reivindicaciones, para pedir derechos y denunciar injusticias. Lo nuestro era un tema sanitario, una necesidad básica”. Dos mundos diferentes dentro del mismo barco, matiza.

Mónica se apartó del activismo en 2012. “Hay diferentes modos de enfrentarse a esto. Yo lo dejé por la politización que empezaba a extenderse y porque se pedía otro empuje, otra generación. Yo venía de otra escuela, del voluntariado, en el que muchas personas hicieron mucho de modo anónimo y ya desaparecieron; se las llevó el sida, la heroína y el sufrimiento”. Y en este sentido precisa: “las mujeres trans de mi generación pagamos la factura de la libertad. Han muerto casi todas, muchas cogieron el sida y no por el contacto sexual sino por las jeringuillas. Recuerdo un día en el que se infectaron 20, se iban pasando la jeringa de una a otra y aquello fue una tragedia total. También hubo suicidios y mucha, mucha droga”.

La prostitución tiene su riesgo emocional; es un territorio hostil, declara Mónica. “Yo venía de hacer voluntariado en mi ciudad, en Salamanca. Vi a muchas compañeras sufrir mucho, muchas desgracias, teníamos que ir a acompañar a muchas mujeres trans a morir solas en un hospital de caridad” recuerda. “No se me olvidará -añade- a una chica trans que detuvieron y la deportaron; era de Argel. No quiero ni pensar en lo que le hicieron al llegar a su país porque las devolvía con la misma ropa -iba vestida de mujer- con la que las detenían”.

Sobre la lucha política y el proceso de negociación en el que participó, Mónica aclaró que fue “interesante, duro y motivante”. “Conseguimos muchas cosas y cuando aquello se ponía feo les decía a todos/as: `aquí venimos a conseguir derechos, me da igual el partido político del que seas”’. Mónica no se olvida de dos detalles: la paradoja del PP votando en el Senado a favor de la ley 3/2007 de Identidad de Género y votando en contra en el Congreso de los Diputados a esa misma ley, y el momento en el que Manuel Fraga (ex ministro con Franco y líder del PP hasta los años 90) se levantó del hemiciclo y se salió justo en el momento de la votación de la famosa ley. “Nunca se me olvidará”.

Fue una de aquellas mujeres transexuales que estuvo en el Congreso de los Diputados en el Pleno el día en el que se aprobó la ley que salió adelante con los votos de la izquierda. “Me quedé muerta, Nos aplaudieron los diputados. Yo no creía que lo fuéramos a conseguir”.

“Me tocó pelearme con concejales de distrito del CDS; la sanidad era nuestra primera necesidad”

“Los medios de comunicación no nos entendían a las personas trans. Fueron malévolos”, asegura Mónica. “Recuerdo lo que me pasó con una televisión: una hora hablándoles de los derechos civiles de las personas transexuales y lo que emitieron fue un montaje con mi culo en primer plano. A partir de entonces aprendí y cuando me preguntaban por cosas personales e íntimas, puro morbo ¡vaya!, yo les contestaba con mi discurso de los derechos básicos para las/los trans. Mi vida personal no le interesa a nadie, yo vengo a defender nuestros derechos. Los medios sacaban los mismos clichés: un gay con mucha pluma, una lesbiana con aspecto de camionero y una persona transexual con aspecto de `travesti travestorro`”. Sigue costando modificar y mejorar los clichés sobre las personas transexuales “pero ¿que quieres?”, se pregunta Mónica. “¿una catedrática? Bastante es que una persona trans esté bien de la cabeza y que no se vuelva muy loca”.

En el mundo transexual, “lo que nos une -explica Mónica- es el cambio de género y el cambio social. Nadie va a comprar el pan enseñando los genitales, pero sí vestida de mujer o de hombre. Nadie debe aconsejar en este tema, porque el cambio de sexo es algo muy muy personal. Y de ahí viene el éxito de la Ley de Identidad de Género. Cada uno tiene que valorar su sexualidad”.

“En España estábamos en el franquismo y salíamos a palos”. Una etapa dura, en la que tuvo que conocer tu identidad, saber lo que era y luchar por sus derechos de persona. Mónica ha visto de todo. Comenzó a hormonarse a los 18 años, nada más llegar a Madrid: Proginon de 100 que era un abortivo para feminizarse, mucha silicona líquida, etc.

“Como otras tantas personas trans, yo también pagué el precio de auto hormonarnos. En la calle se encontraba de todo y muchas cosas que tomábamos eran peligrosas y perjudiciales para la salud. Una de nuestras compañeras trans prostitutas -le llamaban `la lagartija´- se inyectó silicona líquida, le pasó a la sangre, se le formó un coágulo y se murió. Fue tremendo. Todas arrastramos problemas por inyectarnos silicona, sobre todo problemas de circulación. Se prohibió en los 80 pero no teníamos información, no había cobertura sanitaria”. En el movimiento trans, lo primero era y es lo sanitario”, precisa.

Aquellos años de lucha y voluntariado fueron una “experiencia vital, un momento maravilloso” para Mónica. “Nos escribían cartas, como si fueran Corín Tellado, desde cientos de rincones de España diciéndonos: `me siento mujer y estoy atrapada, no sé cómo salir, ni qué hacer con mi vida”.

Un tiempo en el que también se organizó la primera unidad de género propiamente dicha: la de Médicos del Mundo. Una red de profesionales voluntarios (endocrinos, psicólogos, etc.) se organizaron para ayudar a las personas trans. “Yo era voluntaria -cuenta Mónica- e íbamos en una unidad móvil que creamos a la misma Castellana, a Capitán Haya y a la Casa de Campo, los tres sitios en los que concentraban personas trans para ejercer la prostitución, para darles información y atender sus problemas”.

“Tuvimos también otra experiencia maravillosa con Cáritas Madrid- sigue contando Mónica-. Salió un reportaje en la revista Época del colectivo transexual y se creó una cooperativa textil: unas monjitas nos enseñaban a coser y la verdad que nos ayudaron bastante. Ahí se inspiró Pedro Almodóvar para su película. Una de las monjas, Mari Luz, era fantástica y me decía: vamos al rastro este domingo, yo reparto estampitas y tu preservativos”.

Durante este tiempo de intentar ayudar y de reivindicarse como personas, Mónica afirma: “me enriquecí como persona, aprendí a no juzgar, a no creer en estereotipos, empezamos a demandar derechos y hasta me tocó pelearme con concejales de distrito del CDS”. “Yo misma llegué a sentirme inmigrante en mi propio país” señala Mónica. “No tengo nada y ¡soy de aquí!”.

Mónica no tuvo una mala experiencia ejerciendo la prostitución. “Hasta lo agradezco - dice-, me ha enseñado mucha humanidad, das con todo tipo de gente, se desnudaban físicamente y te confían todo. Me he nutrido de todas las personas que he conocido. Veo lo positivo, me ha enseñado mucho. La denigración es muy relativa. Yo me he sentido más denigrada en el mundo laboral que en el sexual, aunque desde luego había sus riesgos y gente peligrosa. Recuerdo a un psicópata que mató a dos amigas mías y salió de la cárcel hace tres años. Y hay mucha droga. Y si no querías vicio te decían qué puta más sosa. Si no manejas bien eso, te arrastra y te destruye”.

Con más de 30 años, dejó la prostitución y se incorporó al mundo laboral. “Claro que me sentí discriminada buscando trabajo, por supuesto, y en los bancos. Era un cante: te veían de mujer y en tu DNI tenía nombre de hombre. Hasta daba lugar a sospecha”.

“Intenté adoptar y ser madre pero al llegar al informe de idoneidad me retiré”

Recuperó el contacto con la familia con el paso del tiempo, con sus padres ya muy mayores. “Me aceptan y me quieren pero no lo entienden; el salto generacional es abismal, es brutal. Ahora hay educación, información, internet. Entiendo a esos padres del franquismo; no les recrimino ni les echo la culpa de nada, me pongo en su papel y tiene que ser muy duro por no decir imposible. Lo entiendo perfectamente. En el fondo me quieren, eso es lo importante: me quieren y me lo demuestran. Hemos nacido en mundos distantes. Me hubiera gustado una infancia y una vida más normal pero no se pudo. Detrás de mi he conocido a muchas con una transexualidad oculta, que no han dado el paso, que me dicen: yo ahora que tengo 60 y que mis padres ya se han muerto voy a hacer el cambio, y qué le decías, dónde vas ahora. Y gente que se ha hecho el cambio muy tarde o que se ha casado y se ha dado cuenta tarde y tenía hijos. ¡Cada drama! Me perdí la adolescencia pero hay gente que se ha perdido todo y se replantea la vida a los 50 años. ¡Imagínate, es muy duro!”.

A Mónica le hubiera gustado estudiar arquitectura y tras empezar psicología en la Universidad Autónoma no la terminó. La integración laboral del colectivo transexual es una de las grandes asignaturas pendientes, estima. “De hecho, la ley de discriminación positiva debería incluir convenios específicos con empresas y que se les reconocieran incentivos fiscales”.

Para Mónica, la vida afectiva de las personas trans es otro psicodrama sin resolver. “Al mundo LGTB que les envidia porque están en un régimen de igualdad: un gay con otro gay, una lesbiana con otra lesbiana, pero nosotras como somos algo diferente, aunque culturalmente venimos de tiempos ancestrales. En la vida afectiva dependemos de esos hombres heterosexuales que tienen cierta bisexualidad o ambigüedad, pero siempre nos ven como un objeto sexual de morbo, nunca nos equiparan a un rango de normalidad. Nunca van a tratarme como a ti, desgraciadamente”, me dice.

“Hemos conseguido derechos pero la dificultad para tener amor, afectividad o pareja no ha cambiado para nosotras. Ya empieza a haber gente trans con pareja pero sigue siendo muy difícil” añade. “Nosotras somos para los hombres un componente morboso, y aunque algunos les gustaría tener pareja no se atreven a dar el paso. ¡Cómo va a presentarse y decir: mi mujer es transexual, mi pareja es transexual, no se atreven porque socialmente eres como una muñeca hinchable”.

De joven, Mónica buscaba el amor y anhelaba el ideal amoroso. El trabajo y la vida le hicieron ver “cómo son los hombres de verdad”. “Me siguen viendo como un objeto sexual”, insiste. “Hubo dos personas que me importaron pero no me correspondieron y siguieron su camino”. A esta mujer transexual le hubiera gustado tener hijos e incluso intentó adoptar. Se informó de los trámites necesarios en la Comunidad de Madrid pero cuando llegó al trámite denominado ‘informe de idoneidad’ se echó para atrás. “¿Cómo les digo que soy transexual? ¿Cómo explico los últimos 20 años de mi vida?” se preguntó.

En la actualidad, Mónica está volcada en el voluntariado y grupo de teatro de una fundación que defiende los derechos del LGTBI de personas mayores. “Estoy en el grupo de teatro amateur y ya hemos estrenado varias obras”. El teatro le ha gustado desde pequeña y con 10 años ya tuvo sus primeras representaciones. “La interpretación me ha ayudado a ser otra persona”, explica. Con sus compañeros se reúne para desarrollar actividades culturales y teatrales: “por fin soy usuaria; ahora disfruto y recibo”, concluye.



MAR

“ME DECIDÍ A CAMBIAR DE SEXO, A PONER DE ACUERDO MI MENTE CON MI CUERPO, CUANDO SE HIZO LEGAL EN 2007; TENÍA 37 AÑOS, HAN SIDO MUCHOS AÑOS INTENTANDO SER UN HOMBRE SIN SERLO”

“Me dolía saber que escondía algo tan gordo; no se podía contar. Un niño no debería pasar por esto: palizas, bullying, acoso y ´de todo´”. Hoy está muy feliz con su nueva vida de mujer, ha escrito un libro contando su experiencia para ayudar a otras personas trans y recuerda :“¡que te llamen maricón en el metro y se giren todos a mirarte es una humillación!. Ahora voy por la calle y ya no me gritan ¡Manolo!”. Mar denunció al entonces consejero de Salud por interrumpir las operaciones de cambio de sexo en el Hospital Ramón y Cajal. “Me dejaron a mitad. Con la crisis económica que tuvimos era una ridiculez que una mujer llorara porque no le quitaban el pene”, se lamenta.

“Viví muchos años como gay. Lo de transexual era demasiado. Hacía culturismo para parecer más masculino y he estado muy atormentada porque no me podía expresar ni desarrollar. Nadie de mi entorno lo sabía. Para mí era una enfermedad. Imagínate que tienes cáncer y que la gente se ríe de ti”

“Llamé a muchas puertas, monté un foro contando mi historia y la sorpresa es que tuve 10.000 seguidores. Llegó a oídos de varios doctores y me dieron facilidades para operarme: vaginoplastia, depilación láser por todo el cuerpo, varios implantes capilares ...”

“Al año de que me operaran, fui a ver a mi padre y tuve una conversación muy dura con él: liberé el dolor que mi propio padre me había causado durante tantos años y al cual había llegado a odiar”

“Recuerdo ser una mujer desde mi primer pensamiento. Sabía que había algo mal: me sentía nada identificado con los niños y totalmente con las niñas. Somos siete hermanos, tres chicos y tres chicas y yo en medio. Mi padre es palestino y mi madre de Madrid y el ambiente en casa era radical, había que reprimirse”. María del Mar habla rápido y va directa al grano. “Viví una vida como gay hasta los 30 años. Decir que era transexual era ya demasiado. Conocí a muchas chicas trans y eran todas puro estigma: todas prostitutas, se operaban en clínicas ilegales, trapicheaban con las hormonas, se pinchaban silicona unas a otras, las veía deformes, trastornadas, conflictivas... no me sentía identificada”.

“Primero fui heterosexual hasta los 20 años, luego gay, era lo más fácil. Lo otro, lo de ser trans, era casi un delito, no se entendía. En el colegio no tuve clase de sexualidad hasta 8 de EGB y nos hablaron de la homosexualidad como una degeneración pero de la transexualidad ni se nombraba. Yo pensaba; cómo me puede estar pasando esto a mí, que no tiene ni nombre siquiera. Qué miedo, nunca jamás se lo dije a nadie. Hasta los 30 años que se lo dije a mi madre llorando un día en casa”, relata.

Mar tuvo tres intentos de suicidio con 13, 21 y más de 30 años y aún se notan las marcas en las muñecas. “Era un chico muy guapo, pero para mi era muy agobiante. No quería ser el maricón del instituto, eso no podía ser. Y con 13 años empecé a hacer culturismo para masculinizarme, para quitarme esa feminidad que tenía encima como fuera porque yo era una niña: pataleaba y lloraba como una niña, tiraba del pelo como una niña, jugaba con ellas. Tenía tanta pluma que mi padre le dijo a mi madre cuando yo tenía 9 años: ‘si este sale maricón le corto el cuello delante de todos sus hermanos’. Intenté ser más masculino pero no me salía. Han sido muchos años intentando ser un hombre sin serlo”.

Se decidió a cambiar de sexo, “a poner mi cuerpo de acuerdo con mi mente”, cuando la reasignación de sexo se hizo legal en España. “No me atrevía a hacerlo sola: a pincharme, a pedir hormonas en el mercado negro y silicona de modo clandestino. No había controles médicos ni hormonales, ni nada”, explica Mar. Cuando se creó la Unidad de Identidad de Género del Hospital Ramón y Cajal fue a iniciar el proceso. “Al principio -recuerda- se llamaba Unidad de Trastorno, así que nada más llegar te estaban llamando ya trastornada. Fue un proceso durísimo para mí: terapia de grupo, terapia musical, test de vida... fue como hacer una carrera. ¿Por qué tengo que demostrar lo que soy? Me pusieron un año en tela de juicio, haciendo exámenes tontos y perdiendo en tiempo. Para la prueba de vida real tenía que vestirme de mujer y vivir así las 24 horas de repente, sin hormonal, como en un concurso, para demostrar que realmente querías ser mujer. ¿Sabes lo que es, de repente, vestirse de mujer en tu barrio? Recuerdo estar en un

supermercado para comprar ropa de mujer y cómo me caían las gotas de sudor: no sabía ni qué comprar, ni cómo combinar la ropa y me vestía como una payasa”.

La prueba de vida real “fue horrible” insiste Mar. “De Getafe al Ramón y Cajal tenía que coger un metro y dos trenes, vestida de mujer y yo que era culturista llamaba mucho la atención. Estuve cambiando de voz 6 meses, hasta que me operaron de las cuerdas vocales: parecía un personaje de dibujos animados, un micky mouse, la gente se reía de mí, hasta que la voz se estabilizó. ¡Vaya trauma!. La de las cuerdas vocales es la primera operación que te hacen y el raspado de nuez si la tienes muy marcada”.

Mar empezó el tránsito con 38 años y acabó con 44 años, cuando se hizo la vaginoplastia. “Seis años, en total, son muchos años, seis años de lucha continua” cuenta. “Me dijeron en la Unidad que me iban a ayudar, que cuando me diagnosticaran la distrofia de género me operaban. Se suspendieron las operaciones por la crisis económica a dos meses de mi operación y me dijeron que tenía que esperar entre 4 y 6 años. Me pilló justo en la mitad de mi proceso, en el peor momento porque me encontré siendo una mujer con pene; una pesadilla. Hubiera preferido haber seguido como gay. Yo odiaba eso de mi, ser una mujer con pene no era ser una mujer, era ser una mujer con genitales de hombre, ¿cómo le explicas eso a un hombre?”.

“Si lo hubiera dicho en casa con 13 años mi padre me hubiera cortado el cuello delante de mis hermanos”

Esta mujer trans sigue escarbando en sus recuerdos. Al retrasarle la operación de cambio de sexo tuvo una depresión. “Me medicaron con pastillas, no era mi culpa. En la Seguridad Social me habían dejado por la mitad. Yo ya era una mujer pero mi cambio todavía no estaba terminado”. “Mi verdadera lucha fue contra la sociedad, contra el exterior, y contra la Seguridad Social. E incluso denuncié al consejero de Sanidad por incumplimiento. Me prometieron mi tránsito y cuando llevaba dos años de tratamiento me dejaron colgada. Entré en una depresión profunda y no quería salir de casa. En medio de una crisis económica como la que tuvimos se veía como una ridiculez que una mujer llorara porque no le quitaban el pene. Llamé a muchas puertas, monté un foro contando mi historia y la sorpresa es que tuve 10.000 seguidores y hasta me contactaron asociaciones europeas de LGTBI. Mi historia llegó a oídos de varios doctores que se pusieron en contacto conmigo y me ofrecieron facilidades para operarme. Y me fui encontrando mejor. El día en el que me dijo el médico te vamos a operar (vaginoplastia)...

fue el día más feliz. Sentí una explosión total y empecé a vivir con 40 años. Y luego 17.000 euros en depilación láser por todo el cuerpo, cinco cirugías de trasplante de pelo, más de 10.000 folículos, tenía alopecia genética. Todo el dinero que ganaba bailando, limpiando casas, de camarera lo dedicaba a mi tránsito. Ahora voy por la calle y ya no me gritan eso de ¡Manolo!”.

“Todo el barrio me conoce y sabe mi cambio y mi transición. Un niño no debería pasar por esto: me han dado palizas, he sufrido bulling, acoso y de todo. Ha sido muy injusto. Dejé de llorar de niño, después de que un día mi padre me pegara 40 correazos: medio barrio escuchó mis gritos y nadie hizo nada”.

Consciente de que realizó tarde su cambio de sexo, Mar recuerda que cuando veía en la tele algo de transexualidad cambiaba de canal. “No quería oír nada, me dolía mucho por dentro saber que estaba escondiendo algo tan gordo. La única referencia que tenía era ‘La Veneno’ y me ponía mala; no me sentía identificada con ese colectivo y yo pertenecía a él. No se podía contar eso. Si lo hubiera dicho en casa con 13 años mi padre me hubiera cortado el cuello delante de mis hermanos, en el salón”.

Siempre se sintió apoyada por su madre. “Me ha parido dos veces”, suele decir Mar. “Un día que yo estaba muy mal se lo conté a mi madre llorando, le conté que me sentía una mujer, que era transexual y mi madre vivió con ese secreto, callada, sin contárselo a nadie e intentaba ayudarme, pero no había salida. Yo vivía una vida de tormento total desde que era pequeña, vivía en un cuerpo que no me sentía identificada y todo era para mí un problema. No me podía desarrollar personalmente porque no me podía desarrollar interiormente. Mi vida era una continua lucha por parecer lo que yo no era. Si no hubiera sido por mi madre no lo hubiera hecho, no hubiera sobrevivido al proceso”.

Mar había estudiado auxiliar de enfermería. También le gustaba bailar y durante varios años trabajó en ‘La quinta marcha’ (programa musical de televisión presentado por Jesús Vázquez y Penélope Cruz en Telecinco en los años 90) como bailarín y viajó con otros grupos de baile.

“Nadie se atrevía a responderme cuando hacía frente a las humillaciones”

Con 34 años dejó el baile, trabajó de auxiliar de enfermería y en una empresa de telecomunicaciones, donde empezó el proceso de transición. “Me estaba hormonando y lo tuve que contar en la empresa de telecomunicaciones en la que trabajaba, me había crecido el pecho... era la comidilla en el barrio y en el trabajo. “Les comuniqué mi cambio, les dije que iba a ir vestida de mujer. Se portaron muy bien, conté con la protección de mis superiores, tuve mucha suerte. La directiva se reunió y emitió un comunicado: esta persona tiene este problema y cualquier actitud que pueda ofenderla o hacerla sentir mal va a tener una sanción por parte de la empresa’. Oía las risitas en grupos y cosas así, pero también me pasaba en la calle. La primera fase de la transición me pasaba todos los días en la calle, mi vida era una película de Almodóvar. Era una trans muy explosiva, alta y la gente me trataba como una prostituta. Al principio tenía mucho músculo, la espalda muy ancha, la cintura estrecha, parecía la mujer de Conan, como una transexual. Me ponía unos tacones de 13 cm, era muy atrevida. Pensaba: soy una mujer y me puedo poner lo que sea. Y no es así. No sabía combinarme. Se me venía como una trans explosiva, iba por la calle y los coches me pitaban, la gente se giraba, algunos se reían, otros me perseguían. Que en un supermercado te digan ¿me la chupas? directamente”.

“Tuve muchas ofertas para ejercer la prostitución -relata- y me ofrecieron mucho dinero pero no va conmigo. No puedo tener sexo con alguien que no me guste, me da asco y me sentiría humillada. No tengo nada en contra de quien lo ejerce pero no es para mí”. “Y cuando saben que eres una mujer trans, con pene además, hay muchos tíos que te persiguen, pero siempre que no les vean”.

Jamás pensó que hubiera podido soportar en su vida tal nivel de humillación, de acoso social y de hostilidad como los que vivió durante cuatro años. “No soportaba que se rieran de mí y menos a la cara. Me he enfrentado a muchas personas por estar riéndose de mí, les he hecho frente y todos terminaban agachando la cabeza”. “Tuve muchas situaciones violentas -explica- pero soy fuerte, alta, y deportista y me habían pegado tantas veces: mis hermanos, en el cole, en el barrio, por mariquita, tantos golpes que recibí y palizas que me daban entre varias personas solo por ser trans. La violencia llegó a formar parte de mi vida al vivir en un ambiente hostil, en el que me insultaban cada dos por tres, me humillaban, se reían, me decían cosas horribles, me gritaban desde las ventanas, o me llamaban maricón en el metro y todos se giraban a mirarte!”.

“Llegaba a mi casa con tal rabia por las faltas de respeto -continúa Mar- ¿Por qué tengo que aguantar esto si tengo mi trabajo normal y pago mis facturas?” se preguntaba. “Yo no agachaba la cabeza. Nunca nadie se atrevió a responderme cuando les hacía frente, cuando les respondía, se quedaban avergonzados. Para mí era como una enfermedad.

Imagínate que tienes cáncer y que todo el mundo se ríe de ti. Te sientes con vergüenza de contar lo que te pasa, pero estás en boca de todo el mundo. Nadie de mi entorno conocía a una persona transexual y me hacían preguntas absurdas como en qué posición miccionaba, si sentada o de pie”.

De su transformación su padre se enteró por sus hermanos y reaccionó muy mal. “No dormía y le decía a mis hermanos que yo estaba loca y que se me había ido la cabeza”. Mis hermanos me apoyaron, chicas y chicos, y mantengo una buena relación con ellos/as. Había sido buena hermana y pude contar con su apoyo”.

“Empecé a vivir con 40 años; me operé y mi autoestima y mi vida cambiaron por completo”

Ahora, con la perspectiva del tiempo, Mar cree que fue cobarde “por ocultarme tantos años, e incluso por reírme de otras personas trans. No lo hubiera hecho si no se hubiese aprobado la ley. No quería ser una mujer con pene. He visto a mujeres trans con pelo en el pecho y es traumático estar a mitad”.

“Desde que me operé -asegura- mi vida cambió totalmente. Mi autoestima volvió a niveles normales. Ya podía ponerme un pantalón ajustado, un bikini... y expresarme totalmente como mujer. La historia social no cambió tras la operación de vaginoplastia, dado que ya llevaba un tiempo de mujer, pero sí cambió mi forma de pensar y de ver. Mi aspecto físico, mi forma de vestir, fue menos provocativo y descubrí que no por ser mujer me podía poner cualquier cosa y que exagerar esos atributos físicos es contraproducente”.

“¿Y qué hago a partir de entonces, a partir de la operación? Ser muy feliz, escribir un libro para ayudar a otras personas trans, conocer a un hombre y hacernos pareja de hecho, entrenar y estudiar todos los días y trabajar como auxiliar de enfermería en una residencia para disminuidos físicos”. “Empatizo con el sufrimiento de estas personas”, añade Mar.

Mar lleva con su pareja tres años. “Descubrí la mujer que soy y he sabido encajarlo” destaca. E incluso ahora tiene la mejor relación posible con su padre. “Ha conocido a su hija de verdad, ya me ha visto con el pelo largo y con pechos. ¿Qué ganas con eso?”, me preguntó. “Ser feliz”, le contesté. Al año de operarme fui a verle y tuve una

conversación con mi padre muy dura. Le dije muchas cosas y me liberé de mi obsesión, porque lo odiaba. Con mis hermanos tengo muy buena relación”.

“Yo tuve una familia que me empujó a estudiar” añade Mar, quien se muestra convencida de que hoy en día “se está integrando bastante al colectivo trans”. “Somos mujeres como las demás; no todas estamos locas, no nos drogamos, no somos putas. Queremos políticas de visibilidad”, reclama.



CRIS

“LE DIJE A MI NOVIO LA VERDAD, QUE SOY UNA MUJER, UNA MUJER TRANS PERO UNA MUJER. PERO NO HA PODIDO CON ELLO”

Consciente de que el apoyo familiar es fundamental para las personas trans, Cristina se sabe afortunada. Rechaza el término transexual: “yo no soy eso, soy una mujer, una persona normal”. Con 36 años, su miedo, hoy por hoy, es no poder encontrar el amor. “Quiero enamorarme, quiero tener un novio”, dice Cris.

“Hubo un boom en Telecinco sobre la transexualidad. Un día escuché un testimonio: “yo antes fui un hombre”, nunca se me olvidará. Yo tenía 13 o 14 años y me dije: ¡anda, si eso es lo que me pasa a mí”

“La lista de espera para hacerme una vaginoplastia era de 3 o 4 años. Pedí un crédito y me operé en Tailandia. Aún lo sigo pagando, es como una hipoteca. Fui sola; no quise que mi padre sufriera”

“Desde muy pequeñita empecé a manifestar un comportamiento no apropiado al nacer”. Cristina, de 36 años, arranca con estas palabras textuales el relato de su historia. La historia de una niña que nace biológicamente niño en el seno de una familia media trabajadora de Getafe (Madrid). Su padre, electricista; su madre, modista. Una familia, con otras dos hijas, que no esperan que su único hijo varón no se sienta como tal.

“Mi abuela era la que más me observaba. Crecí jugando con mis primas y con mis hermanas y no entendía mi comportamiento. Recuerdo que con 6 añitos me decía: ‘pero ¿qué haces?’. Era yo la que no entendía por qué me tenía que ponerme ropa de chico, si yo era natural y con lo que me sentía bien, era con ropa de chica. Me comportaba como una niña, aunque socialmente, para la gente, era un niño”.

A partir de los diez años -relata Cris- “empecé a pasarlo fatal.” Las continuas burlas de sus compañeros de clase tuvieron su repercusión negativa en los estudios. Primero, en un colegio de monjas y luego, en un colegio público. “Mi madre pensaba que era pasajero y que se me pasaría. Eludía el tema y su preocupación era que la gente no me rechazara. Murió de cáncer cuando yo tenía 10 años y estoy convencida de que se evitó mucho sufrimiento. Ahora, con el paso de los años, me pregunto si mi madre me hubiera aceptado, si me hubiera querido; no puedo evitar preguntármelo”.

Para Cris, el apoyo de la familia es fundamental. “Recuerdo que con 7 u 8 años -relata- mis padres nos hicieron un regalo a mis hermanas y a mí: una cocinilla a mi hermana mayor, una caja de música a la pequeña y un camión (que se convertía en tren) para mí. Me eché a llorar desconsolada... y mi pobre padre me acabó comprando una lacitos de jesmar. Desde entonces ya no paró de comprarme muñecas”. De sentirse “muy contenta y feliz con los vestidos de mis hermanas”, Cris pasó a sentir “un calvario” en el instituto. “Recuerdo sentirme muy sola, muy aislada” -asegura-. No era un chica pero tampoco era un chico. Era ambigua: llevaba el pelo largo, se vestía con ropa muy amplia, intentaba expresarse, intentaba bloquear su feminidad, etc. “Esos gestos me salían de un modo natural e innato y no podía ni cruzar las piernas”, precisa Cris.

La primera persona con la que abordó con palabras su transexualidad fue con su padre. Tenía 12 años y se lo dijo un 25 de diciembre. “Me sentía sola. Mi padre me dijo que lo sabía, que lo intuía y que no me preocupara”. “Yo me sentía encerrada en un cuerpo que no te pertenece y pensaba: ¡ojalá un día me levante y mi cuerpo sea otro! Y qué va, eso seguía igual... y cada día peor”. “Hubo un boom en Telecinco sobre la transexualidad. Hablaban del tema y oí un testimonio: `Yo antes fui un hombre´. No se me olvidará nunca cuando escuché esa frase... Yo tenía 13 o 14 años y me dije: ¡anda, si eso es lo que me pasa a mí”.

“Si eras chico y te sentías chica ...”

La pelota iba engordando y Cris no sabía qué hacer. Se refugió en sus muñecas. “Han sido mi refugio, he llegado a coleccionar más de cincuenta”, señala. Otra vez la televisión. “En un programa de la tele me enteré de que había una asociación -COGAM- que tenía un área de trans. La llevaba Ana, una enfermera y organizaba reuniones los sábados. Fui a la asociación después de ver en Telemadrid a Carla Antonelli hablando de su trayectoria. Llamé a la tele para pedirles información sobre la asociación. Y fue ella misma, Carla, la que me llamó a los dos días. Estuvimos hablando un rato, me preguntó

por mi entorno, por mi familia, que si estudiaba... me habló de la asociación y me animó a que fuera a las charlas para transexuales”.

Eran los años 90. Cris acudió a las charlas e hizo amistad con dos chicas. “Eran más o menos como yo, muy normales”, apunta. Empezó a hormonarse, a vestirse como una chica, “a sentirme más libre”. “Tuve mucha suerte con mi familia y con las amigas que encontré en la asociación. Conocí también a otras chicas y descubrí que algunas hacían la calle, se prostituían... y me entristecí mucho”.

En los años 80, las personas transexuales tenían que irse de casa -añade-, sus padres les pegaban y les propinaban palizas... Si eras chico y te sentías chica, “aquello era una tragedia”. Cris rechaza la palabra transexual. “Yo soy una mujer, no una transexual -asegura- Yo no quiero ser eso, lo de transexual parece un electrodoméstico o un dinosaurio”.

Acabó los estudios y se apuntó a un ciclo formativo de confección. “He trabajado en limpieza, confección y en cosas así. Cuando empecé a hormonarme, a las pocas semanas noté un hormigueo, un bultito en el pecho, la piel más suave, estaba más sensible, con ganas de llorar y con un fuerte sentimiento de romanticismo... como una adolescente. Era frustrante. Tenía un conflicto enorme con mi cuerpo e intentaba ignorarlo”. Por aquel entonces, vio ‘Cambio de sexo’, con Bibi Andersen de protagonista.

“Harta de que no me llamaran por mi nombre”

Cris pensó en operarse cuando se puso en marcha en 2007 una Unidad de Identidad de Género en el Hospital Ramón y Cajal de Madrid. “Me informé -explica Cris- pero la lista de espera era de 3 o 4 años, así que pedí un crédito para hacerme la vaginoplastia. Me operé en 2013 en Tailandia y me costó 13.000 euros que aún sigo pagando. Es como una hipoteca. Fui solita, no quería que mi padre sufriera”.

A pesar del mes de recuperación, de estar sola a miles de kilómetros y de las 21 pastillas que tomaba al día para los dolores, Cris sólo tiene buenos recuerdos. “Fue una experiencia muy bonita, la gente asiática es muy amable y allí la resignación de sexo es algo muy habitual: incluso hay concursos de belleza para mujeres trans”.

El apoyo de la familia es fundamental, continúa Cris. Con su padre y con su hermana mayor se siente unida. Para su hermana pequeña, con la que no tiene relación, la palabra transexual no existe: sólo admite gays, travestidos y maricones. “Tengo tres sobrinos de mi hermana mayor y hay algo que me preocupa: en casa de mi padre hay fotos de cuando éramos pequeñas y yo era entonces un chico. Mi sobrina tiene 11 años y ya empieza a darse cuenta de todo”.

En un primer momento, Cristina fue Reyes, un nombre ambiguo. “Era la única forma para tirar hacia delante. Eras transexual y para buscar trabajo era lo más indicado. Con 18 y 19 años años estaba hasta las narices de que no me llamaran por mi nombre en el médico, en todos los lados ... Cuando se aprobó la Ley de Identidad de Género en 2007, ya me puse Cristina en el DNI y en la partida de nacimiento”. “De jovencita yo era muy débil emocionalmente pero, poco a poco, me fui viendo más femenina, más mujer y más feliz”.

¿Y qué hay del sexo? ¿Y de amores? “Mi primer orgasmo -cuenta entre carcajadas- fue mientras dormía y fue con Miguel Bosé, después de operada. Intenté tener relaciones con otros chicos pero me resultaba todo muy frío. En el colegio me enamoré del delegado de clase, era el novio perfecto, y en el instituto me enamoré también de otro. Una vez operada me enamoré de un chico estupendo pero no fui correspondida”.

Hasta hace un año, Cris mantuvo una relación emocional con un hombre. “Conectamos muy bien y nos gustábamos mucho. Estuvimos seis meses de relación, hasta que le conté que soy una mujer, una mujer trans, pero una mujer. Pero no ha podido con ello y hace ya un año que no nos vemos. Este es mi miedo ahora mismo. Quiero enamorarme, quiero tener un novio”.

En la actualidad, Cris trabaja como coordinadora en la Asociación Transexualia. Reclama más programas de empleo y de formación para las personas trans. Sin apoyo familiar, sin documentación, “las que más difícil lo tienen son las extranjeras, muchas veces huyendo de sus países, y se ven abocadas a la prostitución, a la droga, a la delincuencia; es un mundo terrible en el que se sucumbe sin una gran fortaleza mental”.

Helena, 49 años
Lima (Perú)
En Madrid desde los años 90

HELENA

“YO SOY UNA CHICA, EL PROBLEMA ES VUESTRO”

La cultura y el deporte -se define como una `freaki´ de los maratones- son dos actividades vitales en su vida. Se llama Helena por Helena de Troya. Lamenta la ausencia de lazos familiares y reivindica su lugar en el mundo. “Me he sentido tremendamente ofendida por el rechazo, es un rechazo genital y ya no quiero más”, asevera.

“Creo que todas las mujeres trans activamos esa lucha por ser femeninas, por ser perfectas. Hemos idealizado a la mujer biológica y peleamos por ser aceptadas”

“Con 12 años busqué mi identidad sexual. En ese tiempo, el ambiente era muy machista en mi país y sufrí una lucha interior brutal”

“Cuando me hormoné, y al tiempo me operé en Madrid, mis amigos desaparecieron. Tenía 29 años. Me encerré en casa pero descubrí mi verdadera pasión: la moda. Fue un antes y un después”

Nacida en Lima (Perú) hace 49 años, Helena llegó a Madrid en los años 90 con la idea de estudiar arquitectura de interiores. De su infancia relata cómo el sentimiento de sufrimiento estaba siempre ahí. “Yo era un niño muy frágil -recuerda- y me insultaban, me daban palizas... buscaba mi identidad pero no entendía lo que me pasaba. Éramos ocho hermanos, mi madre murió cuando apenas tenía dos años, y viví y crecí en un entorno familiar de abandono. En aquella época, la religión católica era muy fuerte en mi país y fue durísimo crecer en un ambiente tan detestable: sufrí una lucha interior brutal”.

Empezó a trabajar a los 17 años, escapó de la pobreza y participó en la `movida de Lima´, “que heredamos de la movida de Madrid”, un ambiente creativo y abierto en el que “yo era de las que me atrevía a vestirme de lo que fuera, con unos atuendos fantásticos”.

En aquella época se decía a sí misma: “creo que no soy, homosexual, voy a probar con una chica a ver si me gusta”. Ya en Madrid, empezó a disfrazarse y a frecuentar los ambientes de *drag queen*. Fue el comentario casual en una cena en el que uno de sus amigos le preguntó: “oye, ¿tú eres trans?”. “Fue el detonante y me lo pregunté en conciencia”, recuerda.

“Soy una mujer trans y voy a hormonarme”. Tenía 29 años. Helena empezó a hormonarse y años después se hizo la operación de reasignación de sexo. “Mis amigos desaparecieron, me decían que estaba loca y que iba a acabar en la calle Montera. Me encerré un año y medio en casa mientras me hormonaba y me pegué a la tele. Un canal, Fashion tv, cambió mi vida. Para mí fue un antes y un después. He encontrado lo que me gusta, lo que me apasiona, encontré la moda. Es lo que me gusta y es a lo que me dedico. He encontrado trabajo con la moda. Y tengo claro que para mi, ahora, es imprescindible dedicar tiempo y esfuerzo a leer y a estudiar”.

Eligió el nombre de Helena por Helena de Troya. “Soy una chica, el problema es vuestro”, asevera. “Yo me veo como una tía y vivo como tal. No me gusta que me estigmaticen. Intento vivir mi vida con sensibilidad y con empatía y después de un largo recorrido he logrado alcanzar mi satisfacción vital”.

Helena corre el maratón de Madrid desde hace cinco años. Una `freaki´ de las carreras de runners que tan de moda se han puesto en los últimos años, reconoce. Le encanta su melena larga, se cuida, se reivindica y -concluye-: “busco mi lugar en el mundo”.

Convencida de que todas las mujeres trans “activamos esa lucha por ser femeninas, por ser perfectas”, Helena apunta que “hemos idealizado a la mujer cis biológica y peleamos por ser aceptadas”. “¡Imagínate -añade- cambié un slip por unas braguitas... imagínate!. Me he sentido tremendamente ofendida por el rechazo: es un rechazo genital y ya no quiero más”.

Se describe “muy feliz” siendo mujer y hace el siguiente repaso por su vida amorosa: “he estado con cuatro parejas y me he enamorado una vez. Me he sentido protegida por mis parejas y eso es algo vital para mi. José Manuel era bombero y me acompañó durante todo el proceso de tránsito de hormonación y reasignación de sexo: Estudié inglés... me

sentía fuerte, la mujer más feliz de la tierra. A los cuatro años de relación con el bombero, le dejé. Estaba estigmatizada y el barrio me había visto cambiar. Luego llegó Alfredo y luego apareció Enrique. Mis ex no querían que lo dijese; que dijese que soy una mujer trans. Es decir, de puertas para dentro bien, pero para afuera... ni hablar”.

Hace dos años, regresó a Perú con el objetivo de retomar el contacto familiar. “Yo me encontraba mal y fui a ver si podía reencontrarme mi familia después de tantos años. Me acogieron bien, por un lado, y mal por otro. No conseguí trabajo allí y no pude reconstruir una relación buena con mi familia”. Con su vida asentada en Madrid, Helena asegura que le está afectado mucho estar tan lejos de su familia, los malos recuerdos ... “me da mucho coraje no tener lazos familiares”, reconoce.

“He aprendido a ser más reivindicativa”

El deporte y cultura se han convertido en dos actividades básicas en su vida. Vitales. Entrena todos los días e insiste en la cultura y en el arte como vías imprescindibles para evolucionar, crecer y desarrollarse. “Ahora he apostado por lo profesional, por el trabajo -asegura- Me estoy formando en narrativas, en locución y uso de la voz, en la televisión...”. “Adoro lo que estoy haciendo. La gente quiere y queremos tener ilusión. Amigos tengo ya muy pocos, pero buenos. Hace dos años murió mi mejor amiga, Alba, y desde entonces -confiesa- la vida es más dura”.

A muchas mujeres trans las ve a años luz de su vida. “Siento que no tienen nada que ver conmigo”, explica Helena. “Si logro asentarme en mi trabajo, ayudaré a las chicas”, apunta. En la actualidad, se dedica a la comunicación de moda, es una mujer trans profesional activa en las redes sociales donde también vuelca su activismo.

Con la edad ha aprendido a ser y a estar más reivindicativa, asegura. “Las mujeres trans hemos crecido sin vagina pero llevamos tacón. De los 40 a los 50, he comprendido que no me definen los tacones y que puedo ir con zapatillas deportivas”. Asegura saber “lo que no quiero” y buscar “lo que buscamos todas”: visibilidad, empoderamiento y dignidad. “Todas las mujeres trans lo que buscamos es dignidad, un concepto tan amplio como imprescindible”, concluye.

Mirella, 55 años
Perú
En Madrid desde los años 80

MIRELLA

“HE LUCHADO MUCHO POR MI PERSONA, POR SER COMO QUERÍA SER. TENGO MI NOMBRE CAMBIADO Y ME HE OPERADO PARA REASIGNAR MI SEXO: ESTOY FELIZ”

Rompió tabúes en su familia y en su entorno en su Perú natal, donde el machismo “era insufrible para una mujer como yo”. Desde muy pequeña, Mirella supo quién y cómo era. Llegó a España en 1991, trabajó como prostituta para ganarse la vida y ahora quiere reinventarse y reorientar su vida. “Soy muy familiar y hogareña”, asegura.

“Dejé la prostitución hace seis años. No me drogo, no fumo, no bebo. Y tengo la autoestima bien alta. Me quiero mucho”

“Quizá mi vida hubiera sido muy diferente si mis padres no hubieran fallecido siendo yo una niña”

“Me he ilusionado y enamorado de varios hombres, pero también decepcionado. Conozco a los hombres. Para mí misma soy una mujer, pero para ellos no ”

No podía salir a la calle en su Perú natal. ‘Maricón’, le llamaban. Allí montó su propia peluquería. En los 80 llegó a España y acabó en la prostitución. “Jamás lo hubiera pensado”, asegura Mirella. “Se ganaba entonces mucho dinero y pude pagarme la operación de cambio de sexo y enviar apoyo económico a mi familia”.

Mirella procede de una familia media peruana. Su padre, policía, y su madre, secretaria. Ambos fallecieron cuando tenía diez años. Fue criada por su abuela junto a sus cuatro hermanos y creció rodeada de tías y primas. Un entorno muy femenino que enseguida

se percató de que `el niño´ se ponía, día sí y día también, los tacones, el maquillaje y los vestidos de sus primas mayores.

“Nunca tuvieron conmigo una mala actitud. Mi padre se dio cuenta, mis primas murmuraban ¡`no hijito no... eso es de mujer´! Pero yo era una niña, no era un chico”. En el colegio, con 12 años, le hicieron la vida “muy difícil”, primero y segundo de secundaria los recuerda con mucho sufrimiento. “Los chicos me insultaban, lo pasé tan mal que dejé de estudiar, era muy duro ir a cole”, recuerda. En sus visitas al psicólogo en Lima, con 14 años, le hacían dibujar el cuerpo de una mujer y un hombre y le preguntaba: “¿quién eres? ¿cuál eres? ¿cómo te ves?”.

Comenzó a hormonarse en la adolescencia -pastillas e inyecciones se encontraban en la calle- y en poco tiempo empezó a sacar piernas y caderas. “A los 19 años -describe- ya me confundían con una mujer; una mujer muy femenina y muy presumida”.

“No me sentía mal con mi cuerpo -afirma- pero me resultaba insufrible llegar a los 18 años y tener que sacarme el carné militar con nombre de hombre que, entonces, era obligatorio en Perú. Tenía pánico a la libreta militar; era una tragedia para mí”.

“Les dije a mis amigas que me llamaran Denis; a mi familia no le gustó pero ya no había vuelta atrás. Empecé a salir de casa vestida y arreglada como una mujer; no tuve vergüenza. Actué como quería y así era como me sentía bien: como una mujer”. Y continúa. “Al verme de mujer total, mi hermana me hizo la vida imposible, mi abuela me dijo de todo, me pegó con el palo de una escoba y se avergonzaba de mi. Un joven al que le gustaba mucho me propuso irnos a vivir juntos y con 22 años agarré todo lo que tenía y me fui. Tenía mucha pena por mi familia y por mis dos sobrinos, a los que críe. Los dejé llorando y confundidos de que yo fuera al mismo tiempo el tío y la tía”.

Con una prima cómplice y con Rafael -con el que vivió una larga historia de amor- Mirilla atravesó una época feliz, libre y tranquila. Cuatro años de amor y trabajo hasta que la familia de su novio le rechazó. “Me querían pegar, me insultaban, me llamaba maricón y muñeca de trapo... y todo se fue complicando”. En Perú las cosas empezaron a ponerse feas. Fujimori estaba en el poder, el terrorismo de Sendero Luminoso... “En la peluquería se iba a luz y el agua constantemente”, recuerda.

Mirella llegó a España en el 91. En 1991. “Nunca pensé en prostituirme. Un amigo gay me introdujo en ese mundo y me presentó a Gerardo, quien me ofreció un acuerdo. Las mujeres trans éramos muy demandadas en aquella época. Necesitaba dinero para la vivienda y la comida. Yo quería poner mis papeles en regla y operarme, hacerme el cambio. Fue una época dura”.

“Gané dinero y viajé a Chile con otra compañera para operarnos. En el aeropuerto nos retuvieron, no nos dejaron pasar: vestíamos como mujeres y en el pasaporte aparecía el nombre y la foto de hombre. Al final conseguimos entrar en Chile en autobús por la frontera. 10.000 euros me costó la operación de cambio de sexo. Fue divino -recuerda- tuve una felicidad total, la felicidad más grande que imaginé. Lo mejor que hice en mi vida”. Mirella tenía 29 años.

“Mi cambio de sexo: lo mejor que hice en mi vida”

Mirella viajó de nuevo a Perú para informar a su familia de que, en realidad, era una mujer. Se enfrentó a un juicio civil en su país -con testigos- para poder cambiar su documentación. De hombre a mujer.

Regresó a España y siguió en la prostitución, ya operada, otros tres años. “Creo que el sexo está en la cabeza -reflexiona- y los clientes me venían ya de otra manera; ya no había ese morbo. Era 1997 y me tuve que ir a París tres meses para ganarme la vida y fue realmente peligroso. Mi pareja de entonces quería que dejara el mundo de la prostitución y discutimos. Para no caer en cosas realmente malas en ese mundo -drogas, delincuencia- hay que ser muy fuerte”. En 2001 viajó a Italia en busca de trabajo y estuvo a punto de perder la vida en las calles ejerciendo la prostitución.

“He trabajado para vivir, no he vivido para trabajar”, asegura Mirella. “Me he ilusionado y enamorado de varios hombres, pero también decepcionado. Conozco a los hombres. Para mí misma soy una mujer, pero para ellos no”.

Primero con Rafa, luego con Juan Manuel -con el que vivió doce años- y después llegó Dani, un italiano con el que mantuvo una relación durante tres años. Su última pareja. “Dani no sabía de mi condición. Tenía que hacer cosas tan raras como simular que tenía

la regla. Intenté decírselo una tarde y me tomé dos vinos para reunir valor, pero no me atreví. Me propuso tener hijos pero nunca llegó a saber que soy una mujer trans.”.

“He luchado mucho y he pagado un alto precio para conseguir operarme, los papeles... ambas cosas me dieron una gran sensación de felicidad. Recuerdo ir a banco en mi país y oír los chismorreos en ventanilla porque mi aspecto era el de una mujer y en mis papeles ponía nombre de hombre. Esas cosas son humillantes y no se olvidan”.

Dejó la prostitución hace seis años. “No me drogo, no fumo, no bebo. Y tengo la autoestima bien alta. Me quiero mucho”, añade Mirella. En los últimos tiempos, la muerte de su sobrina Sofía, a los 38 años, en un accidente de coche le ha afectado mucho. “El dolor más grande de mi vida”, define. “Ser transexual limita tus amistades y la confianza con la gente, y con mi sobrina tenía una relación muy especial, nos comprendíamos muy bien y era un gran apoyo en mi vida”.

Hace tres años volvió a Perú e intentó montar de nuevo su propio negocio de peluquería. “Me detectaron tiroides y regresé a España por el seguro sanitario. Allá tengo a mis hermanas y a mis sobrinas, pero el tema de la salud a mi edad es muy importante. Aquí estoy demasiado desactualizada para trabajar de peluquera y por eso estoy pensando en orientar mi vida de otra manera: cuidar ancianos, limpiar...Soy hogareña y muy familiar”, añade.

“He luchado mucho por mi persona, por ser como yo quería ser, tengo mis nombres cambiados y me he operado y cambiado mi sexo. Estoy feliz”. “A veces me pongo a pensar... si mi padre no hubiera fallecido, ¿me hubiera aceptado?. Quizás mi vida hubiera sido muy diferente si mis padres hubieran vivido”, concluye.



Sonia, 46 años
Vivió entre Madrid y Barcelona
Se establece en Madrid definitivamente con 34 años

SONIA

“NUNCA ME PREGUNTARON: ¿QUÉ TE PASA? Y ME HUBIERA GUSTADO...”

Trabajó de vigilante en un garaje, en la construcción y montó una tienda. A Sonia le costó mucho tiempo, y mucho valor salir del armario como trans y vivió muchos años oculta. Su primera entrevista con el doctor Becerra, en la Unidad de Género del Hospital Ramón y Cajal “cambió mi vida”. “Fue la primera persona que me dijo que la transexualidad no es una enfermedad y que ellos estaban ahí para ayudarme. Por fin había llegado mi momento”, recuerda. Tenía 34 años. Hoy, Sonia es activista y mediadora de otras personas trans.

“No soy femenina, no puedo ser una princesa, pero no por eso soy ni me he hecho menos mujer. Soy de una generación donde las mujeres nos hiper censurábamos por si se te escapaba algún gesto inadecuado”

“Pasé mi infancia y mi adolescencia atormentada por los psicólogos. Terapias asertivas, electroshock... me hicieron de todo. Mi madre me enviaba una y otra vez al psicólogo, y a mí me entraban los siete males”

“Me ‘armaricé’ mucho tiempo, tuve varios intentos de suicidio y una madre y una familia que han sido tóxicas. Ahora vivo día a día mi situación de mujer trans. Estoy muy orgullosa. Llevo 46 años superándome”

“Empecé mi tránsito tarde, muy tarde” cuenta Sonia con tono pausado. A los 34 años. En 2007. Dos meses después de la puesta en marcha de la Unidad de Género del Hospital Ramón y Cajal de Madrid. Hasta entonces “estuve en el armario y mi vida social era virtual”. La de Sonia es una historia intensa.

“Desde muy pequeña me di cuenta de que era algo diferente, pero no sabes lo que te pasa. Sabes que no encajas ni con mujeres ni con hombres pero no sabes lo que significa en realidad” describe. “Mi padre, taxista, y mi madre, hija de un agregado militar en la embajada de Buenos Aires. Tengo una hermana y dos hermanastros. Mis padres se separaron y crecí con mis primas, en un entorno femenino en el que se me sentía más cómoda que con chicos. Me ponía la ropa de mi hermana y la de mi madre, quien pensó que era algo pasajero, que se me pasaría con el tiempo. La mitad de la EGB la pasé de psicólogo en psicólogo”.

“En los años 80 los roles sociales estaban muy estereotipados. A la gente como yo se nos asociaba a los homosexuales. Sufrí burlas y me llamaban de todo: `caragamba, bujarra, mariquita...´ En el colegio no había día que no terminara en pelea”. “Tratabas de pedir ayuda -continúa Sonia- y todo era ir al psicólogo. Uno intentó aplicarme electroshock y me fui corriendo, y otro terminó diciéndole a mi madre lo que no quería oír. Pasé mi infancia y mi adolescencia atormentada por los psicólogos; cada vez que me llevaba a uno me entraban los siete males”.

“Nunca me preguntaron ¿qué te pasa? y me hubiera gustado. Me desahogaba escribiendo, no tenía a nadie con quien hablar y empecé a escribir un diario. Mi madre lo leía, pensaba que yo estaba mal de la cabeza y vuelta al psicólogo. Repetí quinto de EGB. Con tantos traslados de matrícula entre Madrid y Barcelona por la separación de sus padres, tanto cambio de instituto y de ciudad “me desactivé y tuve malos resultados académicos. Ya solo quería trabajar”. Al morir su padre, Sonia se aferró como un clavo ardiendo a su tía en Madrid y se alejó de su madre y sus hermanas en Barcelona.

“Echando la vista atrás lo que recuerdo es que me sentía mal, muy mal, no me he podido expresar con normalidad. Vivía una doble moralidad: por un lado el discurso de mi madre de `te quiero´ y por otro lado `que fuera de casa no se enteren´. El discurso familiar era doble. La falsa aprobación y el chantaje emocional: me decían que si seguía adelante con la operación de reasignación de sexo terminaría de prostituta, tomando drogas y con sida”.

Con 16 años empezó a trabajar en McDonals, donde sus compañeros pensaban que era gay. “El único referente que las trans teníamos por aquel entonces era Bibi Andersen. No se me olvidará cuando Alfredo Amestoy mostró su DNI entre sus dientes en la tele; se me quedó grabado”.

“En el 91 lo pasé francamente mal. Trabajaba en la construcción y fue horrible para mi estar y disimular en ese ambiente tan duro. Solía pillar el Renault 5 de mi madre y darme una vuelta por Barcelona. Y pasó lo de Sonia Rescalvo”. *(El 6 de octubre de 1991, la mujer transexual Sonia Rescalvo fue asesinada de una paliza brutal por un grupo de neonazis en el Parque de la Ciudadela, en Barcelona. Su asesinato adquirió gran relevancia por ser el primer crimen de una transexual por el mero hecho de serlo del que se tiene información y constancia en España).*

Heridas físicas y emocionales

“Me dieron una paliza y me violaron aquella noche con un bate de beisbol. Conocía el ambiente del Parque de la Ciudadela y aquella noche estaba allí. Su muerte me bloqueó, me reclusí, me metió el miedo en el cuerpo, dejé de salir y me `armaricé´ mucho tiempo. Hasta el 2007. Con la aprobación de la Ley de Identidad de Género se me removieron algunos fantasmas. Y cuando vi la foto de que la sanidad pública iba a empezar a pagar los cambios de sexo en Madrid, el notición, fue una fiesta por dentro. Había vivido hasta entonces con mucho autocontrol pero la necesidad seguía dentro de mi. Por fin, vislumbraba la oportunidad de ser yo misma”.

Decidió empezar a tomar hormonas por su cuenta -las compró por internet- hasta poder empezar el proceso en el Ramón y Cajal. Sonia guardó como un tesoro el informe psiquiátrico que recomendó su reasignación de sexo, su tránsito, en la Unidad de Género. “Decía textualmente que sería beneficioso para mi salud” relata emocionada. “La psiquiatra que me atendió no tenía experiencia en el proceso de transexualidad pero me dio confianza y se involucró de tal manera que consiguió sacar lo mejor de mi. Me atendió el doctor Becerra y me cambió la vida. Fue el primero que me dijo abiertamente que la transexualidad no es una enfermedad y que ellos estaban ahí para ayudarme. Que el psiquiatra era un trámite, que la ley estaba ahí para respaldarnos”: Tenía 34 años. Otro punto de inflexión para Sonia.

“El día que empecé con el tránsito sonreí. Sonreí mucho”, recuerda. Siguió con su trabajo de vigilante en un garaje en Argüelles. Tenía contrato temporal y esperó a tener contrato indefinido para comunicar que iba a ser una mujer: el cambio físico iba a ser evidente.

“El proceso de trans no solo te afecta a ti, también a la gente de tu entorno, a tu familia”. Sonia rebobina de nuevo hacia atrás para contar su historia. A los dos años de vivir con

mi tía y mis primos, mi tía me hizo la pregunta: ¿eres gay? Tuve un amago de decirle la verdad pero no tuve valor y por salir del paso le dije que sí”.

“Quise ir a esa cena vestida de mujer: ¿cómo lo hago?”

Sonia fue una de las primeras usuarias del foro online para transexuales que puso en marcha Carla Antonelli en su web. “Al principio éramos cuatro gatos y con el tiempo el foro se hizo muy popular y se organizaba una cena anual y viajes de encuentro entre personas transexuales”. “Estaba en el camino para ser yo misma. ¿Cómo lo hago? Quería ir a esa cena vestida de mujer. Mi tía y mis primos vivían en Puerta de Hierro de toda la vida y pensé que podría afectarles a ellos, la reacción de los vecinos y los comentarios de cómo soy o cómo dejo de ser”.

“Y llegó el día de la cena. Me había comprado un vestido, maquillaje, una peluca... reuní el valor, respiré hondo y se lo solté a mi tía, una bomba total: “no soy gay, soy transexual. ¿Y tanto tiempo has tardado en decírmelo? Nos dimos un abrazo, me transmitió su apoyo, me vestí, me maquillé y me fui a la cena. Me sentí muy bien de mujer. Me puse el nombre de Sonia, en honor a la primera transexual asesinada”.

“Aquella noche fue otro punto de inflexión en mi vida. Al sentirme apoyada tuve un subidón. Perdí el miedo a salir a calle vestida como mujer, ir hasta el metro, llegar a Chueca, a si me miraban o no por la calle y a lo que dijeran los demás. Me costó mucho llegar hasta ahí pero a partir de entonces ya fue todo rodado. Me metí en el activismo a tope, y tuve una vida social que nunca había tenido. Asumí el área trans de COGAM, en la Federación de LGTBI, fui secretaria de la Fundación 26D, empecé a viajar con los foros de Carla a París, Lisboa, etc. Me fui empoderando cada vez más. Conseguí el contrato indefinido en el trabajo y lo comuniqué a mi superior: soy transexual y en los próximos meses vais a ver algunos cambios en mi cuerpo. `¿Eres feliz?`, me preguntó. `Más que nunca`, le respondí. Tuvieron el detalle de cambiar mi nombre del cuadrante de turnos que había en el trabajo. Era 2008. Viví en una nube esos años por mi cambio, por mi vida social, mi activismo y el apoyo que tuve en el trabajo. Fue sublime. Han sido años muy bonitos”.

Una familia tóxica

“Soy de una generación donde nos hiper censurábamos por si se nos escapaba un gesto femenino Así que durante más de 30 años hice un esfuerzo de hiper masculinizar, por autoprotección. No puedo ser una princesa. No soy femenina, lo se, pero no por eso ni soy ni me he hecho menos mujer”.

“La familia ha sido tóxica para mi y para mi salud mental: la doble moral, los desplantes de mi madre, el rechazo de mis hermanas... Tuve que romper de modo radical los lazos con mi familia”. Sonia relata que tuvo un intento de suicidio con 15 años y un segundo intento tras las deudas que contrajo en la tienda que montó en El Vendrell con su madre. “¡Me machacaron tanto...!”, dice. Sonia cuenta lo que le pasó: “Monté un negocio, una panadería, y mi madre me echaba una mano. Iba funcionando bien pero fuimos acumulando deudas sin yo saberlo. El dinero que cada día le daba a mi madre para que lo ingresara en el banco se lo gastaba en el bingo e intentó tapar el agujero con chanchullos. Los proveedores comenzaron a reclamar su dinero y me encontré con una gran deuda. Me vi superada por la situación y me estalló todo en la cara. En el barrio me tenían cariño y al ver que una tarde no abría la tienda vinieron a casa, tocaron el timbre y eso me salvó la vida. Me había atiborrado de pastillas. Desperté atada de pies y manos en un hospital psiquiátrico. Mi madre les dijo que era extremadamente violenta”. “Debido a la medicación -continúa- estuve adormecida varios días pero poco a poco fui recuperando la lucidez. Había llegado allí por una ingesta de pastillas pero no entendía porqué me estaban medicando. Estaba anulada. Expresé mis dudas al médico. Me quitaron la medicación y el psiquiatra vio la movida, vio que lejos de ser violenta mi carácter era y es pacificador. Por no tener, no tenía ni depresión”.

“Transexualia -añade- es la única asociación que ha hecho algo por ayudarme cuando más necesitada estaba. Mi sueño es que podamos tener en la asociación una residencia o un par de pisos para emergencia social”.

“Estoy muy orgullosa de mi. Vivo día a día mi situación de mujer trans. Llevo 46 años superándome. He tenido dolores físicos y dolores del alma por las situaciones trágicas que he vivido y he desarrollado una capacidad de desapego brutal. Son muchas las heridas físicas y emocionales y tienes que conseguir que te resbalen: me he hecho más fuerte. Lo que me hace daño lo paso a un segundo plano”.

¿Hay amor y trabajo para una mujer trans?

¿El sexo? “Nunca ha sido primordial para mí. He sido más asexual que otra cosa, pero tampoco renuncié al sexo”. “¿El amor? He renunciado, al amor sí he renunciado. Es difícil para nosotras. Cuando se trata de un hombre cissexual, lo cierto es que tienen el sexo muy metido en la cabeza, tan interiorizado que solo te quieren por el morbo. Me he enamorado, sí, pero a estas alturas prefiero estar tranquila”. Ya no creo en el amor”.

Sonia habla abiertamente de todo lo que le ha pasado. Sin tapujos. De lo bueno y de lo malo. “Estoy reasignada”. En 2009 se hizo la operación de los pechos y en 2014, la vaginoplastia. “Buuffff... ¡Toda una liberación!”. La lista de espera de la Unidad de Género provoca que pase “demasiado” tiempo entre una fase y otra. “Me generó mucha inseguridad y entré en bucle. Necesitaba esa cirugía para tener una coherencia emocional hasta el punto de que tuve otro intento de suicidio. Sentía una gran impotencia ante las listas de espera y también comenzó la crisis y hubo problemas en el trabajo. Una fase muy dura”. “Cuando me operaron en 2014, nunca me alegré tanto de celebrar mi cumpleaños en el hospital. Esos días se quedaron en otro plano: ¡por fin había llegado mi momento!”

“Hoy en día, sigue siendo difícil ser una mujer trans. En mi caso particular, en estos momentos es por el trabajo. Te catalogan por ser trans y es muy difícil que nos contraten. Tenemos una igualdad legal pero aún falta mucho para que sea real. La mayoría de las empresas se han quedado en el postureo de apoyar a personas trans pero no pasa de ser una imagen amigable hacia el colectivo trans”.

“Ya es hora de que se apruebe de una vez todo pero, mejor aún, lo ideal es que no necesitáramos ninguna ley. Sufrimos y lloramos como todo hijo de vecino. Aunque ahora me veas bien, sigo rota por dentro”, se lamenta. “Los sueños personales me los han quitado todos: mi familia, la sociedad...Tengo mis hobbies y mis películas, que me ayudan a evadirme, pero no quiero ilusionarme con nada. Lo que todas queremos es que nos acepten como somos”.



Dayana 29 años, actriz
Ecuador
En Madrid desde los 18 años

DAYANA

“YO VOY CON LA CABEZA MUY ALTA, SER TRANS TE MARCA PERO EL RESPETO SE LO GANA UNA COMO MUJER”

Siempre quiso ser actriz y relata orgullosa las películas, anuncios y cortos en los que ha participado. Denuncia la transfobia que sufrió en la primera escuela de teatro de Madrid a la que se inscribió y también en el mundo actual de la interpretación. “Hay muchas trans que tienen vergüenza de su condición, de que las vean”, afirma. Y añade: “yo tengo que hacer frente a una doble jugada: soy trans y soy latina”.

“Ser mujer trans te marca mucho para ser actriz. Yo salgo llorando de muchos castings, pero no dejo mi profesión, no me rindo”

“Lo bueno es que cada vez salen más papeles de trans y esto significa que tenemos más oportunidades”

Ocultó su feminidad desde niña, tratando de parecer un niño. Nació frustrada, según sus propias palabras, y hoy se declara “feliz, feliz, feliz” de ser una mujer. Una liberación total, matiza.

“Mi infancia -relata- estuvo envuelta en tristeza, especialmente por la brutalidad de mi padre”. “Desde bien pequeña me pintaba las uñas y jugaba con niñas, no con niños, y mi padre se enfadaba enormemente al ver que mi mundo era el femenino”. “Se va a hacer maricón -decía- y me enviaba al psicólogo”.

Nació en Ecuador hace 29 años, y vivió en Guayaquil hasta que su madre falleció. “Tenía diez años y me enviaron a vivir con una tía en Barcelona. Era un niño travieso, lo normal. En el instituto en Barcelona sufrí bullying: me tiraban los cuadernos al suelo y me hacían gestos muy feos, cosas así...Yo era un niño muy muy tranquilo, demasiado tranquilo”, reflexiona ahora con el paso de los años.

Con 18 años, Dayana empezó a hormonarse. Se recuerda “feliz” por empezar a hacer realidad una necesidad interior. Tuvo su primer novio y todo fue cambiando poco a poco. Pasó a vestirse de mujer las 24 horas del día y a trabajar en una tienda y en diversos bares del famoso barrio de Chueca. “Conocí a una chica trans y me presentó a gente trans de la noche de Madrid.

“Al principio de mi transformación me daba miedo que la gente me viera, miedo a que me insultaran, a sentirme nuevamente rechazada...”, recuerda. “Un miedo que ha perdurado en el tiempo, aunque ahora ya puedo ir a un restaurante sin ningún tipo de vergüenza, con la cabeza bien alta, porque ya se que no es mi problema, es el problema del que te ve y no quiere aceptarte tal y como eres”.

“Hay muchas mujeres transexuales que tienen vergüenza de su condición, de que las vean”. “Los problemas psicológicos son algo inevitable para nosotras”, reconoce.

Dayana ha podido contar con el apoyo económico familiar. “Empecé a estudiar periodismo en la Complutense y cursé dos años, pero luego me di cuenta de que lo que me gustaba era la interpretación y a partir de entonces me dedico a la interpretación, a formarme y a trabajar como actriz”.

“Además de trans, soy latina”

Siempre quiso ser actriz. “Una noche -nos cuenta- con este mismo vestido azul que lleva en esta entrevista estaba en un local de copas de Madrid y se acercó un director de cine y me ofreció un papel para una película”. “Tienes que estudiar, que formarte... me dijo”. Y así lo hizo.

Llegó un tiempo de “mucho sufrimiento” para Dayane. Se matriculó en la Escuela de Arte 4 de Madrid, de la que se fue a los seis meses y a la que acusa de comportamiento transfóbico.

“Sufrí transfobia a saco -asegura- del profesor y también por parte de los alumnos”. “¿Que qué me hacían? ¿Que por qué digo que sufrí transfobia? No me hablaban, no querían hacer ejercicios de actuación conmigo. Yo trataba de aprender, de relacionarme con ellos y no me dejaban. En clase éramos unas 30 personas y sufrí maltrato psicológico. Así que empecé a faltar a clase: me sentía tan mal que no podía ir y tuve que dejarlo”.

“Me trataban de sudaca y de trans” nos cuenta. “Estoy cabreada por ello, sigo cabreada. Y me fui. Cambié de escuela de interpretación y me matriculé en Metrópolis, donde cursé los estudios de actriz durante tres años. Fue estupendo, un aprendizaje maravilloso y tuve una muy buena relación con los profesores de teatro e interpretación y con los compañeros/as y seguimos siendo amigos. Me recibieron muy bien y pude centrarme en formarme”.

Relata con orgullo el corto sobre transexualidad que ha rodado como actriz este mismo otoño de 2018, así como sus papeles en películas y anuncios. “He vivido momentos preciosos en mi segunda película”; un papel de reparto en una coproducción española-holandesa, para la que le eligieron entre muchas candidatas transexuales.

Una mujer no trans para un papel de transexual

En el mundo de la interpretación se ha vuelto a encontrar con transfobia, mucho más que en la sociedad, según dice. En su día a día, no ve ni sufre racismo pero sí en el ámbito laboral, en su profesión. “Siento discriminación en los castings a los que me presento para optar a papeles de actriz”, asegura. “Estuve con una depresión durante tres meses. Me presenté a un casting para la serie de televisión Centro Médico para representar un papel de trans. Al final, eligieron a una mujer no trans para hacer un papel de transexual. ¿Quién lo entiende? ¿Cómo es posible? Eso, desde luego, es transfobia”, increpa.

Y añade: “Lo he sufrido también haciendo unas pruebas en un casting para otra serie televisiva destinada a una plataforma online. Y ya sabemos que la televisión vende imagen. Y es que, además de transexual, soy latina”.

“La sociedad te respeta si tu misma te haces respetar, claro está. El casero de mi piso es maravilloso y no he tenido problemas con mis vecinos por ser transexual o latina. Por eso creo que sí hay inclusión, así lo siento yo. Aunque también depende de cómo es tu comportamiento. El respeto también se lo gana una como mujer “.

“Trato de no meterme con nadie, de no meterme en problemas, pero yo tengo que hacer frente a una jugada doble, a una situación doble: además de trans, soy latina”. Dayanne quiere triunfar como actriz y hace un recorrido por situaciones que ha vivido. Lo llevo como puedo. “Yo salgo llorando de muchos castings pero no dejo mi profesión, no me rindo”.

“Voy con la cabeza bien alta. Se pierde y se gana. El de trans es un perfil muy marcado. Lo bueno es que cada vez salen más papeles de trans y eso significa que tenemos más oportunidades. Y sobre los directores tengo que decir que sí, que sí nos respetan. Son respetuosos y delicados”. “Como persona transexual, no quiero escenas de sexo pero como actriz tengo que enfrentarme a ello”, añade.

“He tenido cuatro novios y a todos les he querido, aunque el primero fue el que más me quiso”. El amor sigue presente en mi vida, es un deseo y recuerdo cómo el día San Valentín, ay, me estaba preguntando con quién iba a cenar. Chateo con varios hombres pero la verdad es te quieren ver por el morbo de que eres transexual”.

A las instituciones, a los poderes públicos, les reclama que “velen más por el colectivo transexual, que nos integren, que creen empresas y que ofrezcan formación”.



Sheila 39 años
Huelva
En Madrid desde los 16 años

SHEILA

“NO ES FÁCIL ACEPTAR QUE ESTÁS ENCERRADA EN UN CUERPO EQUIVOCADO”

Tiene 39 años y está a punto de hacer el tránsito en la Unidad de Género del Hospital Ramón y Cajal de Madrid. Sheila relata su vida desde que se fue de casa a los 13 años a la actualidad. “Me siento excluida de muchas cosas, sobre todo del trabajo”, asegura.

“Me ha costado una barbaridad sobrevivir y salir hacia adelante. Me siento orgullosa: he tenido coraje, he tenido ayuda y también he sabido pedir ayuda”

“¿Mi familia? Durante años fui a visitarles al pueblo pero tenía que cambiarme y vestirme de hombre. Hoy por hoy, digamos que hemos enterrado el hacha de guerra”

“Con 21 años estuve a punto de operarme; tenía el dinero pero no lo hice, no estaba preparada emocionalmente, tenía muchos prejuicios. Ahora, con 39 años, lo tengo muy claro”

Recita sus nombres de carrerilla: Vanesa, Maite, Anna... Mujeres trans como ella que se convirtieron en sus amigas. Sheila fue una de aquellas que optó por escaparse de su familia y de su casa en Jabugo (Huelva) siendo todavía una niña. Un niño que se sentía y quería ser niña.

“Recuerdo una infancia muy dura en un entorno muy rural. Mi abuela, mis padres, mi hermana... Me ha costado una barbaridad sobrevivir y salir hacia adelante. Sentía que no encajaba ni con los niños ni con las niñas. Y me creé una burbuja para poder sobrevivir”.

“He sido muy luchadora -asegura Sheila- he nacido así y así moriré. Estaba encerrada en un cuerpo equivocado. Y no es fácil de aceptar, no es una vida fácil ni tranquila. Ahora,

después de años de ganarme la vida en las calles y de tener un problema serio con la cocaína, he renacido y estoy en lista de espera para operarme. Esta misma mañana he tenido cita con la Unidad de Género del Hospital Ramón y Cajal. Me siento orgullosa de todo. He tenido coraje, he tenido ayuda y también he sabido pedir ayuda”.

“Recuerdo que me metía en el baño y me calzaba zapatos de mujer, me hacía la toga en el pelo y me miraba a escondidas. Mi madre me pegaba, esperaba un niño, y me propinaba unos guantazos tremendos, se le iba la mano conmigo...lo pasé muy mal. Me llevó a varios psicólogos. Mi padre era taxista, un hombre bueno. Se le hacía demasiado duro... Eran los años 80 y tampoco era fácil asumirlo”.

“Quería descubrir quién era realmente... yo me sentía una chica. De adolescente me gustaba Camela y Marta Sánchez. Nunca pude hablar con mi madre: me daba muchas palizas, incluso me mordía la cara. Y mi hermana me reprochaba que hacía sufrir a mis padres”. Su abuela y su bisabuela también le increpaban al notarle que tenía las manos y el pecho de una chica. ¡No te echas novia, no serás mariquita!.

“Toqué fondo con la cocaína trabajando en Amsterdam”

Un día se hartó de golpes -“mi madre me dejó la cara marcada de golpes”- y de insultos y reproches y se escapó a Sevilla por la noche haciendo dedo. Tenía 13 años. “Me había informado algo de Sevilla. Sabía que había gays. Aparentaba 16 o 17 años aunque realmente tenía 13 años. Me fui defendiendo de camarera y limpiando bares, entre ellos el club Arny. Conocí a muchas personas de diversos ambientes y a las dos primeras mujeres trans que vi en mi vida: Ana y Sandra, que me ayudaron y me acogieron. Hoy todavía mantengo el contacto con ellas. Estuve un año en Sevilla y me metí en la prostitución”.

”Después, viajé a Barcelona y a Madrid con una agencia de modelos. Llegué a Madrid con 16 años y conocí a Esther que ha sido como una madre adoptiva. Me acogió y me enseñó muchas cosas de la vida; podía haber acabado muy mal”. En esa época pegó el estirón. “Me empecé a hormonal y me puse los pechos con 25 años. En un local de Chueca, había espectáculos de trans y empecé a conocer ese mundo y a muchas personas tras como yo. De hecho, me abrieron los ojos a mi verdadera identidad. En aquella época se decía travesti... lo de transexual todavía no se sabía lo que era”, reconoce.

“Fui poco a poco. Me vestía de una forma ambigua, me llamaban la Carmen Ruso ... Por entonces no existía el doctor Becerra ni la Unidad de Género del Ramón y Cajal y tomábamos lo que circulaba por ahí: Topasel, Progiluton de 500, Propirol de 100 (eran la caña intramuscular)”. “Esther siempre me protegió y me dio buenos consejos: no hagas tal cosa, nada sin preservativo, me llevó a hacerme una analítica, etc. Yo le decía que quería terminar los estudios... y me decía, pero hay que comer, ¿y tu familia? ¡mi madre no me quiere! Hoy por hoy sigo teniendo relación con ella”.

Esa fue su vida de los 14 a los 26 años. “Me sentía bien. Era una burbuja donde se gana dinero, pero hay que ser muy dura. Yo me decía ¡tengo que salir hacia adelante! He tenido que madurar, yo siempre quería cambiar y veía claro que la prostitución no es para siempre. Era una espiral, un día ganabas 300 y otros 700 euros. Pero toqué fondo con la cocaína y con los años me trajo consecuencias emocionales muy negativas, porque ese mundo va acompañado de las drogas...”.

Sheila alquiló un apartamento en Amsterdam durante nueve meses. Tenía 27 años y era “un bollazo trans”, entonces muy solicitados sexualmente. Llegó a ganar 700 euros en una hora. “Tenía ahorrado hasta tres millones de pesetas pero toqué fondo -confiesa-. Todo lo que ganaba me lo gastaba en unas fiestas tremendas y en cocaína. Estuve a punto de morir y tuvieron que ingresarme. Una compañera avisó a mi familia para que me sacaran de ahí”.

Una nueva vida con el graduado escolar bajo el brazo

Durante ese tiempo, les enviaba regalos de París e iba a verlos de vez en cuando al pueblo“. “Me tenía que vestir de hombre para ir a ver a mi familia. Es un problema de aceptación muy duro ... el niño que se marchó con 13 años vuelve a casa a ver a su familia siendo una mujer”, asegura.

Su familia le mandó un billete de autobús Amsterdam-Madrid y “me metieron en una iglesia evangélica para que me desenganchara de las drogas. Me vino a recoger Esther, y me ayudó” en este proceso. Sheila buscó un centro profesional -un CAI- y consiguió superar su adicción”. De aquello han pasado 9 años y ha empezado una nueva vida. Con el graduado escolar bajo el brazo, “estoy encaminado mi vida en otra dirección”.

Cambió su nombre en el DNI en 2008 y se fue informando del movimiento LGTBI de Madrid y de asociaciones para solicitar información y ayuda. “He trabajado en limpieza y en mantenimiento, he sido modelo fotográfico y empecé a cotizar a la seguridad social. Me he sacado el título de auxiliar de enfermería, con el que pude trabajar un año de auxiliar de enfermería, y también el de auxiliar de personas mayores. He hecho varios ciclos formativos”. Una nueva senda en lo laboral, en lo social y en lo emocional.

“Estoy muy orgullosa de haber llegado donde estoy” apunta Sheila. “Miro para atrás y hago mi balance”, añade. “Con 21 años estuve a punto de operarme, de hacerme el cambio de sexo. Tenía el dinero pero no lo hice, no estaba preparada emocionalmente. Tenía muchos prejuicios. Entre el propio colectivo trans hubo gente que me sembraba dudas y me decían de todo: que no voy a sentir, que para qué, que vas a acabar tirándote por una ventana , etc... Ahora con 39 años lo tengo muy claro. Sé que tengo que terminar y concluir esta parte de mi. Ser mujer está en el cerebro, el género es lo que sientes, y ahora estoy segura”.

Sheila llevo dos años en lista de espera para hacerse la operación de cambio de sexo y ya le falta poco para hacerse el proceso completo. Y sobre su pareja, Paxti, asegura: “tendremos que afrontar esta nueva etapa que se avecina”.

Sheila se siente todavía excluida de muchas cosas, en concreto del trabajo y de las relaciones sociales pero afirma: “he aprendido mucho. Ahora lo que necesitamos es tolerancia, respeto y comprensión”. “Y que las personas trans tengamos visibilidad, que se nos vea como personas normales, que los padres con hijos trans que se sienten encerrados en un cuerpo distinto les ayuden, que averigüen cómo les pueden ayudar, que se informen de cómo van a informar a sus hijos, que se visibilice este mundo plural y que el Gobierno nos apoye”.

¿Y la familia? “Digamos que hemos enterrado el hacha de guerra. En nochevieja estuvimos todos cenando con mi pareja, intentando entre todos normalizar la situación”. “Yo sigo `palante´, asegura Sheila, para adelante”.

Brenda, 63 años
Perú
9 años en Madrid

BRENDA

“YO VALGO POR LO QUE SOY; ESTE CUERPO NO VA A SER EL PAYASO DE NADIE”

“He encontrado la paz. Estoy entre bien y muy bien”. Brenda se sabe “una privilegiada” por su apariencia femenina natural. Asegura que nunca ha sufrido transfobia aunque precisa que los problemas le llegaban por la documentación. “Para cualquier gestión en el banco tenía que llamar a mi hermana”, se lamenta. Sé que nací como Héctor pero sé que soy Brenda y me moriré como tal”. Y añade: “Lo he sabido llevar muy bien”.

“ Las personas transexuales sufren de soledad mucho más que el resto porque les utilizan. El psicólogo de una persona eres tu misma“

“La falta de autoestima, la falta de seguridad... nosotras mismas somos las responsables de que no nos respeten”

“Siempre he estado con pareja y con novios heterosexuales. Y les he dicho siempre, y a todos, la verdad. No estoy operada. He tenido la suerte de hacerme querer”

“Desde siempre” y de un modo muy natural, Brenda tuvo gestos muy femeninos. “Nací niño, me dejé crecer el pelo rubio y aunque no tuve una infancia feliz, mi transición a mujer no fue traumática por mi aspecto femenino natural”.

Al cumplir los 13 años -relata- intervine en una conversación de mi madre con mi tía sobre hombres y les dije que a mi también me gustaban los hombres. Casi les da algo”. Mi

padre, militar, amenazó con meterme al Ejército y con hormonarme para que pareciera más masculino”. El mundo al revés para una mujer transexual.

Brenda se autodefine como una “mujer de carácter” y esgrime: “no he dejado que me pisotearan. Aprendes a defenderte cuando apenas tienes nada”.

El ambiente en el que se crio “con cinco tías” era muy religioso. “Éramos muy pobres y mi madre me culpaba a mí de todos sus males: de la miseria, de su trabajo, de ser como yo era... Mi infancia feliz estuvo en la calle y con mi abuela que me quería, me apoyaba y no le importaba la gente, ni lo que dijeran”. “Yo me sentía como una chica - precisa - y me sentía muy bien porque en Perú te nombraban por el apellido, no por el nombre”.

Brenda conoció a un hombre maduro que le rondaba, un ingeniero de minas. “A los 16 años me fui con él para huir de mi padre y estuvimos juntos hasta los 21 años. No era amor, era simple conveniencia. Tenía mucho dinero y la situación me permitió estudiar peluquería y me apunté a la universidad. Vivía muy bien y pude ayudar a mi abuelas y a mis siete hermanos que pasaban muchas dificultades”.

“Me separé por sus celos -continúa Brenda- y empecé trabajar en una peluquería.” Siempre con pareja y con novios heterosexuales, “les he dicho siempre y a todos la verdad. Soy una mujer transexual, aunque no estoy operada y técnicamente soy una mujer transgénero. He tenido la suerte de hacerme querer por mi carácter: respeto la forma de ser del otro y soy una firme defensora de que en una pareja tiene que haber conversación y respeto”.

Con su siguiente pareja convivió 17 años. “Pensé que era para siempre. Quiso tener un hijo biológico pero yo no tenía ese deseo debido a lo que pasé y sufrí en mi infancia. Me hundí completamente cuando descubrí que mi pareja tenía a otra mujer y que ésta estaba esperando un hijo”, añade.

“Me marcó mucho tener tanta pobreza, tantos hermanos, uno con problemas con la droga -el mejor hermano que tuve, se lamenta- porque todos tenemos el derecho de salir de cosas horribles. En un año perdí a mi pareja y a mis dos mejores amigos/as: una trans y un gay. Fue una época muy dura pero me sirvió para rehacerme”.

Brenda se muestra convencida de que ha llevado su transexualidad con mucha naturalidad. Sin dramas. Su aspecto femenino le ha favorecido. “Los problemas -matiza- empezaban cuando tenía que sacar la documentación para cualquier gestión o cuando me llamaban por mi nombre en el médico, en el banco...etc”.

Llegó a España desde Lima hace 9 años. Su hermano estaba en Madrid, enfermó de cáncer y Brenda vino a España a cuidarlo. Empezó a trabajar en una peluquería. Su cuñada también enfermó de cáncer y Brenda heredó su trabajo como cuidadora de ancianos, tarea que desarrolló durante tres años. En la actualidad y desde hace dos años, Brenda trabaja en la Fundación 26 de Diciembre, entidad para personas transexuales mayores de 50 años.

Brenda se detiene en los detalles para contar su historia y su visión de las cosas. “Un psicólogo me dijo una vez que era un travesti y yo le dije: soy una mujer transexual hetero y me gustan los hombres”.

“Nunca fingí lo que no soy”

“He logrado cambiar mi DNI con mi nombre de mujer -explica- y estoy hormonada. Para mí es suficiente. Tengo un micropene que apenas se ha desarrollado y no tengo testículos. Voy en bañador y en ropa interior como una mujer. No soy una trans mujer, soy una mujer”. Y continúa: “el psicólogo de tu persona eres tú misma. Y yo valgo por lo que soy; este cuerpo no va a ser el payaso de nadie”. “He visto a muchas mujeres trans que se han operado y parecen hombres. Y esto te hace preguntarte realmente para qué se operan”.

Y añade: “Nunca sentí vergüenza por ser lo que soy y nunca fingí ser aquello que no soy. De joven tenía un cuerpazo, salía a la calle y notaba que gustaba. Me he vestido siempre de mujer pero no he sido exhibicionista. Para ser mujer no necesito escenificarlo”.

Brenda lleva un año con su pareja actual y tres años compartiendo piso con Cecilia, su amiga. Le gusta el fútbol y es del Real Madrid. “He encontrado la paz” destaca esta mujer

que define estar “entre bien y muy bien. Me llevo de maravilla con mi pareja y nos queremos mucho”.

Para Brenda, las personas transexuales “sufren de soledad mucho más” que el resto de personas porque generalmente les utilizan. “Mis parejas -precisa- me han hecho sentir muy bien, me he sentido querida como una mujer”.

Se siente privilegiada por su apariencia y no ha sufrido transfobia. “Los problemas -detalla- han venido por la documentación, por ir al banco a hacer una gestión y tener que llamar a mi hermana”.

“He sabido llevar mi transexualidad conmigo misma. Sé que nací como Héctor pero sé que soy Brenda y me moriré como tal: como Brenda. Soy una persona fuerte. En la fundación en la que trabajo conozco a personas que siguen en el armario, que se ocultan, que no viven su vida de verdad”.

Si quieres que te respeten -aboga Brenda- lo primero es respetar a cada ser humano como es. “Pido más educación y más respeto”. “En mi país -recuerda- todos los trans y gays querían ir a besarse en la catedral y yo no estuve de acuerdo porque es un acto en el que se ofende a los creyentes. ¿Para qué? ¿Por qué tantas ganas de molestar?”.

“A las mujeres transexuales nos consideran o prostitutas o tontas. ¿Qué pasa? ¿Que no han visto trans inteligentes?. La mayoría nos comportamos, pero hay muchas que quieren llamar la atención y se quedan en el simple hecho de ‘soy mujer y tengo pechos’. No estamos usando la mente en el colectivo de transexuales. Parece que hemos nacido para quejarnos de la transexualidad. Nosotras somos las responsables de que la sociedad nos rechace. Nos van a dar por todos lados. La falta de autoestima, la falta de seguridad... nosotras mismas somos responsables de que nos respeten”.

“No me he prostituido, no he robado y he trabajado siempre para ganarme la vida”, apostilla. Y en este sentido ahonda: “las personas transexuales no nos podemos aprovechar por lo que somos. Yo misma podía haber pedido asilo como transexual pero no hubiera sido verdad”.

Brenda cuenta la siguiente anécdota para ilustrar la necesidad de educación que ve en la sociedad actual cuando un niño la señaló en la calle y dijo: “Mira mamá, ese hombre con pelo largo”.



Marta, 40 años
Oviedo
16 años en Madrid

MARTA

“SOY TRANS Y SE ME NOTA, FINGÍA LA VOZ E HICE MUCHAS TONTERÍAS, PERO A PARTIR DE LOS 30 AÑOS LAS TONTERÍAS ME LAS HE IDO QUITANDO”

De ser hijo único en una ciudad de provincias pasó a ser una mujer trans en Madrid. Su familia le otorgó la emancipación legal siendo menor de edad para evitar el escándalo. Marta se dedicó a la prostitución varios años. Acaba de conseguir su primer trabajo en una empresa de seguros.

“Siendo adolescente les dije a mis padres que me gustaban los chicos pero que quería que me considerasen como una chica”

“He vivido en una burbuja durante muchos años, de prostituta, pero no era el mundo real”

“Una chica trans a la que no se le note... ¡perfecto! Si se le nota, ahí viene el problema. Todavía”

Marta echa la vista atrás y cuenta con naturalidad que el psiquiatra le diagnosticó disforia de género a los doce años, cómo sus padres se echaron las manos a la cabeza y su terror obsesivo a que le saliera barba.

“Mi infancia fue feliz y agradable, tuve mucha suerte” apunta. “Se me notaban mis inclinaciones pero me respetaron en el colegio y sé que no suele ser muy común. Empecé a plantearme qué me pasaba. Se lo conté a mis padres, que ya se daban cuenta, y decidieron llevarme a una terapia con un psiquiatra. Les dije que había descubierto que me gustaban los chicos pero que querían que me vieran como una chica”.

Había poca información en aquellos años e internet era el aliado perfecto. “Yo sabía lo que me pasaba, descubrí lo que es la transexualidad, empecé a tomar unas pastillas para que no me saliera vello y me dije, esto hay que pararlo”. “Soy hija única -describe- y mi familia era conocida en la ciudad. Mis padres decidieron ayudarme de la siguiente manera: me apoyaron para hacer el cambio, el tránsito, con 16 años pero no en Oviedo sino en Madrid. El negocio familiar estaba vinculado a la iglesia y querían evitar que se supiera. Mi padre optó por emanciparme legalmente, me alquiló un estudio en Madrid y me pagó la manutención”.

Se enfrentó sola a todo. Eran los años 90. Su padre le acompañó el día de la operación a la clínica madrileña donde había iniciado el tratamiento psicológico y endocrino. La psicóloga clínica tenía relación con Transexualia y le puso en contacto con Mónica. “Sigue siendo una gran amiga, la primera mujer trans con la que quedé. Nos vimos en la Puerta del Sol y merendamos en Rodilla. Estaba fascinada por todo lo que me contaba”, recuerda. “Me introdujo en Transexualia, donde sigo colaborando. Estuve quince años en atención al cliente y después de tesorera. Conocí a mucha gente y se convirtió en mi familia”.

A los dos años de estar en Madrid como mujer trans menor y emancipada, su padre falleció. Marta quiso conocer el mundo de la prostitución trans que entonces se localizaba en la Castellana. “Entré en el mundo de la prostitución en un momento en el que se ganaba mucho dinero. Perdí mi virginidad con un señor y me gustó el placer sexual. Buscaban el morbo de una chica trans no operada y lo convertí en mi trabajo. Seguí con mi tratamiento hormonal, ganaba mucho dinero y pude hacer mi cambio de sexo”.

“Mentí a mi madre” confiesa. “Mi mundo era ir a trabajar por la noche. He visto a muchas chicas destruirse, pero he tenido la gran suerte de estar bien rodeada, de recibir buenos consejos y de formar parte de un grupo en el que la ayuda mutua ha sido una constante”. Y añade: “No me he sentido rechazada porque mis compañeras me aceptaban, los hombres me pagaban muy bien. Tiene mucho que ver cómo seas y yo he tratado de ser lo más feliz que he podido y he tenido empatía con mis compañeras”.

“El miedo al rechazo sigue ahí”

Marta sigue recordando y relatando lo que ha vivido como mujer trans. “Antes, -afirma- los hombres salían a la Castellana y al Parque del Oeste en busca de sexo trans. Hace

tres años internet me echó de la calle. Y ahora ya estoy muy cansada de trabajar en la prostitución, tanto física como psicológicamente. Es duro. Estoy tratando de cambiar de vida, de encontrar un trabajo y vivir de otra manera. Ayer mismo tuve mi primera entrevista de trabajo: para teleoperadora de una agencia de seguros francesa y estoy a la espera a ver qué me dicen”.

“Me considero una privilegiada. Desde los 18 años no he pedido un duro a nadie. Me he ganado la vida durante 22 años. Ahora se me ha dado la oportunidad de recibir una formación para poder optar a un trabajo”.

“Tengo que decir -matiza Marta- que la prostitución no ha sido mala para mí, incluso me enamoré de alguno de mis clientes. Era mi mundo, teníamos amigas y nos ayudábamos”. Y el mundo de la prostitución trans no es como el otro. Tuvo su época de esplendor y aquello era un desfile de coches tremendo en plena Castellana y ante los ojos de todos: llegaba la hora y nos poníamos guapas con unos vestidos tremendos... y hacíamos la calle, sí! Un mundo que era una burbuja pero no era el mundo real”.

El mundo real es otro, asegura ahora. “Una chica trans a la que no se le note ... ¡perfecto!. Si se le nota, ahí viene el problema. Todavía”. Marta es consciente de que se le nota que es una mujer trans. “Antes me afectaba e intentaba disimular -apunta Marta-. Fingía la voz y hacía muchas tonterías, pero a partir de los 30 años las tonterías me las he ido quitando”.

Cree que el miedo al rechazo sigue ahí presente “y sigue pesando mucho”. “Muchos padres -afirma- venían a Transexualia a preguntarnos, a recabar información para sus hijas/os e intentaba calmarles y trataba de ayudarles. Me considero una persona positiva y empática y en este mundo hay que saber escuchar a las personas”.

A Marta le hubiera gustado haber estudiado periodismo, tener una pareja, trabajar, casarse... “Nunca he tenido pareja” asegura. “Yo no creía que siendo prostituta alguien pudiera querer estar conmigo. Y ahora creo que sí, ahora tengo la ilusión de tener un amor en mi vida”. Y reflexiona: “se han conseguido muchos logros en la sociedad pero sigue pendiente la integración laboral de nuestro colectivo para que ninguna transexual se vea obligada a ejercer un trabajo excluyente, una tarea con la que quede marcada negativamente”.

La mayoría de las trans de su generación, de hace 10 o 15 años, “estábamos en la prostitución. Las chicas trans de ahora, de las nuevas generaciones, tienen el apoyo de sus padres, hay asociaciones de apoyo, se empiezan a hormonas más jovencitas... El hecho trans se ha normalizado, concluye. Las personas trans pueden seguir con su vida y con su sexualidad aceptada”, afirma.

Carla, 59 años
Tenerife
Desde 1979 en Madrid

CARLA

“SOY ACTIVISTA, ACTRIZ Y POLÍTICA, TODO SUMA, Y LO QUE PIDO ES MÁS RESPETO: TENEMOS Y DEBEMOS CABER TODAS, TODOS Y TODES ”

”Me siento una superviviente, sí. Somos supervivientes de la dictadura, del posfranquismo, de los ostracismos sociales, de los rechazos familiares, del apartheid social y del desprecio. A sus 59 años, Carla acumula una densa lista de batallas, reivindicaciones y voces alzadas en la calle y en la tribuna. Actriz, activista, política y resiliente, esta mujer trans ha sido y es la voz, el espejo y el eco de muchas personas trans. En esta entrevista, Carla habla de su pueblo tinerfeño, de su familia y de momentos grabados en su retina. Uno de ellos: “ir en taxi por la Castellana para el cambio de nombre en el DNI; no podía creer que lo hubiéramos conseguido”, recuerda.

“A nuestro colectivo trans nos inculcaron nada eres, nada vales y a nada tienes derecho. Y las personas trans hemos crecido con un gen para demostrar a todos/as que sí eres, sí vales y sí tienes derecho a tener derechos”

“Me vine a Madrid en 1979. A ciegas. Sin nada. Con ropa en bolsas de plástico. Y te rebelas y alzas la voz. Era una época donde aprendías a convivir con un pie en la comisaría y con un pie en la otra acera”

“Quienes lo hemos superado, hemos aprendido a digerir y a escupir. Eres culpable de algo pero no sabes muy bien qué crimen cometiste ni a quién asesinaste “

Es la historia personal de quien a los 17 años salió de su pueblo, pensando que nunca jamás iba a poder regresar. Entonces había leyes de “peligrosidad social” y contra “los

vagos y maleantes” y una persona trans tenía un pie dentro de la ley y otro fuera. Pero también es la historia global de muchas personas trans que han defendido su propia existencia. Carla asegura que “haces tuya la lucha pero también porque estás defendiendo tu propia vida, tu propia existencia, y te revuelves si encima te persiguen”. “Me tocó vivir -relata- la época del posfranquismo y tuve que correr delante de la Policía, que te pegaran palizas en comisaría, que te enviaran a la cárcel, que te abrieran expedientes por peligrosidad social”. “Hubo un tiempo en el que en este país las personas transexuales íbamos a la cárcel por el mero hecho de serlo”.

Nacida en Guímar (Tenerife) hace 59 años, Carla llegó en 1979 a Madrid. Empezó en una sala de fiestas en la Gran Vía y **hoy es diputada en la Asamblea de Madrid, la primera diputada trans en un parlamento autonómico**. Y la única de momento. “Me vine a ciegas, sin nada, -recuerda- con ropa en bolsas de plástico. Y poco a poco, te vas abriendo camino con más necesidad que otra cosa. Las posibilidades de entonces eran el espectáculo o el comercio sexual. A mi me gustaba el espectáculo”. Era un momento especial de transición y de libertades y se daba voz. Carla tenía voz. “En el terreno activista, una inconformidad absoluta con lo que parecía que estábamos predestinadas/os a lo que tenía que ser nuestra vida. Y ante eso te rebelas. Estamos hablando de una época donde aprendías a convivir con un pie en la comisaría y con un pie en la otra acera. Ahora, lo ves a vista de pájaro y haciendo un viaje en el tiempo, da vértigo”.

Con un físico de “rompe y rasga”, a Carla la comparaban con Bibi Andersen. Como mujer transexual vivió una época histórica en la que “a nuestro colectivo trans nos inculcaron que nada eres, nada vales y a nada tienes derecho. Y crecimos con un gen para demostrar a todos que si eres, si vales y si tienes derecho a tener derechos”. “Lo que comienza a ser una defensa de tu propia libertad -añade- y tu propia identidad, poco a poco, sin darte cuenta termina siendo la defensa de un colectivo a medida que vas saliendo en los medios de comunicación y te vas haciendo más visible”.

En 1980, Carla grabó el primer documental temático que se hizo sobre transexualidad en España. “Entre dos aguas” contaba el día a día de una personas trans pero la censura lo secuestró y no se emitió hasta septiembre de 1981. “La casualidad hizo que en ese momento -recuerda Carla- en la primera cadena echaban un reportaje de alfombras persas y todo el mundo acabó viendo el documental”. Y a partir de 1990, Carla se prodiga en programas y debates televisivos, reivindicado y denunciando situaciones vulnerables de las personas transexuales. “Pasé a ser una tertuliana asidua en programas de ámbito nacional como La Noria o Crónicas marcianas y a participar en Telemadrid, en el Gran

Debate, etc.”. Entre medio, fui portavoz de Transexualia a raíz de las agresiones a personas trans en el Paseo de la Castellana, donde bandas de neonazis dejaron inconsciente a una chica trans y le rompieron un pecho”. Y ahí a portavoz para los medios de comunicación del área de transexuales de la Federación Estatal de Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales (FELGT) y, posteriormente, del Grupo Federal de Gays, Lesbianas y Transexuales del Partido Socialista. “Ahí coincidí con Pedro Zerollo y empezamos a trabajar en la parte LGTBI del programa electoral de JL Rodríguez Zapatero: el matrimonio igualitario, la ley de identidad de género... Dimos un paso de gigante porque ésta última hacía posible el cambio de nombre y el cambio de género sin cirugía genital. Hasta entonces era obligado operarse, pasar por un forense y un juicio para tener la documentación”. Un paso de gigante.

“Iba a ver a mi madre a escondidas, nadie me podía ver”

“Normal. Mi infancia fue normal dentro de todos los traumas que puede tener un niño. Pero normal hasta un punto, -precisa- hasta que llega un momento. En el colegio, los niños empiezan a meterse contigo, te tiran piedras a la salida, te tienes que ir corriendo y defenderte de siete contra uno. Un secreto personal como era el mío comenzó a visibilizarse mucho y ante eso, ya no hablas con tu familia. Coges y te vas, te vas del pueblo con el pensamiento de que ya no vas a poder volver a regresar nunca jamás. Y dejas padre, madre y hermanos. No lo hablé con la familia. No, no, no, no, no. Era 1977 y nada de eso era así en esa época. No existía internet, no había información, no existía absolutamente nada”.

“No volví a pisar las calles de mi pueblo pero sí volví a ver a mi madre”. Carla echa la vista atrás: “entraba en el coche directa al garaje, a escondidas. Literal, nadie te podía ver. Y te ibas. Y sentías que no podías volver a caminar por las calles de ese pueblo porque escuchabas cosas como: ¡tú vienes y te vas pero nosotros nos quedamos!”. “Eres culpable de algo pero no sabes muy bien qué crimen cometiste ni a quién asesinaste”, dice rotunda. “Y un 2009 recibes una llamada y terminas volviendo a tu pueblo tras 32 años para recibir el Premio Cardón (galardón que reconoce a personas o instituciones por su labor de promoción del municipio desde cualquier ámbito) y a los nueve meses, de pregonera de las fiestas de San Pedro de mi pueblo”.

“Me entró una alegría y luego un acojone: ¡a ver quién se lo cuenta ahora a mi madre! Llamé a mi sobrina, mi ojito derecho, hija de mi hermana, la única de la familia que intentó poner cordura, un poco de pensamiento de izquierdas en una familia que no es de

izquierdas o no muy de izquierdas, porque hay de todo. Se lo dije a mi sobrina y le dije: ahora se lo tienes que decir a tu madre. A la semana llamé a mi hermana y le dije: ¿te lo ha dicho Lourdes? Ah si si si, ah, pues ¿sabes una cosa, Conchita? Se lo tienes que decir tú a mamá ahora.. A la semana le llamo, ¿ya hablaste con mamá? ¡Jesús Jesús Jesús Jesús...! ya adiviné su reacción, si conoceré yo a mi madre. ¿Y cuál es tu problema?, ¿no es tu hija igual, no te dieron a ti un reconocimiento, a tu hijo por escritor?, ¿por qué no le van a dar a tu hija un reconocimiento? Le dijo mi hermana... Y ahí quedó”.

“Las cosas impensables que pasan en el tiempo,” expresa Carla. Ya había roto sus muros de cristal, ya había exorcizado fantasmas con el premio Cardón que recogió ante más de 300 personas y con un gran aplauso y el pregón de fiestas. “Fue definitivo para terminar de romper el muro de cristal. Vuelvo a pasear por Güímar, me siento en la plaza de Cristal y en el café a tomar mi cortadito, y el dueño viene y me pide un autógrafo. Ya he vuelto a estar bajo los árboles de la plaza de mi pueblo. Y sin ningún tipo de problema. Es una gran conquista para mí. Y he vuelto a ver a amigos de la infancia con los que me relacionaba. Increíble”.

“Hay reconocimientos que pacifican tu vida”

Atesora momentos e imágenes vividos con orgullo y emoción. Y hay reconocimientos que pacifican tu vida, asegura. A punto de cumplir 60 años, Carla relata el momento en el que va por el Paseo de la Castellana a “conseguir mi DNI” de mujer trans: “no podía creer que al final esos datos se iban a poder cambiar. Hacía un mes que había entrado en vigor la ley y tuve el honor de ser la primera en inaugurar el libro”. Carla fue la primera persona trans de la Comunidad de Madrid en cambiar su nombre en el Registro Civil, la primera trans que actuó en el teatro romano de Mérida con un papel protagonista en “Lisístrata” con Paco León, la primera trans con un papel fijo en una serie de televisión, la primera trans que es diputada en este país...”.

“Demasiadas primeras veces”, apunta. “La primera vez significa que alguien no lo ha conseguido antes, significa posiblemente una generación perdida de gente que no pudo estudiar, que no se pudo preparar, aunque afortunadamente ahora ya es diferente. Pero siempre que hay una primera policía, una primera farmacéutica, una primera catedrática... siempre que hay estas primeras veces es que no ha pasado antes y la sociedad tiene que reflexionar”.

Carla combina entonces su activismo con su profesión de actriz. Había empezado a hacer cine, teatro, comedia... “A mí se me activó la autodefensa. Es una cuestión de resiliencia en estado puro, resiliencia que te lleva a la supervivencia. Sistemáticamente vas convirtiendo lo negativo en positivo. Vas saliendo de los baches. Recuerdo, en el 79 u 80, estando ya Madrid, había podido ir a vivir a un apartamento con una amiga, veníamos de dormir en un sitio en el que se caían las tejas y dormíamos en el suelo encima de un cartón, y entraron a robarnos. Me puse a ordenar como si no pasara nada, porque lo que quieres es que desaparezca esa imagen que te está haciendo daño, borrar esa situación para que no te mortifique. Y así tantas y tantas situaciones en la vida”. “Si, -añade- me siento una superviviente. Somos supervivientes de la dictadura, del posfranquismo, de los ostracismos sociales, de los rechazos familiares, del apartheid social, del desprecio... Quienes lo hemos superado hemos aprendido a digerir y a escupir. Somos resilientes”.

Y reflexiona en voz alta. “Cumplo 60 años ahora y estoy orgullosa de haber encontrado la fórmula para superar las situaciones vividas, de haber encontrado esa llave mágica”. “Siento que tengo una parte de una familia. Mi hermana Conchita, mi sobrina, que es mi debilidad. Mi madre siempre estuvo ahí, pero a su manera. Parte de la familia la tenía atormentada y me llegaba a decir: ¿pero tu entiendes a la otra parte?. Y yo le decía: ¡yo no tengo que entender nada. Tu eres mi madre!. Ella, con las series de tv... tres temporadas, Cuando pasé a ser un personaje público, la gente la paraba por la calle y le preguntaban por su hija... ella siempre pensaba que hablaban Conchita y no de mi. Al final, me confesó que veía la serie de tv en la que trabajé tantos años de actriz y me hablaba de mi personaje y cómo tenía que interpretarlo”. “Pero hay dos hermanos con los que no me hablo; es más, que no me hablan. Los he desligado tanto de mi que, aunque suene increíble, no sé si somos 6 o 7 hermanos. Somos hijos de una misma madre pero no tienen nada que ver conmigo. La resiliencia me hizo sacarlos de ahí”, concluye.

“No nos pueden arrebatarnos ni un solo derecho conseguido”

“Me hace daño la involución, que todo lo conseguido nos pueda ser arrebatado. Se busca el titular fácil, las campañas de ‘Hazte oír’ contra el colectivo LGTBI. Te callan y si les dejas campan a sus anchas, pero si hablas les estás haciendo publicidad. Es una cuestión envenenada. Y cada titular es cada vez más más provocativo. Han visto un filón en nuestro colectivo trans. Te hacen daño esos autobuses naranjas, esos niños que estaban perfectamente integrados en el colegio, esa involución. Es perverso”.

El colectivo trans comenzó a ser visible como movimiento asociativo a finales de los 80. Transexualia se creó en el 87, a raíz de las agresiones “y a raíz de la figura del escándalo público que nos seguía penando con la cárcel”, resumen Carla. “Pero hubo un trabajo anterior de personas que crearon el colectivo: Esther, Mónica, Olvido (hija de un guardia civil que luego se suicidó) ya habían tenido reuniones con la delegación el gobierno para denunciar la indefensión de las personas trans”.

En los noventa ya se habla abiertamente de mujeres trans y crece una nueva ola de activismo. “Fíjate que venimos de los años 70 -relata Carla- de ser travestis, y pasamos a ser transexuales y luego transgénero, un término que no cuajó en España porque señala a quien no está operada. Hemos pasado de travestis a trans, del cambio de sexo a la reasignación de sexo y, ahora, a la cirugía genital. Ahora, también hemos pasado del el/la/los al chique. Está candente el género no binario, personas que te dicen: no he hecho una transición, no soy ni chico ni chica, soy un chique. Y lo que pido es más respeto; aquí cabemos todas, todos y todes porque tenemos y debemos caber todas, todos y todes”.

“Sacar adelante la ley integral de transexualidad ha sido increíble para mí”

“De la manera que he vivido, las cosas han ido viniendo a mi vida. Había anunciado la huelga de hambre ante el retraso en la tramitación de la Ley de Identidad de Género -relata Carla- y que dejaba mi partido -el PSOE- por ese mismo motivo y una noche me invita Pilar Bardem a un acto en el Chicote y me presenta a una jefa de casting que estaba buscando un personaje trans para una serie de tv. Comencé a grabar la serie, salió adelante la ley, cumplí años y me entregaron el DNI con mi nombre cambiado. Todo en siete días. ¡Se puede viajar al Himalaya en siete días!”, expresa Carla.

“Soy todo lo feliz que se puede ser y todo el tiempo que se puede ser feliz. Nadie tiene un pico de felicidad”, continúa. “Me ha enamorado y ha disfrutado del amor. Un tiempo”, matiza. “El amor lo he disfrutado y lo he dejado de disfrutar”. Carla vive en la determinación de que no quiere pareja: “por experiencia vivida, después de diez años de no estar con una pareja una ya sabe que no puede incorporar en su vida a una pareja porque ya se cómo se intenta doblegar, cambiar de pensamiento, convertir, vampirizar... conozco todos los procesos de las parejas y a pesar de que puedes estar muy feliz y muy bien, y es posible que hasta enamorada... Lo fundamental para mí son las amistades”, incide.

Al final todo suma, resume. “Soy activista, y no podía imaginarlo al salir de casa, tuve la oportunidad de ser actriz, entré en política y vas sumando todas esas herramientas que has ido desarrollando en la vida”. Respecto a la política -que como, saben tiene su satisfacciones y sus disgustos- Carla destaca que ha vivido grandes momentos en estas dos últimas legislaturas. “Sacar adelante la Ley Integral de Transexualidad de la Comunidad de Madrid, la más vanguardista de toda España y de la que se están inspirando otras comunidades como Valencia, Baleares y Canarias, ha sido increíble para mí”. “Esta ley se ha hecho de un modo ejemplar, reuniendo a todos los colectivos”, añade.

“La visibilidad es buena y necesaria porque de lo que no se habla no existe. Todo lo conseguido hasta hoy, que es muchísimo, -añade- se debe a la visibilidad. Cuando miras hacia atrás y ves el legado que entregamos a las nuevas generaciones pienso que lo deben salvaguardar y proteger. No nos pueden arrebatarnos ni un solo derecho conseguido y queda una senda todavía por caminar; el camino de las baldosas amarillas, que decía Pedro Zerolo, que nos tiene que llevar a esa ciudad que está detrás del arco iris: la del respeto, la convivencia y las diferencias”.



Seth, 46 años
Hungria
9 años en Madrid

SETH

“ME PUSIERON MARIANA Y SE LAVARON LAS MANOS PERO SOY SETH Y SOY HERMAFRODITA”

Traductor e intérprete, reside desde hace nueve años en Madrid. “Soy un hombre hermafrodita, tengo un hijo y nadie de mi entorno ha dudado nunca de que fuera otra cosa. Los factores genéticos, hormonales y anatómicos determinaron mi sexo predominante”, asegura. Seth reivindica el reconocimiento de las personas hermafroditas

“Me daba cuenta de que soy distinto. Me hice esta pregunta con 14 años. ¿Por qué soy distinto? Empezaron a dolerme las mamas y me crecieron los pechos. Yo era muy callado, muy reservado, pero ahora ya no hay quien me calle “

“La ley no nos contempla a los hermafroditas. Es como si no existiéramos. Tenemos que reconocernos como transexuales, aunque no lo seamos para poder recibir tratamiento hormonal y prevenir el cáncer “

“Me daba cuenta de que soy distinto. ¿Por qué soy distinto? Me hice esta pregunta con 14 años. Hasta entonces no había tenido necesidad de preguntármelo. Pero empezaron a dolerme las mamas. Y a crecerme los pechos”. Seth tiene 46 años. Nacido en Hungría, es traductor e intérprete y vive en Madrid desde hace nueve años. “Los hermafroditas - afirma rotundo- no estamos entre dos sexos y tampoco tenemos dos sexos. Yo no soy transexual sino un hombre hermafrodita”.

“A los tres días de nacer no me pudieron operar, como a todos los bebés que nacen con los dos sexos ambiguos -relata- ya que tengo una malformación genética. Me pusieron un nombre femenino en el orfanato -Mariana- porque parecía una niña y se lavaron las

manos. A los tres años de edad fui adoptado por mi propio padre biológico: mi salud era muy mala. Mi abuela me crio como si fuera mi madre”.

“Fui muy callado, muy reservado de niño y de adolescente. Pero ahora ya no hay quien me calle. Incluso quise ser cura y no me admitieron. Era un adolescente pero en mis documentos aparecía mi nombre de chica y no me admitieron en la iglesia. El párroco de mi pueblo escribió al Papa contándoles mi caso pero no sirvió de nada”.

Ante la ambigüedad de su aspecto físico, el médico de la familia le dio el siguiente consejo a su abuela: `Obsérvalo´. “Y así lo hizo” cuenta Seth: “Mi abuela fue observando mi evolución natural y mi crecimiento, mis gestos y mis cambios hormonales y un día llegó al pueblo y sentenció: es niño. ¿Cómo se dio cuenta? Yo estaba muy apegado a ella y al tener poca movilidad y mala salud participaba en las labores de la casa: hacía costura, lavaba la ropa... Recuerdo que me gustaban mucho los coches y que acompañaba a mi abuelo al fútbol. El único peluche que he ido arrastrando fue un mono; el resto de las cosas que me gustaban era los coches, el fútbol, los perros y los caballos”.

Nunca se planteó otra cosa diferente a ser un niño y actuaba como tal. “Instintivamente siempre he sido protector”, reconoce. “Mi abuela me defendió más que nadie y tuvo conmigo una actitud ejemplar. Me dio libertad para que actuara como me sentía desde bien pequeño. Y así lo hice. No tuve problemas de rechazo o de aceptación”.

Con 14 o 15 años empezó a crecerle el pecho. “Se lo conté a mi abuela y me dijo: no pasa nada. El médico le dijo: ´esto no le va a cambiar, va a seguir siendo hombre´. Tenía pene, tenía erección, micionaba de pie...”. La pubertad y la adolescencia en un hermafrodita se produce entre los 17 y los 21 años, el momento de la definición donde influyen factores genéticos, hormonales y anatómicos.

Su primera noche íntima con una mujer fue un momento clave. “Le dije: si te gustan las mujeres te gustaré de cintura para arriba y si te gustan los hombres te gustaré de cintura para abajo. Estábamos en la universidad. Y estuvimos juntos seis años. Tuvimos un hijo juntos por inseminación pero ella murió hace dos años”.

Seth estudió filología de lenguas extranjeras en la universidad y es traductor e intérprete. Tras una larga relación de 15 años con una mujer en Brasil, Seth tiene una pareja heterosexual desde hace cuatro años en Madrid. Su hijo, de 23 años, vive en Rumanía.

Los problemas de salud han sido una constante en su vida. Tuvo que abandonar Brasil, donde vivió 15 años y trabajó de intérprete en la Copa del Mundo de Brasil, por una neumonía crónica para que le trataran en su país. Surgió una oportunidad de trabajo y vino a España, pero falló el negocio por problemas familiares del dueño y “me quedé sin rumbo”, según sus propias palabras. A su actual pareja la conoció buscando trabajo, ya que es mediadora laboral.

Entre los 35 y 40 años, “empecé a manchar. Te planteas que puedes tener un cáncer de ovarios e incluso la menstruación. Eso sí me afectó. Los médicos descartaron ambas opciones. Nadie tenía una respuesta”. Empezó a hormonarse con 44 años debido al atrofiamiento del aparato femenino interior y prevenir el cáncer. “Los médicos corroboraron el atrofiamiento del aparato genital femenino pero no veían el cáncer y finalmente concluyeron que pasé el periodo, la madurez y la menopausia en el mismo momento”. En la actualidad, sigue recibiendo tratamiento hormonal en la Unidad de Género del Ramón y Cajal tras pasar un cáncer de mama en 2017: “Me tuvieron que operar cinco veces en apenas seis meses. El cáncer se extendió a los ovarios y tuve metástasis. El cáncer me estaba comiendo” recuerda.

“Nunca me han preguntado si soy hombre o mujer”

“Desde siempre tengo conciencia de mi sexo, el masculino. Soy un hombre, y mi entorno nunca lo dudó”. Seth reconoce que algunas personas le miraban `raro´ pero nunca le preguntaron si era hombre o mujer. “Yo me tomaba la vida muy en serio. Una persona con genitales ambiguos es inaceptable para la sociedad y legalmente es como si no existiéramos. La única vía para un hermafrodita es ser transexual masculino, aunque no me siento como tal.”

“Los hermafroditas no tenemos legislación que nos reconozca como tales. No nos aceptan el cambio de nombre en el DNI aunque al crecer nuestro género no coincida con nuestro nombre oficial. Somos como un ratón de laboratorio porque hay un gran desconocimiento médico sobre el hermafroditismo. No hay datos, no hay estudios y tampoco hay mucho interés. Y además, en la mayoría de los casos, los padres deciden

hacer a sus bebés la cirugía para que la anatomía se ajuste a su asignación de género, por lo que se desconoce cómo sería la evolución natural de los mismos”, señala.

Una de sus reclamaciones es que fuera posible inscribir a los bebés que nacen hermafroditas con nombre masculino y nombre femenino “para no tener luego en el futuro cuando crezcan problemas burocráticos y de reconocimiento”. Evitaría mucho sufrimiento”, concluye.

El debate científico sigue vigente ¿Debería operarse a los bebés con hermafroditismo para convertirlos en “niños” o en “niñas”? “Vivo día a día una realidad complicada”, remata Seth. “Y me surgen muchas preguntas: ¿qué te hace hombre: la barba o la actitud? ¿qué te hace mujer? ¿por qué sienten vergüenza tantas personas trans? ¿hasta cuando con esa ambigüedad? ”. Me pusieron Mariana pero yo siempre digo: me llamo Seth y soy un hombre hemafrodita, y lo seré hasta morirme”.



Juani, 55 años
Badolatosa, Sevilla
En Madrid desde 1986

JUANI

“PASÉ UNA DEPRESIÓN MUY FUERTE POR SER TRANS Y PROSTITUTA: EL TEATRO Y EL YOGA HAN CAMBIADO MI VIDA”

“Mi autoestima empezó a mejorar al empezar a hacer teatro. Y me di cuenta de que el rechazo que creía sufrir no era por ser transexual”, apunta. Hay que ponerse de parte de nosotras.

“Tenía muchas inseguridades: miedo a hablar, miedo al rechazo, a relacionarme. Buscaba salidas: encontré el teatro y luego el yoga”

“He aprendido a conocerme, a ser yo, a relajarme física, mental y emocionalmente, a quererme y a querer a los demás”

“Me dejé el pelo largo, caminaba moviendo el culo, me gustaban los chicos y me gustaba sentirme mujer. Me di cuenta desde chiquito”. Juani procede de un pequeño pueblo de la provincia de Sevilla y de una familia de campo y numerosa. “Me críe en un familia muy grande, éramos once hermanos, en el campo, en un pueblo chiquito andaluz con mucha incultura. Eran otros tiempos”, dice.

“Mi madre era el tronco de la familia y dijo: Juani es especial y nadie la va a tocar. Así que mi infancia fue buena”. “A los 19 años le dije a mi madre que me gustaban los chicos. Me venía a Madrid de vez en cuando para salir del pueblo y ver un poco de mundo. Y en un cine vi lo que eran las/los transexuales. En Sevilla fui a un médico y empezó el proceso de hormonación. Me hice transexual con 20 años. Fue un escándalo en el pueblo y la gente se retiraba al verme pasar”, relata todavía con tristeza.

A los 24 años, ya de mujer, “me vine con la maleta a Madrid. Y aquí me quedé”, asevera. “Encontré una pensión con travestis y me junté con otras mujeres trans. Había unas cuantas como yo, me sentí muy arropada y me introdujeron en un local de transexuales. Pude romper el miedo y me lancé a trabajar de prostituta. Me operé el pecho, mi madre me dejó el dinero, me puse silicona en la cadera y empecé a ganar dinero. Me fui viendo más femenina y más arreglada. Aprendí mucho, mucho”.

Juani llegó a Madrid en 1986. “Dejé la calle después de 14 años de ejercer. He pasado miedo, miedo con los clientes y miedo con las propias compañeras trans porque muchas abusaban de las más débiles”.

“Estaba muy deprimida”, confiesa Juani. Quería dejar la prostitución y el teatro fue su tabla de salvación. Le dieron una paga por sus problemas de vista -por un ojo no ve y en otro tiene una alta miopía-. “Las inseguridades que yo tenía eran muchas. Tenía miedo a relacionarme con la gente, miedo a hablar, miedo al rechazo, no sabía si me iban a aceptar allá donde iba. Y buscaba salidas. Iba buscando algo pero no sabía el qué. Y conocí a un profesional del teatro. ¿Y para qué vale el teatro me preguntaba yo?. Me apunté a clases de teatro amateur y noté que me iba sintiendo mejor. La psicóloga me iba recortando las pastillas y me fui abriendo poco a poco. Representamos la obra que estábamos ensayando en el teatro y me sentí reconfortada. Mi autoestima empezó a mejorar y me di cuenta de que el rechazo que pensaba, que sufría no era por ser transexual”.

Tras dos años haciendo teatro en una primera escuela de aficionados, Juani pasó a una escuela profesional de teatro. “Ahí me quedé 4 años -apunta- y estuve muy a gusto con los profesores y con mis compañeros. El teatro me ha ayudado muchísimo. Seguía haciendo la calle por la mañana pero por la tarde hacía teatro y poco a poco fui dejando la prostitución”.

“He aprendido a relajarme física, mental y emocionalmente”

“Me fui animando a hacer otras cosas: un curso de masaje, fui a la escuela de yoga... Y un día dije: se acabó, hacer la calle es negativo para mí, me está haciendo daño”. Hasta entonces, Juani sentía que no valía nada. “Mi madre me había protegido mucho y tenía muy poca cultura. Me rechazaba a mí misma por ser transexual y por ser prostituta. Era débil mentalmente”, confiesa abiertamente.

Juani explica con estas palabras su evolución: “Llevo haciendo yoga 14 años, todos los días. He aprendido a conocerme, a ser yo, a relajarme física, mental y emocionalmente, a quererme y a querer a los demás. Es un trabajo personal, de uno mismo, que te cambia la vida”. “Hice yoga porque buscaba algo para ser mejor persona -precisa- y eso es lo que he encontrado. No hay otro modo más que `practicar, practicar y practicar´. No sabía que el yoga podía proporcionarme esta paz, esta compasión y esta comprensión hacia las personas”.

Juani se siente querida por la gente de su entorno. “Ahora -dice- mis pensamientos son buenos hacia los demás. La mente es juguetona; antes canalizaba lo negativo. Ahora, tengo muchos recursos hacia la comprensión y ya tengo recursos para que no me dañen”. “Me he encaprichado de algún hombre pero nunca he tenido ´una media naranja´. Antes buscaba el cariño de otra persona; ahora no”, añade.

Una vida muy tranquila, puntualiza. Yoga por las mañanas y voluntariado repartiendo preservativos a personas transexuales en Sol por las tardes. En el mundo trans, declara Juani, se ha avanzado, pero “todavía hay mucha vulnerabilidad, las chicas son muy vulnerables”.

“En mi caso, he llevado bien lo de ser transexual, aunque me han pasado muchas cosas”, relata. “Iba y venía al pueblo a ver a mi madre y en el 97 mi cabeza era un torbellino de sube y baja. Salí en televisión en el programa de Pepe Navarro contando que era prostituta y que era transexual. Por locura y por ignorancia. Y fui al pueblo con las cámaras y todo. Y luego, claro, me arrepentí de ir. Una de mis cuñadas me cerró las puertas de su casa y estuve once años sin ir al pueblo. Al tiempo, regresé con mis propios miedos y mi familia me aceptó. Era el 2006 y vieron que estaba cambiado. Y otra de mis cuñadas me abrió las puertas y me dijo aquí tienes tu casa... sigo yendo a verles y cada vez mejor”.

Las personas trans “nos cuestionamos y tenemos miedos y eso se nota. Hay que ponerse de parte de nosotras pero el respeto también nos lo tenemos que ganar”. “Creemos que necesitamos ser felices en lo exterior pero es el interior lo que nos hace felices o infelices”. “Yo sigo mi camino y sigo creciendo como persona. Ahora mi senda es buena y doy gracias todos los días por ello”, resume. “Sigo mi camino”.

Nereida, 59 años

Ecuador
En Madrid desde principios de los 90

NEREIDA

“SOY UNA MUJER TRANS EMPODERADA, YA ES HORA DE QUE LA SOCIEDAD NOS VEA COMO PERSONAS NORMALES, YA ES HORA DE ELIMINAR ESE ODIO”

Las mujeres trans mayores se merecen una vejez digna, reclama Nereida. No deben caer en el olvido. “La sociedad no nos dio la oportunidad de evolucionar y ser respetadas” asegura.

“Desde bien chiquita he luchado por mi sueño. Me enfrenté a la sociedad, a mi familia y a mis hermanos, que me hicieron mucho daño”

“Estoy agradecida a la vida, de sentir mi sexualidad de mujer y de hombre. Me he hormonado pero no estoy operada. No necesito una vulva para sentirme mujer”

“Tuve que educar a mi médico de cabecera para que me llamara por mi nombre real, no el que ponía en mi tarjeta sanitaria”

Su espalda y sus piernas acusan los cuatro kilos de silicona que lleva en las nalgas. Nereida, mujer transexual, vivió “otro tiempo”, dice. Un tiempo en el que “nos trataban de maricones”, un tiempo en el que “tenías que salir corriendo con tus tacones y tus joyas en la Casa de Campo cada vez que se acercaba la policía a pesar de tener los papeles en regla”, un tiempo en el que ir al médico era un verdadero dolor al escuchar que “te llamaban por tu nombre de ‘perico de los palotes’ a grito pelao”.

Nereida tiene ahora 59 años y ha vivido un larga e intensa senda por la prostitución y la transexualidad. “Muchas transexuales se quejan ahora del sistema -asegura- pero yo vengo de un sitio, mi país natal, en el que te encarcelaban, te pegaban, te violaban y te tiraban al barro porque les parecías un travesti”. “Yo -añade- he luchado desde pequeña

por mi sueño y aquí hay mujeres trans que han sido unas cobardes en sus vidas. Se que es duro decir esto, pero es así. Yo me enfrenté desde bien pequeñita a la sociedad, a mi familia y a mis hermanos. Unos hermanos que me hicieron mucho daño”.

“Para aceptarme como mujer trans -esgrime- mi madre me llevó a siete psicólogos y cuatro de ellos intentaron abusar de mi. Busqué a una psicóloga entre mis amigos y encontré a un ser maravilloso que me descubrió que yo no era un monstruo por mi tendencia a ser mujer y por el hecho de que mis hermanos me rechazaran y me maltrataran de un modo tan brutal. Aquella mujer me enseñó a quererme, salía de hablar con ella con unas ganas tremendas de comerme el mundo y sintiéndome el ser más maravilloso: quería sentirme bien”.

“Mi nombre en Nereida, no `perico de los palotes”

A día de hoy, las personas transexuales en Ecuador siguen siendo consideradas como `maricones de plata. “No es un buen lugar para nosotras, para las mujeres transexuales”, apunta Nereida. Llegó a Madrid a principio de los años 90, directa a la Casa de Campo, uno de los polos centrales de la prostitución por entonces. Las transexuales despertábamos un morbo tremendo y se ganaba dinero haciendo la calle”. Casa de Campo, Desengaño, Montera... Nereida ha conocido en carne propia todos los rincones del sexo en Madrid y como otras tuvo que ir a París y a Roma cuando el negocio flojeó. Nereida no se siente víctima ni de su transexualidad ni de su trabajo de prostituta. Ella le denomina: “mi noble profesión” y en un tiempo anterior fue conocida como `la mami´. Desde bien pequeña aprendió a usar su sexualidad como arma para defenderse. “Tenía mis armas, había que defenderse”. E insiste: “mi lucha ha sido mi empoderamiento en la calle”.

También en España en los años 90 “nos trataban de maricones”. “Yo me peleaba y exigía que me llamaran por mi nombre de mujer allá por donde iba. Incluso tuve que educar a mi médico de cabecera para no oír el nombre que ponía en mi tarjeta sanitaria cada vez que iba a la consulta. Mi nombre es Nereida, no `perico de los palotes que me pusieron al nacer y que no me representa”, señala.

“Trabajé tres años como mediadora de calle, repartiendo preservativos entre transexuales, gays y prostitutas. He acompañado también a muchas compañeras trans para hacer los papeles, los trámites burocráticos, el empadronamiento, la tarjeta de salud,

etc, Y he ido asistido a muchas manifestaciones, talleres y conferencias”. “Me siento especial”, dice. “Veo a muchas mujeres trans que no luchan por su sueño, y que son ellas mismas las que se dejan llevar por los obstáculos y se encasillan”.

¿Y el amor? “A lo largo de mi vida he tenido tres novios y siempre han sido relaciones amorosas largas y emocionales: tres años, 8 años y con Roberto me casé. Es mi marido, lo sigue siendo, y después de tantos años le tengo una amor filial. He sido la ‘macha alfa’ y ahora ya no hay un hombre a mi medida”.

“He renunciado al rol de madre, pero trato de ser la mejor tía”

“Se están preocupando mucho ahora por la gente joven, para que a las personas trans nos vean como personas normales y se evolucione, ya es hora de eliminar ese odio. Pero que no se olviden de las generaciones anteriores, las mujeres trans mayores se merecen una vejez digna ya que la sociedad no nos dio la oportunidad porque nuestro trabajo siempre ha sido denigrado”.

Nereida asegura ahora que “he rechazado el rol de ser madre porque mi padre fue un triste hijo de la gran serpiente. Y ahora trato de ser la mejor de las tías con mis sobrinos”. Otro de sus sueños e ilusiones es adquirir un piso adjunto a su vivienda para que vivan en él su hermano y sus sobrinos.

“He tomado buenas decisiones -continúa- me he gestionado bien, no he tomado drogas y me siento muy orgullosa de mí. Si hubiera estudiado, sin duda, hubiera tenido otra vida. Sin duda. Pero he podido ser lo que soy: una mujer transexual empoderada”.

Erika, 58 años
Lima, Perú

ERIKA

“MI FORMA DE LUCHAR Y VISIBILIZARME ES ESTÁ, ABRIRME AL MUNDO, QUE EL MUNDO ME VEA; LA VIDA ESTÁ EN LA CALLE, DONDE TRABAJAS Y DONDE TE RELACIONAS”

Profesora de educación física durante 19 años en un colegio de curas -en el Seminario Menor de Madrid-, Erika ha afrontado su tránsito hace apenas dos años, a una edad madura, y le gustan las mujeres: es una mujer trans lesbiana. “Sigo siendo la misma persona -asegura- pero me siento nueva, mejor, he enfocado más mi vida y me siento más llena y más útil a los demás.

“Nací chico y para mí era un sueño ser mujer. Hace dos años y medio, tras una enfermedad y un accidente de coche, me dije: ¿qué te falta por hacer? Y lo he hecho: he convertido mi sueño en realidad”

“Al tiempo de hormonarme decidí contarlo a mi familia, amigos y conocidos y me dije: `¿cómo lo hago público?´ Escribí una carta a mis tres hermanos y al día siguiente, en una red social, subí dos fotos ya de mujer y escribí: “A partir de ahora no se sorprendan si...” Aquella noche no paré de llorar de la emoción al leer los comentarios de apoyo”

“Yo me preguntaba, pero `¿por qué?, ¿por qué?´”. Erika arranca su relato con preguntas. “Desde pequeña me gustaba hacer las cosas de mis primas y de mi madre. No te enteras de nada a esa edad pero creces y te vas cuestionando lo de jugar con niñas y no con niños. El ambiente era muy machista en aquellos años en Lima y tenía que ir con los chicos, como uno más”, explica.

“Mi madre -recuerda- me pilló dos veces con su ropa y puso el grito en el cielo. Yo tendría 12 o 13 años y me gustaba sentirme niña por momentos”, añade.”. “Sinceramente, mi descubrimiento de trans no lo viví como un gran sufrimiento, sino más bien fueron mis dudas y mi necesidad de entender: ¿por qué, por qué me estaba gustando ponerme ropa de chica?, ¿por qué en mis momentos de intimidad fantaseaba e imaginaba ser mujer si era un chico?”. “Ya con 20 años, conseguí ropa de chica y lo disfrutaba en mi intimidad, en mi habitación, cuando no había nadie. Era mi momento y mi mundo pero luego me emparejaba, vivía muy bien mi momento intersexual y cuando la relación fallaba un poco, buff, comenzaba yo mi fantasía y mi momento otra vez. Quizás esa dualidad compensó el no sentirme agobiada todos mis días”. “Cuando de pequeña supe y entendí el deseo sexual -relata- escuché que mis amigos del cole cómo se masturbaban, lo intenté pero no me gustaba. Es más, yo escondía mi pene entre mis piernas para no verlo, no sentía satisfacción. Y me consta que a muchas chicas transexuales les pasaba lo mismo”.

Erika había tenido un buen ambiente en su casa y todavía recuerda las lecturas y películas que le influyeron. Quiso estudiar arquitectura en una universidad privada pero la economía familiar no alcanzaba. “Fue una frustración para mí -se lamenta- pero elegí hacer la carrera de educación física y tuve la suerte de trabajar de profesora en un colegio de Lima. Tenía entonces una novia española y su padre nos recomendó veniros a España”. En los 90 llegó a Madrid. “Mi país estaba hecho un desastre, el terrorismo de Sendero Luminoso daba miedo y tuve compañeros universitarios que estaban metidos ahí. El ambiente era muy tenso”, resume. “España estaba bien en los 90, había muchas opciones y estaba consiguiendo cosas. Yo ya conocía la realidad social de Lima y no quería volver. No me gustaba el machismo ni el racismo ni el clasismo que hay en el país donde he nacido. Quiero a mi familia y quiero el lugar donde he nacido pero no era, y no es, mi mundo”, señala.

Erika vivió muchos años con su realidad de hombre -hasta los 56 años- pensando que ser mujer era “un sueño”. Tras probar suerte en Madrid y pasar por varios trabajos, Erika entró finalmente de profesora de educación física en un colegio de curas de Madrid. No se lo contó a nadie y mantuvo su vida de docente durante 19 años.

“Me acerqué un poco a locales de ambiente y de personas trans, pero muy ligeramente y muy discretamente. Siempre estaba el temor a que alguien relacionado con el colegio me viera”, confiesa. “Alguna noche esporádicamente me vestía de chica y me acercaba a ciertos sitios y a una hora muy tardía. Me tentó hacerlo. Quería sentir esa sensación de ir vestida de mujer. Comencé a emocionarme con la sensación y cada vez fue a más” apostilla.

Me ha ido bien en España; “Todos tenemos altibajos pero me ha ido bien en España. He disfrutado profesionalmente, he podido viajar, conocer gente, estudiar, disfrutar de la vida y los golpes que he sufrido también me han ayudado a salir, he tenido fortaleza para superar los baches”. “Me sorprendía escuchar a otras mujeres trans contando que su vida ha sido un martirio, un sufrimiento, un me muero y un me quiero matar. Hundidas, sin seguridad y sin creer en ellas mismas o sintiéndose como bichos raros”. “En mi caso, creo que supe equilibrar sin decidirlo mi vida real y mi fantasía. Y con ese equilibrio no lo sentí como una gran carga. Mi vida ha ido bien: estudios, trabajos, viajes, amistades, novias...”.

“Nadie se enteraba de lo mío, y menos en el Seminario Menor”

La decisión de dar el paso le vino dada por el trabajo y por motivos de salud. En 2016 culminó su tránsito con la operación de reasignación de sexo aunque inicio el proceso en 2014. Aquel año, Erika seguía de profesor en el Seminario Menor de Madrid. “Nadie se enteraba de lo mío, de mis sentimientos”, relata. “Aquel verano subí una foto con mi pareja en una playa nudista a una red social. No se me veía nada pero caí en que me podía traer problemas con el arzobispado y la borré”. Y así fue. En septiembre le despidieron. “Fui a juicio porque era improcedente: me echaron con 54 años, se agarraron a la foto y no tenían motivos reales. Gané la indemnización y terminó la historia con el seminario”, concluye.

“¿Y ahora qué hago?”. Conoció a una mujer que conocía a personas chicas transexuales y bisexuales. Muchas de ellas estaban en tratamiento hormonal y operadas. Me entró el gusanillo, me informé y me acerqué a las asociaciones del colectivo. Aproveche el momento e hice varios talleres de coaching, que me dieron tranquilidad, me ayudaron a reforzarme y a ver las cosas de otra manera”. Erika se fue formando como coach y cursó un máster de psicología.

“Me encontraba bien conmigo misma. Mi vida era una combinación entre ser entrenador de baloncesto, desarrollar sesiones de coaching y formación de gimnasia para mayores. Comencé a abrirme más a las personas, mejor dicho a conocer un mundo diferente”. En medio de este proceso, tuvo un accidente de coche y le detectaron un tumor. “Empecé a pensar que ¡la vida es una!. y hay que aprovecharla”. “He tenido trabajos mejores o peores, me he enamorado, he tenido altibajos, frustraciones...” Erika se preguntó: “¿qué me falta hacer en la vida? “Había llegado el momento de hacer lo que siempre he querido, lo que siempre he soñado y siempre lo he pensando como un `no puede ser`”.

Tenía un sueño y decidió hacerlo realidad, según nos cuenta. Se informó en COGAM y en Transexualia de lo necesario para hacer el tránsito: dos años de hormonación y lista de espera en la Unidad de Género del Hospital Ramón y Cajal para la intervención quirúrgica. “La lista de espera era muy larga -asegura Erika- y me hice la operación de vaginoplastia por la privada. “Desde pequeña soñaba con tener vagina, fantaseaba con no tener pene: se ha cumplido mi sueño”.

“Comencé a notar cambios por la hormonación y decidí que era el momento de decirlo. Se lo dije a mi mejor amiga, que no lo sabía, y su reacción fue de preocupación total. El mundo, la sociedad, el trabajo... ¿Cómo te van a aceptar, si trabajas con jóvenes y con niños?, ¿te van a querer” le decía. “Si me van a estimar que sea por lo que soy, si la gente me acepta que sea por mi forma de ser, no por mi físico, le contestaba yo”. Todavía hay mucho prejuicio, esgrime Erika. “Lo tenía claro, ¿eh? Y si no hay aceptación es problema de ellos, sea quien sea, familia o amigos. Problema de ellos”.

De hombre a mujer entrenando a un equipo de baloncesto

Cuando decidió hacerlo público se preguntó: ¿y cómo lo hago? “Escribí una carta a mis tres hermanos y a mi cuñada, que es como una hermana: `Siempre he tenido en mi interior ... ´. Su apoyo fue estupendo, salvo mi hermano pequeño que tiene sus ideas y no lo acepta”. Y a los dos días de contarle a la familia, subí dos fotos ya como mujer a una popular red social donde me relacionaba con mis amigos de Perú, compañeros de trabajo, familiares y conocidos... Y escribí: `A partir de ahora no se sorprendan si mi aspecto... ´. Aquella noche no dormí y no paré de llorar de emoción y de alegría por el apoyo tan grande que tuve y por las cosas que me decían: ´enhorabuena, si te sientes feliz se tu misma, sigue adelante, te queremos por como eres, siempre tenemos buenos recuerdos de ti, sigue adelante, eres la misma persona, eres valiente...´ Todos aquellos mensajes me reforzaron aún más. Creo que la gente me quiere por lo que soy, no por lo que físicamente vaya a ser: negra, blanca, gorda, flaca, con pecho, sin él...

Erika hace un paréntesis para contar lo que sigue: “A un amigo de la universidad y a una prima les costó asumir el cambio y me contestaron pasado el tiempo. Mis amigos, familiares y conocidos ven ahora en mis redes sociales las cosas que hago, lo que estudio, mi vida social, las amistades que sigo teniendo, el mundo donde me estoy moviendo”.

Sigo siendo la misma persona -insiste Erika- pero “creo que he mejorado”. “He enfocado más mi vida, me siento más útil para las demás personas, profesionalmente me estoy orientando a un ámbito que me llena más, me siento nueva, pero sin arrepentirme ni querer olvidar mi pasado”.

“Toda la experiencia que he tenido en mi vida, buena y mala, me ha ayudado a ser lo que soy, a pensar como pienso ahora. Y no reniego de mi pasado ,ni me voy a sentir mal”.

“Estoy muy contenta conmigo. Y también socialmente. La gente me acepta tal y como me ve, tal y como soy de verdad. Y estoy conociendo a mucha gente últimamente, me gusta salir, hacer actividades, ir al teatro, a bares donde hay poesía... Alguna vez alguna me pregunta: para ti debe ser difícil. No, no, les digo. No es difícil para mí, actúo con naturalidad, tal y como me siento, como soy... Y me siento reforzada”.

“Cuando empecé el proceso estaba entrenando a un equipo de baloncesto y les conté que iba a cambiar de sexo. Era un equipo de chicas y hubo buen entendimiento con el club donde estuve un año”. Ya operada, Erika ha estado trabajando en otro equipo de baloncesto y para una empresa de actividades deportivas recreativas. La gimnasia recreativa para personas mayores y el emprendimiento social son ahora sus nuevos horizontes laborales.

“Tengo dos familias, la biológica de Perú y otra familia aquí, la familia de una ex pareja con la que estuve mucho tiempo se han convertido en una verdadera familia. Los padres, ya mayores viven, en un pueblo en Salamanca y fui a verlos para contarles mi cambio. Fue muy emocionante”. “Mi madre falleció hace varios años, y me hubiera gustado que supiera de mi cambio. Era un pan de mujer y estoy segura de que me hubiera apoyado. De mis tres hermanos, dos lo han aceptado y entendido y el pequeño no, no quiere saber nada. Es triste pero el problema lo tiene él”.

“Mi forma de luchar es abrirme al mundo, que el mundo me vea, dar visibilidad a mi cambio, que soy una mujer y que no quiero estar en guetos, porque la vida es la calle, donde trabajas y donde te relacionas”. “Día a día veo los resultados. Algunas personas me preguntan y yo les explico mi cambio; me gusta la cercanía de la gente”. “He conseguido hacer mi sueño realidad. Hay que creer y estar en paz con una misma”.

Carla, 40 años
Perú
Lleva en Madrid 9 años

CARLA

“HE LLEVADO UNA DOBLE VIDA MUCHOS AÑOS Y AHORA YA SOY FELIZ, ME SIENTO LIBRE; EL MUNDO ESTÁ HECHO DE MIL COLORES Y ESTOY MUY ORGULLOSA DE SER MUJER”

Le encanta el cine de terror y sueña con tener gemelos. A Carla le gusta el trajín de la vida. Profesor/a de Bellas Artes durante varios años en su país, destaca en esta entrevista: “tuve que llevar otra vida paralela y a escondidas para poder trabajar, una vida de gay”. A punto de concluir con 40 años su proceso de reasignación de sexo, su próximo reto es viajar a Perú y presentarse ante su familia tal y como es: como una mujer.

“Si saben que eres trans no te ven como una mujer. Ese cambio de mentalidad va a depender de nosotras mismas y de que las/los niñas/os reciban una educación más abierta”

“Estoy muy orgullosa de ser y de sentirme mujer. Voy a acabar mi proceso de cambio y me encantaría casarme de blanco, por la iglesia, y tener hijos gemelos”

“Nunca me llevaron al médico, nunca me preguntaron nada. Me encantaba mirar a mi madre mientras cocinaba y cosía. Los deportes y los juegos de chicos me daban mucho miedo y yo prefería jugar con mis hermanas. Recuerdo que cuando comenzó a salirme vello en los brazos, pecho y por todo el cuerpo entré en pánico y no quería ni verme las piernas. Yo quería ser libre pero no podía”.

Desde hace unos pocos años -desde el 2015- es abiertamente Carla. Hasta entonces fue César, profesor de dibujo en un colegio público en Lima y asistente doméstico del hogar en Madrid durante ocho años para una joven pareja española. En ese tiempo, tuvieron dos niños que le conocieron con camisas masculinas con bolsillos y le despidieron con maquillaje, vestido y una bonita melena.

“Tuve una infancia feliz. Con siete u ocho años ya sabía que lo de ser niño no iba a ser lo mío. Mis hermanos me decían que no fuera con gays ni maricones y que no me dejara crecer el pelo” cuenta Carla.

Ir a la Universidad fue una época de libertad total para Carla. Su padre le llamaba la atención por llevar el pelo largo. “Un día lo llevé al campus para que viera el ambiente bohemio de los de Bellas Artes y se tranquilizó pero mis hermanos se dieron cuenta de que a mi me pasaba algo y los cuatro chicos me dejaron de hablar. Les parecía que era gay y se distanciaron”.

Tras estudiar Bellas Artes trabajó de profesor/a en varios colegios, llevando una doble vida: con pelo corto y ropa masculina, de lunes a viernes, y de mujer el fin de semana y fuera de Lima. “Somos educadores y teníamos que dar ejemplo a los niños”. “Si quería un trabajo tenía que conformarme. Eso es lo que pensaba, lo que creía. Veía a mis amigas transexuales y no veía más opción que la prostitución. Por eso, he vivido una vida de gay, he tenido que vivir una doble vida. Para poder trabajar y tener una profesión”. No quería ser cualquiera, quería tener una profesión”.

“Tienes miedo a que los padres de familia te vean y te reconozcan, por la noche, con el maquillaje...” Tras cinco años de profesor en un colegio público, Carla contempló la opción de irse a otro país y hacer una nueva vida. No era feliz y decidió venirse a España, hace ahora nueve años.

“Busqué trabajo pero no me salía nada y aunque me guardaban la plaza varios meses en el colegio de Lima no quise volver a esa doble vida. Seguí buscando trabajo y pedí ayuda en una parroquia. Allí me ayudaron con el abono de transporte y me facilitaron mi primer trabajo para cuidar a una persona mayor”. “Yo quería hacer el cambio, quería quitarme el vello de mis brazos y del resto del cuerpo. Tomaba unas pastillas carísimas. Un amigo gay me recomendó Médicos del Mundo, pasé por el psicólogo y les dije que quería ser mujer”.

Al tiempo entró a trabajar con una familia en limpieza doméstica. Empezó con tres horas para las tareas del hogar, regar las plantas y pasear al perro y terminó de interna ocupándose de todo. Estuvo 8 años trabajando para “esta familia maravillosa con la que empecé siendo César y de la me he ido ya de mujer como Carla”. “Tenía miedo -confiesa- a que si me veían de mujer me acabaran echando y al hormonarme usaba camisas anchas para disimular y la familia me decía: ay, cada vez estás más guapo, César”. Y sigue: “Tuvieron niños y se dieron cuenta lo que me estaba pasando pero no me decían nada. Tanto la madre como el padre inculcaron a sus hijos desde bien pequeños que el mundo está hecho de mil colores y me sentí muy apoyada durante todo el tránsito. Tiré la ropa de chico, me vestí de mujer... y nació otro bebé. Hubiera seguido viviendo y trabajando con ellos ,pero me enamoré y desde hace un tiempo vivo con mi pareja”.

César pasó a ser Carla en el 2015. “Desde que decidí hacer el cambio físico, me visto de mujer y me maquillo”. Carla buscó pareja en las redes sociales. “Muchos me proponían quedar a tomar algo. Y en cuanto les decía que soy trans me proponían ya solo sexo y de un modo muy directo y hasta grosero”. “Hay una muy mala imagen del colectivo trans, está muy asociado al sexo y a la promiscuidad y por eso las mujeres trans estamos catalogadas como objetos sexuales. Ese cambio necesario va a depender de nosotras mismas”, opina Carla.

En la actualidad, Carla está homologando en España su título de licenciada en Bellas Artes y estudia auxiliar de enfermería. Por las mañanas, acude a casas particulares para hacer la limpieza doméstica por horas y por las tardes, a través de una fundación, ha podido optar a un trabajo de limpieza en un hospital.

“He tenido suerte. Nadie me ha tratado mal por ser una mujer trans” matiza, al tiempo que deja claro que: “Me miro al espejo y me digo: todavía no. El tránsito es difícil y el cambio de sexo es muy largo en el tiempo pero yo lo tengo muy claro y quiero ser y estar plenamente realizada”.

Su pareja, con la que lleva tres años, sabe que Carla es transexual desde que se conocieron. “Me siento libre, me siento feliz. No siento que la gente me mire o me señale por la calle o en mi lugar de trabajo. Quiero acabar mi proceso y me encantaría casarme de blanco y por la iglesia. Y puedo hacerlo porque en mi partida de nacimiento ya soy Carla. Vestida de blanco y que me lleven al altar” repite.

Le encanta el cine de terror y sueña con tener hijos. Gemelos, dice. A esta mujer, orgullosa de sentirse y ser mujer, le gusta el trajín diario y se imagina con un hijo en cada brazo haciendo mil cosas a la vez. Su reto cuando concluya su proceso de reasignación de sexo es viajar a Perú a ver a su familia. “No siento vergüenza -dice Carla- pero sí estoy algo temerosa de cómo van a reaccionar mi padre, mis hermanas y hermanos y mis sobrinos. La mentalidad sigue siendo muy machista y sería necesaria una educación más abierta”. Quiero decírselo a mi familia, que me vean, presentarme como una mujer, “como lo que soy”, concluye.

Areli Victoria, 35 años
Tegucigalpa, Honduras
En Madrid desde 2016

VICKY

“LAS MUJERES TRANS NO NACEMOS EN CUERPOS EQUIVOCADOS, NACEMOS EN SOCIEDADES EQUIVOCADAS. EN HONDURAS SUFRÍ TANTA DISCRIMINACIÓN QUE LO ACEPTÉ COMO ALGO COTIDIANO”

Mujer trans, activista de derechos humanos en Honduras y candidata electoral por un partido de izquierdas, huyó de su país en 2016 tras ser amenazada de muerte y recibir varias palizas. Tuvo apenas tres días para decidirlo. Con la ayuda de una ONG internacional, recabó en España y solicitó asilo. Conocida y perseguida en su país por su activismo trans, sueña con enterrar definitivamente a Víctor y resurgir como Victoria, como un ave fénix. Esta es su historia.

“Me tragué palabras muy duras de mi madre, me echaron de la iglesia evangélica y mi hermana le dijo a mi sobrino que me vestía de mujer porque estaba loca. En la Universidad decidí no esconderme más. Descubrí los derechos humanos, me convertí en activista y comunicadora social y crecí como persona”

“Tras el golpe de Estado en mi país nos lanzamos a la calle a pedir derechos; muchas mujeres trans murieron en el toque de queda. La discriminación por LGTBI en Honduras es muy alta pero en España también he sufrido discriminación, aunque indirecta”

“ Es triste que las mujeres trans migrantes todavía sigamos luchando por derechos de primera generación: salud, trabajo y educación. El camino de la transexualidad limita tu vida. No me puedo dar por vencida”

Activista de los derechos humanos LGTBI en Honduras en los últimos 15 años, sobre todo de la comunidad transexual, Vitoria tuvo que huir de su país al ser amenazada de muerte. Está a la espera de que España le conceda asilo por persecución por orientación sexual y sigue alzando la voz para lograr los derechos de las personas transexuales migrantes: “las mujeres transexuales latinas y racializadas tenemos que acostumbrarnos a la discriminación, pero no es la idea”.

En menos de una semana tuvo que salir huyendo de su país. “Me costó asimilarlo, asegura. Vicky dejó su Honduras natal el 13 de abril de 2016 y llegó a España el 14 de abril de 2016. Recuerda que el intercambio de París a Madrid fue “humillante”. “Tener pasaporte latino -relata- da pie a que te segreguen y a que te hagan preguntas totalmente discriminatorias: ¿vienes a casarte, a ejercer la prostitución, a operarte, a adoptar, a quedarte de ilegal...?” Arely Victoria es ahora refugiada en España.

“Demasiado sensible, demasiado miedo, no quieres pelear... Siempre me sentí niña”, recuerda Vicky. “Te categorizan en un plis plas como maricón porque el sexo marcado social es muy fuerte en mi país. Y en toda Latinoamérica, la discriminación está muy marcada. Pero yo siempre he considerado que nací mujer. Tenía que disimular y no podía”, confiesa Vicky. “Desde siempre tuve que soportar la discriminación. Mi madre me decía palabras muy duras de jovencita; cosas como que había parido un hombre y no una mujer, que cambiara mi actitud de ´mariconcito`, que abriera las piernas, que tenía que enseñarme a andar como un hombre, etc”.

“Me golpeaban en el recreo, me hacían maldades, -recuerda- los chicos me hacían círculos en el recreo... y todos los días. Era una tortura, tenías que levantarte todos los días mentalizada a lo que ibas: a aguantar y a soportar”. El proceso de auto identificación fue muy costoso para esta mujer trans hondureña “al arrastrar, además, una gran religiosidad”. Vicky pertenecía a la iglesia evangélica, de la que fue expulsada por no tener conductas masculinas apropiadas. “Pertenecía al coro y al grupo de danza de la iglesia y mi manera de andar era femenina”, detalla.

Tras el golpe de estado de 2009 en Honduras, varios sectores sociales se posicionaron en contra. “En ese momento -relata Vicky- no salí con total libertad del `closed`, del armario, porque sabía que iba a enfrentarme a varias discriminaciones. Era una época en la que me señalaban, me discriminaban y me lanzaban objetos. Con el tiempo decidí asumir mi transexualidad para sentirme bien conmigo misma. Le pedí a una amiga de la Universidad que me dejara ropa de mujer, me alisé el cabello, me miré en un espejo y

me encantó lo que vi. Y me dije: `Esta es Victoria y ya nunca va a volver a esconderse´. Y me sentí tan bien, me sentí yo”.

Vicky estudió Pedagogía y a los 25 años asumió socialmente su transexualidad. “Ahí noté una gran diferencia: mi familia comienza a segregarme y dejan de invitarme a los cumpleaños y eso me hace sentirme mal”. Hasta entonces era trans a escondidas para que mi hermana no se enterara pero al final los vecinos le alertaron. “Había tenido un hijo, al que yo críe durante siete años y al asumir la transexualidad me planteó cómo iba a manejar este asunto. Mi sobrino preguntaba: ¿por qué Manuel se viste de mujer? No le hagas caso, está loco Víctor Manuel, le contestaba mi hermana”.

“Me auto hormoné porque en mi país no existe la cobertura sanitaria y mi cuerpo cambió muchísimo. En la Universidad sufrí mucha discriminación, tenía que pasar por la Facultad de Ingeniería, la mayor eran hombres y cuando pasaba por ahí los insultos, los gritos, me lanzaban objetos, bufff, que no se respetara mi identidad de género. Los profesores no me hacían ni caso. Prefería que me llamaran por mi número de cuenta universitaria 20061008156 de la universidad a que me llamaran Víctor. Yo pedía respeto. En mi país es nulo que te lo garanticen y además hay un gran alza de transfemicidios y asesinatos a LGTBI a gran escala”.

“Nos habían contado que en España la discriminación estaba erradicada”

Vicky decidió irse de casa, trabajó de camarera en un restaurante y se inscribió en el grupo Arco Iris LGTBI de Honduras. Posteriormente, en la organización Apudime se formó en derechos humanos. “Me gradué como defensora de derechos humanos, descubrí ese mundo, me ayudó a sentirme segura de mi misma y a ser defensora de mis propios derechos y los de colectivos vulnerabilizados. Me aportó mucho conocer mis derechos como persona y a partir de ahí comencé a involucrarme mucho en temas de derechos humanos”. Y poco a poco se fue convirtiendo en activista y comunicadora social.

En el toque de queda que había instaurado el golpe de Estado murieron muchas personas transexuales, relata Vicky, y varias se dedicaban a la prostitución. Es una de las cosas a las que me sigo oponiendo: elegir el camino de transexualidad limita mucho tu vida y el

trabajo sexual parece la única opción y no debería ser así. Nos lanzamos a la calle a pedir derechos. En Honduras, el nivel de discriminación -aclara Victoria- es igual para gays y para trans y es muy alto. Walter Tróchez, activista político hondureño y líder de los derechos LGBT, fue asesinado en esta época.

“Muchas organizaciones de mi país me decían que por ser transexual -asegura Vicky- una mujer no podía pensar y eso me abrió otro panorama, y también con más riesgo. Fui la pionera en ser candidata electa al Congreso de Honduras por el partido de izquierdas LIBRE; desde la comunidad LGTBI buscábamos derechos”. “Pensé que podía romper una brecha -asegura. La política, los coches y el fútbol siempre los habían manejado los hombres. Nos acusaron de haber traído la sodomía al país, que cómo nos atrevíamos a llamarnos Victoria o Claudia e incluso fui agredida física y verbalmente: me rompieron el vestido, me quitaron las extensiones...”. Tras una semana en el hospital le escondió una ONG y viajó a Nicaragua para una estancia de seis meses. “También allí desarrollé el activismo”.

La situación política en Honduras se fue radicalizando. Comentarios homófobos, críticas destructivas...“Mediáticamente fuimos víctimas de todo tipo de discriminación y nuestro colectivo estaba tan expuesto en el proceso electoral que recibí amenazas de muerte”. “Mi familia corría peligro, me podían seguir, siempre que salía de casa miraba para todos los lados para que no me siguiera nadie. Existía ese miedo de que un día irrumpieran en mi casa e hicieran una masacre. Tenía medidas cautelares por la Corte Interamericana de los Derechos Humanos y teníamos una escolta cuando estábamos con la organización. Pero había filtraciones policiales y había muchos factores que me hacían temer por mi vida”.

“Ya en Madrid la lucha sigue”, continúa Vicky. “Nos habían contando que en España la discriminación estaba totalmente erradicada. Yo venía con toda la ilusión, convencida de que Arelí Victoria no iba a hablar más de derechos humanos, que viviría una vida normal, que tendría oportunidades... pero no ha sido así”. Tenía 33 años.

A la semana siguiente de llegar a Madrid, Vicky inició la gestión de la petición de asilo en la Comisión Española de Ayuda al Refugiado (CEAR), donde también entra en contacto con entidades LGTBI y organizaciones feministas. Y Victoria vuelve a asumir la defensa de los derechos humanos: imparte talleres, conferencias y “hablo de ser refugiada, inmigrante trans, latina y mujer, las escaleras de la discriminación”, asegura.

“No me puedo dar por vencida -añade. Aquí en España vemos muchas trans latinas que lastimosamente tienen que ejercer el trabajo sexual para sobrevivir y tenemos que seguir promoviendo los derechos de las poblaciones migrantes. Yo misma tuve que ejercer la prostitución durante un mes para poder sobrevivir y no me sentó nada bien. Tu dignidad como persona es pisoteada: Me cuestioné por qué en mi país no tuve que hacerlo y aquí sí. Es un retroceso mental y me pregunté: ¿en qué me he metido? ¿qué hago yo aquí?”.

Vicky conoció a una persona que llena un espacio que nunca pensó que iba a poder conseguir. “Conocer a alguien que te quiera, que te respete y que te valore. En mi país nunca lo vi posible, en el contexto machista en el que viví era mucho pedir ese derecho, que alguien te respetara”, asegura. Vicky reconoce los choques culturales con su pareja, al que conoció en una tertulia sobre feminismo trans, y que intentó no enamorarse porque “a estas alturas no creo en el amor romántico”.

A la espera de que le den el asilo de refugiada, Vicki va planeando sus pasos: “solicitar la nacionalidad española, hacer el cambio de documentación, “que muera Víctor definitivamente y surja Vicky como un ave fénix”, augura. E incide: “el cambio de nombre y el cambio de sexo para las migrantes sigue siendo un derecho pendiente porque hay que tener residencia para poder llevarlo a cabo.

“He sufrido muchas cosas pero también he alcanzado mis sueños”

Vicky mantiene el vínculo con su familia en Honduras. “Echo de menos mi comida, mi lucha, mi reconocimiento como persona, aquí soy una más y esto me afectó un montón. Allí tenía un nivel de reconocimiento a nivel nacional, todo el mundo me identificaba, para bien o para mal, ese maricón que habla de derechos de maricones”. “Aquí, en España, hay discriminación indirecta -miradas por la calle o en el metro mal gesto- y te tienden a marginar, o en un semáforo se apartan porque igual creen que la transexualidad se les va a pegar”. Esto lo sufro todavía en España” reconoce. “Y también me refiero al tema racial y al acento latino: he tenido que pedir ayuda para que me expliquen muchas cosas y tengo algunos conflictos de comunicación”, asegura.

“En mi país, en Honduras, llegué a sufrir tanta discriminación -describe- que hasta me acostumbré a aceptarlo como parte de mi vida cotidiana. ¿Qué me va a pasar hoy? , me preguntaba. Por lo menos en España no tengo esa sensación de pensar cómo voy a ser

tratada, aunque no estoy exenta de que suceda algo. Fui agredida en una discoteca latina por un guardia de seguridad. Perdí el conocimiento del golpe, al despertar me estaban pateando. Lo denuncié en la policía, y apenas llevaba seis meses en España. He sufrido mucho acoso callejero en España y todavía me pasan cosas”, asegura Vicky.

Su sueño es que la población transexual, migrante o no, tenga los mismos derechos. “Es triste -señala- que todavía sigamos luchando por los derechos de primera generación como son el trabajo, la educación y la salud. Se tiene que garantizar a las personas transexuales el mismo acceso a estos derechos que las personas heterosexuales. Otro anhelo es que el trabajo sexual sea por elección, pero no para poder comer o pagar una habitación para dormir”, apunta.

“Siempre me he sentido mujer y vivo como tal”, precisa. Hay cosas que intenta olvidar y tiene repelús a los psicólogos pero -añade- “me siento super realizada. He sufrido muchas cosas pero también he alcanzado mi sueños, he hecho cosas que al final me gratifican y aún sigo haciendo activismo trans para que ¡por fin! llegue el día en el que se reconozcan nuestros derechos como personas. Y espero que las nuevas generaciones que están por venir lo disfruten, así como nosotras también hemos disfrutado esa primera piedra que se levantó en una marcha LGTBI para el reconocimiento de los derechos. Asumo esa responsabilidad aún para que las nuevas generaciones lo puedan disfrutar”, concluye.

MARÍA ROSA

“HE HECHO MI CAMBIO DE SEXO A LOS 62 AÑOS, TRAS TODA UNA VIDA. TODO MI ENTORNO LO SABE Y NO HE TENIDO NINGÚN PROBLEMA”

Creció en el franquismo, se casó tras siete años de noviazgo, tuvo dos hijos y se separó tras 20 años de matrimonio. Esta Ingeniera de Telecomunicaciones concluyó su tránsito de hombre a mujer a los 62 años. Tras toda una vida como Roger ahora es María Rosa. “Mi familia, en mi trabajo, mis amigos... todos saben que estoy operada y no he tenido ningún problema” relata. “Publicar las cuentas anuales de la empresa en el Registro Mercantil o cambiar el nombre en la factura del agua puede ser una odisea”, advierte con humor.

“¿Por qué tengo ese deseo de ser una mujer si a mí me gustan las mujeres? se preguntaba en la adolescencia. Superar ese escollo era inimaginable”.

“Los primeros que tenían que saberlo eran mis dos hijos. Si hubiera encontrado algún atisbo de rechazo en ellos hubiera cortado mi proceso de tránsito. Me siguen llamando, papá, y me han apoyado”

“El proceso de cambio no ha sido fácil, empezando por mi barba blanca. Ahora me encuentro muy bien. Opté por vivir en color lo que me quedara de vida en lugar de seguir viviendo en blanco y negro”

“Desde niño me sentía un poco así. He vivido el franquismo hasta los veintitantos años y había una desinformación terrible. Era inalcanzable enterarte de estas cosas, nunca jamás leí nada sobre la transexualidad. Yo tenía eso ahí, en el coco, y que no sacaba nunca jamás. Estaba dentro de mi, lo exteriorizada en mi intimidad y que no lo viera nadie más”.

“¿Qué ocurría? Me llegó la adolescencia y yo sabía que me gustaba el sexo opuesto, las mujeres, y eso causaba en mí una contradicción extraña. ¿Por qué tengo ese deseo de ser una mujer si a mí me gustan las mujeres?, ¿cómo es posible? Me resolvía la contradicción diciéndome: me gustan tanto las mujeres que hasta yo misma quiero ser mujer. Esa era mi respuesta”. “Entendí -precisa- que la otra vía era una ilusión irreal, inalcanzable y ficticia y que jamás iba a materializarse. Y así he vivido mi vida, aunque quedaba algún pequeño resquicio en mi interior”.

Se casó con su novia tras siete años de relación. “En alguna ocasión me lo descubrió, se lo confesé y lo achacó a un episodio de fetichismo sin darle importancia. Estaba en mí, creo que naces así”: Se casaron, se pusieron a trabajar, fueron viviendo y tuvieron dos hijos. El matrimonio se separó tras 20 años de convivencia. Era 1997 y su hijo mayor se fue a vivir con él.

“Qué me ocurrió?, recuerda María Rosa. “Al separarme empecé a hacer salidas y convertirme en mujer. Era como mi hobby: coger el coche e irme por ahí donde no me conocían: Guadalajara, Toledo, etc. Era muy tortuoso porque tenía que cambiarme donde podía y estuve así varios años”. “Me gustaba transformarme en mujer - añade- y al no tener compromiso de pareja me fui obsesionado con vivir una vida distinta. Sentía que estaba viviendo una vida gris y quería vivirla a color. Cuando abrieron la Unidad de Identidad de Género de Madrid comencé todo el proceso de cambio”.

A los primeros a los que informó de su condición de transexual y de su decisión de cambio de sexo fue a sus dos hijos. “Lo aceptaron sin ningún problema. El pequeño vivía conmigo, y ya me veía vestido de mujer, y el mayor trabajaba en Boston. Tenían entonces 28 y 24 años y para ellos no he dejado de ser su padre. Me siguen llamando papá. Eran los primeros que tenían que saberlo. Si hubiera encontrado algún atisbo de rechazo en mis hijos hubiera cortado mi proceso de tránsito”, asegura María Rosa.

Y empezó a los 57 años el proceso en la Unidad de Identidad de Género (UIG) del Hospital Ramón y Cajal. “Fue larguísimo” relata. “Empecé sin saber muy bien qué iba a pasar. La verdad es que no me sentía muy capaz. Superar el escollo en el que yo me presentara a mi familia, era inimaginable. Ahora ya todo el mundo sabe que estoy operada y no hay problema. A mi madre, con 94 años, le acompañé ayer mismo a renovar el DNI”.

María Rosa fue tomando decisiones conforme iban evolucionando las cosas “y sin preocuparme hasta dónde iba a llegar”. Me planteaba posibilidades, me hacía mis composiciones y me decían: eso no es posible. Yo decía, todo es posible en esta vida. Me planteaba cosas extrañas. Hasta pensé en operarme pero sin que lo supiera nadie. Cada uno opta por las soluciones que le parecen más convenientes. Al final, he visto que la mejor solución para mi fue una transición completa”.

“A partir de ahora soy María Rosa. Se lo dije a todo el mundo: familia, amigos y a todos mis clientes”

Familia, amigos, trabajo... “Se lo conté a todo el mundo y no pasó absolutamente nada”, afirma. “¡Fíjate donde he encontrado algo de rechazo!, y es una sospecha de hace apenas un mes. El colegio planificó una cena de antiguos alumnos y tenía muchas ganas y mucha emoción de ver a muchos compañeros que no veo hace 50 años. Y me dijeron que me había apuntado tarde y que no había ya sitio para ir a la cena. Yo quería ir y me dio la impresión de que hubo algo raro, algo homofóbico del organizador que era un facha”, relata. “A mis amigos Luis y Fernando se lo dije y para ellos soy María Rosa desde el primer momento. Tuve una buena infancia, con amiguetes estupendos”, recuerda.

Como Ingeniero de Telecomunicaciones, María Rosa pasó por varias empresas de su sector y en 1988 fundó su propia empresa de asesoría de ingeniería. “Mi transición ha ido muy bien”, destaca. “En aquellos momentos no fue fácil: se lo conté a todos mis clientes uno por uno, y la reacción del director de un de las empresas con la que llevo 14 años fue la siguiente: “lo que me importa es que los equipos funcionen, la otra cuestión es tu vida y no hay ningún problema”.

María Rosa llevó a cabo el tránsito a un ritmo muy lento. “La hice muy despacio intencionadamente. Yo iba testando al mundo, a ver qué pasaba. Me iba bien de mujer y si hubiera tenido experiencias malas hubiera echado el freno. Tuve aceptación, no tuve problemas y seguí adelante. Continué con los protocolos de Unidad de Identidad de Género, con los psicólogos, en los grupos de apoyo de Transexualia que me ayudaron muchísimo porque le das normalidad al asunto” “Fui cogiendo confianza -asegura- y seguí avanzando. Lo fui comunicando a mi entorno. Recuerdo que hubo situaciones humorísticas y absurdas, como la generada con una persona que había sido rector de una universidad al decirme: ¿Y dónde vas a vivir?”.

La mejor manera de ir por la vida, señala María Rosa, es decirlo a todo el mundo. Su familia reaccionó muy bien y le apoyó desde el primer momento, al igual que sus amigos de la infancia, con los que vivió una época “maravillosa”. “Con mi madre fue algo más difícil, ha sido la que peor lo ha llevado. Al principio no lo aceptaba, aunque ahora ya lo lleva mejor, aunque se siga refiriendo a mi como su hijo. Mi familia me sigue llamando Roger, pero tengo amigos de toda la vida que desde el primer día me llama Rosa”. “Yo no reniego de mi vida ni de mi pasado. Sigo teniendo mis fotos, mis recuerdos y mi vida”, afirma esa mujer trans.

“¿Qué es sentirse mujer? Para mí la cuestión era otra: yo deseaba ser mujer”

La de María Rosa y su cambio de sexo no es una historia traumática. “No me encontraba excesivamente mal como hombre”, asegura. Y precisa: “¿qué es sentirse mujer? Para mí la cuestión era otra: yo deseaba ser mujer. No quería seguir así, quería ser otra cosa”.

“Cada persona es un mundo y lo vivimos de forma diferente. Yo lo vivo como lo vivo, de un modo muy natural, y estoy a gusto. Y hay cosas que no quiero cambiar”, estima. “He sufrido en la vida, pero hay otras cosas que me han hecho sufrir más que esto, que lo de ser transexual”.

“Me siento muy bien. Ahora soy una mujer pero soy la misma persona que antes. Lo que más me costó fue la barba, una barba que llevé durante 20 años. No se quitaba con las hormonas. Yo tenía ya la barba blanca y la única opción fue la depilación eléctrica, ni siquiera la láser, y en algunas zonas tuve que usar técnicas especiales. Me busqué la solución con el dentista: me anestesió el labio superior e iba corriendo a la depilación para poder soportar el dolor en esa zona tan sensible”.

Cuando cambió de nombre, María Rosa tuvo problemas en el Registro Mercantil. “Tenía que firmar las cuentas anuales de la empresa como cada año, lo hice, se presenta en el Registro y fue rechazado. Adjuntamos de nuevo el carné de identidad y el auto de ratificación de la jueza del Registro Civil de que había cambiado el nombre. Y que no y que no y que no. Un año y pico y las cuentas seguía sin estar publicadas en el Registro porque las rechazaban alegando defecto de forma y no coincidencia del nombre. Tuve que conseguir un acta notarial justificando que los documentos eran originales. Creo que

mi expediente lo llevo un transfóbico retrógrado, es el único sitio donde he tenido problema. Y también tuve problema con el cambio del recibo del agua. Con el contrato de electricidad no hubo problema y me hicieron el cambio amablemente cuando les dije que era la misma persona”, apunta.

LANNA

“AHORA DICES QUE ERES TRANSEXUAL Y YA ESTÁ, MI GENERACIÓN ES MUY LIBERAL”

Ha pasado una adolescencia “horrible y muy conflictiva” hasta encontrar su identidad. Lanna cuenta que nunca le hablaron de la transexualidad como un tabú y que su entorno ha sido muy liberal. Aún así, se encerró en sí misma, tuvo una larga depresión y hasta siete intentos de suicidio. Acaba de cambiar su DNI con su nombre de mujer y planea ser madre: me gustaría tener un hijo biológico y también adoptar para poder dar una oportunidad a niños que no tienen nada”, asegura.

“Tras cinco años de bullying, un año de maltrato y tres años de no hablar con mi familia, yo no confiaba ni en mí. Pase de gay a `queer` hasta que me aclaré y tuve valor para decir lo que soy”

“He conseguido mucha fuerza. Estoy en la Unidad de Identidad de Género y voy a hacer el tránsito, el cambio completo de sexo. Me gustaría hacerme un trasplante de útero para tener un hijo biológico y también quiero adoptar”

“Hay días que no, pero hay días que sí noto rechazo en la calle por ser trans: se giran para mirarte y murmuran. El cine ha influido en que la imagen de las trans sea ser prostituta y tener sida. Y ya no es así”

A pesar de que Lanna creció en un ambiente abierto y liberal hacia su condición sexual, ha atravesado una “tortuosa” adolescencia hasta que ha conseguido definir su identidad. “Desde los cinco años ya le decía a mi madre que de mayor sería una mujer, que no me gustaba ser un chico. Ella me apoyó y me tranquilizó. En mi familia son muy liberales, somos nueve primos y sólo un hermano es hetero: los demás son todos gays, lesbianas, transexuales...”, asegura. “Incluso dos tíos de la familia habían sido trans; una tía que se

cambio de sexo y un tío que se convirtió en mujer. No me hablaron de la transexualidad como si fuera un tabú”, precisa.

Lana relata que fue creciendo “pero sin encajar en el colegio ni con los chicos ni con las chicas; me quedaba en la Biblioteca a leer y a dibujar. Al pasar al instituto tenía la necesidad de llamar la atención y encajar, y el primer día fui con el pelo verde. Fue peor el remedio que la enfermedad porque me tacharon de maricón, me hicieron bullying, me esperaban a la salida, me hacían fotos y las colgaban por ahí”. “Todo eso me generó mucha inseguridad -reconoce- y dije que era un chico gay para adaptarme. Me reprimí mucho todo lo que sabía que me pasaba. Y dejé de hablar con mi madre del tema de ser trans”. Lanna iba al instituto con su peluca y sus bolsos de Hanna Montana. “Hice relación con los `raritos`, una pandilla en la que uno era gay, una chica era no binaria y otra trans. Las ovejas negras”, define.

El bullying continuaba. Entró en una depresión que se prolongó durante prácticamente toda su adolescencia. “Podía haber ido a un profesor a contar lo que pasaba, pero nunca lo hice. Y en casa, mi hermano no me aceptaba, me insultaba y mi madre trabajaba”. “En realidad, estaba en una época muy conflictiva en todos los aspectos. Era yo el que no me dejaba ayudar. Me fui una semana a casa de mi abuela, me desconecté de todo y de todos. Ahí mi madre vio que algo me pasaba. Y empezaron los cortes y las autolesiones”, explica. Pasé una adolescencia muy mala.

Lanna sigue dando rienda suelta a su relato de adolescente. “Conocí a un chico y nos hicimos novios pero empezó a maltratarme: me agarraba fuerte, me presionaba para acostarnos, me pegó un puñetazo... No le estaba contando nada de lo que me pasaba a mi madre. Yo era una caja cerrada. Pero se enteró de las autolesiones, me llevó al médico e intenté suicidarme; no sentí el apoyo de nadie y sólo sentía cuchilladas y que todo el mundo me apartaba. Cuando desperté en el hospital recuerdo que me eché a llorar y pedí perdón. Los médicos vieron que mi depresión era por una necesidad de llamar la atención, no por quererme morir realmente, y al final no me ingresaron en la Unidad de Psiquiatría del Hospital”.

En pleno conflicto vital, “la transexualidad se me había olvidado pero seguía dentro de mí”. Lanna siguió con las auto lesiones, dejó a su novio con la ayuda de sus amigas y todo empezó a ir un poco mejor. Uno de los amigos de la pandilla dio un paso hacia adelante y se proclamó trans y a Lanna le sirvió de empuje para volver a retomar la cuestión de su identidad. ¡A ver si lo que te va a pasar es que eres trans! se dijo

recordando lo que sentía de niño. Lo había dejado de lado y quizá por ello le gustaba ir con tacones y pelucas y probarse vestidos de mujer.

“Era yo misma la que me ponía trabas. En mi entorno ya no sufría acoso, mi familia me apoyaba, encontré un novio que me quería, y con él que sigo en la actualidad. Yo seguía mal por mis rayadas mentales pero fui descubriendo mi transexualidad. Sabía que era trans, pero me lo reprimí”. “Había salido del armario como gay -apunta- y ahora ¿cómo iba a salir otra vez del armario y decir `ahora soy trans´?”. Lanna volvió a autolesionarse. Tras insinuárselo a mi novio y ver su reacción en contra de las personas trans, “volví a sentirme sola, intenté suicidarme y volvió a repetirse todo”. “Estuve mal hasta los 16 años en los que me volví a replantearme todo: ¿eres trans? ¿eres gay? Y me dije, no, soy `queer´. No sabía qué hacer y por eso decidí no ser nada, ser queer, aunque yo sabía que era una mujer trans. Pero eso de no ser nada no encajaba en mi familia y en mi entorno.

“Todo el mundo me lo ponía fácil: era yo que no confiaba en mí”

Su primo Bruno, antes su prima Claudia, anunció su transexualidad en una de las reuniones familiares semanales. “Nos juntamos los martes y nos dijo: me siento un chico y a partir de ahora quiero que sepáis que soy Bruno. Nos quedamos de piedra pero todos lo aceptamos en seguida y no ha tenido ningún problema. Hasta mi madre me miró y me animó a que diera el paso. ¿Por qué en mi caso es tan complicado?”, analiza Lanna.

“Todo el mundo me lo ponía fácil pero seguía siendo yo el que me ponía los estereotipos. Tras cinco años de bullying, un año de maltrato y tres años de no hablar con mi familia...yo no confiaba ni en mí. Yo seguía mal, con depresión”. “Estaba harta de tomar pastillas para la depresión que me hacían sentir peor. Y empecé a pensar seriamente que tenían que centrarme. Y me dije: eres `queer´ porque has dicho que lo eres, no porque lo seas de verdad. ¿Qué quieres ser? ¿un chico gay que llame la atención con tacones y peluca? ¿un chico gay discreto con el pelo rapadito? ¿o una mujer trans? ¡No puedes ser las tres cosas a la vez!. Tienes que elegir”.

“Tras una fuerte crisis existencial y varios titubeos, aquí estoy: me llamo Lanna y soy una mujer trans. No ha sido fácil: por mi familia, por los problemas que tuvimos tras denunciar a un `tío´ por delito, por mi novio... Hemos evolucionado y después de tantas trabas,

empiezo en dos meses con el proceso de tránsito en la Unidad de Género del Hospital Gregorio Marañón y ya tengo el DNI cambiado con mi nombre de mujer”.

El ser humano necesita definirse, dice. Lanna está estudiando para acabar el bachillerato, busca trabajo como dependienta en una tienda y quiere estudiar dirección de cine. Quiere hacer el proceso de tránsito a mujer de modo íntegro. “Yo sabía desde pequeño lo que me pasaba pero me dio tanto miedo que me lo callé. Creo que taparlo me hizo tanto daño que me intenté suicidar siete veces. Ahora me siento muy bien”.

“Igual el día de mañana, la hija de esa madre que ahora murmura cuando me ve es también trans ”

Al estar todavía en una fase previa a la hormonación, Lanna sufre distrofia. “Hay semanas y semanas”, confiesa. “Me tengo que afeitar todos los días, incluso hasta dos veces, se me marca la nuez, me quito la ropa en casa y me echo a llorar. A veces me encuentro muy mal, pero me recupero y , de hecho, -añade- he conseguido mucha fuerza y ya nadie puede conmigo”.

Consciente de que su generación es muy abierta en cuestiones de aceptación sexual, Lanna destaca que “hemos crecido con el auge del movimiento `queer`, en el que caben todos los gustos e inclinaciones sexuales. Con 13 años el problema es que no sabes lo que eres, estás creciendo y necesitas definirte. Ahora, en esta época, dices que eres transexual y ya está”. Aún así, apunta: “hay días que noto que me miran mucho por la calle y se giran. O cuando voy a buscar a mi hermana al colegio, noto que las madres murmuran y comentan. Me da igual, que piensen lo que quieran. Igual el día de mañana su hija es trans y se acordará de mí y pensará: ¡fíjate, podría haber hablado con ella”.

Reconoce lo importante que es para ella su apariencia. “Si no llevo maquillaje no me siento mujer” dice, al tiempo que se lamenta de la mala imagen que el cine ha generado de las personas trans al mostrarlas en la mayoría de las películas como prostitutas y con sida. Lana quiere afrontar su tránsito de un modo completo y anhela hacerse un trasplante de útero para ser madre. Si la ciencia sigue avanzado por este camino, -precisa- “me gustaría mucho tener un hijo biológico, aunque también quiero adoptar. Hay muchos niños sin nada y me gustaría poder ayudar”.

SARAY

“MIS PADRES NO ME DEJABAN VIVIR, ERA COMO ESTAR EN AFGANISTÁN, Y ME FUI DE CASA A VIVIR EN LA CALLE; VALORO LO QUE HE VIVIDO COMO GITANA Y COMO MUJER TRANS PORQUE ME HA HECHO MÁS FUERTE”

”Me he acostumbrado a buscarme la vida y sé defenderme; si no eres fuerte siendo mujer trans y gitana estás muerta”. A sus 21 años asegura: “Todo tiene solución en la vida”. Ha sufrido anorexia y lo que más le importa en el mundo es su perra Kiara. “Me ha despertado un instinto maternal que no sabía que tenía”. Saray quiere terminar sus estudios, después de que su madre la sacara del instituto a los 16 años, hacer una carrera y trabajar. Y ser madre algún día. “Las mujeres trans no somos fetiches sexuales, -señala- somos personas normales”.

“Ni mi madre ni mi padre han ejercido como tales: me han pegado palizas por tonterías, no me han dado cariño ni me han acompañado cuando tenía que ir al médico. Llegué a odiarles y a querer que murieran. Ya no quiero nada malo en mi corazón”.

“Con 17 años le dije a un trabajador social que quería estudiar pero que no me dejaba mi madre. Me propusieron que la denunciara pero me hubiera matado. Me fui de casa con 18 años. Los dos primeros meses viví en la calle y luego el Samur Social me ayudó”.

“Ser gitana se lleva en la sangre y estoy orgullosa de mi raza. Cuando supe que soy transexual lo vi como algo natural y tiré para adelante: quiero ser feliz aunque lo tenga difícil por mujer, por trans y por gitana” .

“Recuerdo más cosas de las que me gustaría”, se arranca rotunda Saray. Tiene 21 años, es gitana y es una mujer transexual. “Desde los cuatro años empecé a hablar en femenino de un modo inconsciente. Para mi madre fue como un shock y me caían golpes como

panes”. “No entendía lo que me pasaba” continúa Saray. “Me acostumbré al nombre de niño que me pusieron pero no estaba cómoda. Y enseguida, desde bien pequeña, me colocaron el san benito de `gitana rarita’”. Mis padres me bajaron a Jaén con la familia de mi padre pero mis tías no me aceptaron. Era una gitana rara entre comillas y temían que les diera mala imagen. Yo tenía cuatro años y era hija única. A los gitanos les importa mucho el qué dirán”.

“Como no me querían, me subieron de nuevo a Madrid y me cuidó mi abuela hasta que murió, cuando yo tenía seis años. No podía defenderme mucho, me acostumbré y por complacer a mi madre hablaba como ella quería, pero no entendía nada”. “A los 14 años -continúa Saray- seguía sin entender lo que me pasaba. Conocí a una chica trans en una red social y me sentí identificada con lo que ella me contaba. Poco a poco fui entendiendo. A los 16 años fui a una entidad LGTBI de Madrid y les conté mi situación”.

“Hablaron con mi madre para informarle y para decirle que lo que me pasaba era algo normal, que no se preocupara. Pero no sirvió de nada; siguió pegándome por tonterías”. “Mis padres se lo tomaban muy mal, me pegaban y me castigaban”.

Saray habla de sus padres con la convicción de que no tiene familia. “No han ejercido como padres; mi madre no me daba cariño, no me sacaba a la calle a que jugara y si tenía que ir al médico se inventaban cualquier excusa para no acompañarme. Yo era una niña. Terminé odiando a mis padres con 13 años y deseando que se murieran, sobre todo mi padre. A día de hoy, ese señor desconocido me sigue amenazando”.

“Recuerdo que llegué un día a casa del colegio llorando. Estaba en primero de Primaria y se habían reído de mí y me habían pegado. La única respuesta que tuve de mi madre es que no se me ocurriera volver a llorar. “Para mí, no es mi familia”. Que desde tan pequeña me hicieran tanto daño y me pegaran por nada... Sinceramente, lo único importante en mi vida, lo que de verdad me importa es mi perra”. Ahora, me son indiferentes. He conseguido no odiarles. No quiero nada malo en mi corazón”.

“Para un gitano es muy difícil tener apoyo social, y más si vives en un poblado gitano”. A los 16, sus padres la sacaron del instituto para que dejara de estudiar. “Como a todos los gitanos, y sabía que iba a tener problemas”, precisa Saray. Con 17 años, Saray recurrió a un trabajador social. “Yo quería estudiar pero mi madre no me dejaba. Me propusieron que le denunciara pero no podía hacerlo: ¡me hubieran matado!”.

“A mi madre le explicaron que si no era de verdad transexual lo iban a saber. Y entre los 16 y los 18 años me hicieron multitud de pruebas angustiosas. Sabía que mis padres no me iban a dejar vivir en paz. Aquella época era como vivir en Afganistán, con broncas y peleas constantes. Mi madre me quería tener totalmente controlada y no me dejaba tener vida social”, relata Saray.

“Tuve que llamar a la Policía para poder irme de casa con 18 años”

Cuando cumplió los 18 años, Saray tenía previsto ir a casa de una prima de su madre en Valencia. “Le expliqué a mi tía lo que pasaba, que unos padres normales no son así, y que ya no volvía más. Mi madre me empezó a gritar, a coger de la camisa, me dijo que tenía que pedirle permiso para salir a la calle. Y me harté. Cogí algo de ropa y mis padres me iban a encerrar. Pasé un miedo increíble. Me dieron una paliza y llamé a la Policía. Llegaron tres coches de policía al poblado, decían que era una pelea doméstica y que no podían hacer nada. Les pedí que me esperaran a que cogiera mis cosas para poder irme y así lo hicieron. Me fui de casa, me alejé de esos psicópatas”.

“Estuve dos meses en la calle hasta que el Samur social me ayudó. Fue una época bastante difícil. Buscaba sitios donde comer, dormía en una zona que conocía cerca del poblado gitano. Por un lado, sentí una enorme liberación; estar con mi familia era como estar en Afganistán y no me fue difícil adaptarme a la calle. Ni lo talibanes son tan agresivos”, recuerda Saray.

Los servicios sociales del Samur “me derivaron y pude tener alojamiento, y al tiempo conseguí una ayuda social para poder pagarme una habitación y vivir bajo techo cubierto. Luego me retiraron la ayuda, sin saber el motivo, y el trabajador social me remitió a una entidad privada religiosa, donde me acusaron de tomar drogas y de prostituirme. Y me echaron”. A través de la mediación de una voluntaria de Transexualia, Saray reside ahora en la Fundación Eddy, una entidad privada de acogida de personas LGTBI rechazadas por sus familias.

Saray recibe hormonación en la Unidad de Identidad de Género del Hospital Ramón y Cajal desde mayo de 2016 y ha efectuado el cambio de documentación. Y sigue el tratamiento. “Me tuve que pagar el psiquiatra porque en el hospital requerían la presencia de un familiar y yo les decía: “no tengo a nadie, no tengo familia”.

“Cuando supe que soy transexual lo vi como algo normal y decidí seguir para adelante. Simplemente quiero ser feliz, aunque lo tenga difícil”. La única referencia de transexual gitana de Saray es una activista de Córdoba. “Pero su entorno ha sido positivo y está más adaptada”. Para Saray, todo tiene solución en la vida. “Me he acostumbrado a buscarme la vida, me veo fuerte y sé defenderme. Si no eres fuerte siendo transexual y gitana estás muerta”.

“No tengo estudios, ni experiencia, pero desde pequeña me gustaba estudiar y leer, y he ido formándome por mi cuenta y aprendiendo para tener soltura”, resume. “Con mi madre estoy empezando a tener algo más de relación, pero desde la distancia. Sigue en sus trece, sin querer entender nada, pero por lo menos ha avanzado un poco. Va aceptando que soy una mujer transexual pero no que soy también una persona libre”.

Saray conoció a los 18 años a un chico de 27 años del que se enamoró. Tras su historia de amor fallida, asegura que lo que más quiere es a su perra Kiara “que me despertó el instinto maternal que yo no sabía que tenía. Empecé a cuidar a mi perra desde que nació y se ha creado un vínculo muy fuerte”.

Impulsiva y joven, Saray está buscando en la actualidad una alternativa de vida para poder salir de la Fundación Eddy, una entidad privada de acogida de personas LGTBI rechazadas por su familia. Su objetivo es conseguir una ayuda por colectivo vulnerable, estudiar psicología o formarse como administrativa y un trabajo para sobrevivir.

Triple discriminación: mujer, trans y gitana

Ser trans, mujer y gitana es vivir en una triple discriminación, asegura. “No tengo estudios ni experiencia. En el mundo gitano nos obligan a dejar de estudiar y nos sacan del instituto, pero ahora estoy estudiando para acabar la ESO y poder seguir formándome”.

Saray reclama a las instituciones que faciliten la vivienda y lanza el siguiente mensaje a la sociedad: “ser transexual no es lo mismo que ofrecer las nalgas, no somos fetiches ni objetos sexuales, somos personas normales”.

Anhela una vida tranquila, con su perra, y con el deseo de ser madre en el futuro. “Toda gitana tiene un instinto maternal” destaca e insiste: “he cometido el error de vivir para un hombre y ya no lo haré más”. Saray dice estar en un punto “en el que me voy haciendo más feminista como tal”. “El machismo que se sufre como mujer es tal, que ya no me pongo escotes”, precisa. Y añade: “recibo ofertas para prostituirme y hasta me suplican sexo porque soy trans, pero no va conmigo”.

“Me siento orgullosa de ser gitana, son mis raíces y me he criado en un poblado gitano, y aunque les pese, hay personas LGTBI. Ser gitano va en la sangre y valoro esa parte de mi parte, he empezado a informarme del pasado del pueblo gitano”. “La rueda de nuestra bandera simboliza que somos un pueblo nómada, el hecho de estar en movimiento, me da fuerza como mujer gitana”.

“Estoy hartísima de las instituciones”, confiesa Saray. “Te dan cama y comida pero no te ayudan ni te orientan en cómo avanzar, en cómo puedo mejorar para salir adelante”. Su instinto de supervivencia le lleva en la actualidad a buscar trabajo de camarera, de dependienta o de teleoperadora. “He pensado -afirma- incluso en mudarme a otra comunidad e intentar buscar trabajo, pero en Madrid hay más opciones para estudiar y es lo que necesito hacer ahora”. Psicología o administrativo, aprender francés y seguir adelante. “Valoro lo que he vivido porque me ha hecho más fuerte”, asegura esta jovencísima mujer trans para quien “quedarte llorando es tiempo contado”.

Audreyu, 55 años
EE UU
En Madrid desde noviembre de 2018

AUDREUY

“VINE A MADRID PARA ESCAPAR DE LA TRANSFOBIA QUE HAY EN MI PAÍS DESDE QUE TRUMP ES PRESIDENTE”

Actriz y cantante teatral en Nueva York, esta mujer trans ha viajado con su marido a España para iniciar una nueva vida, huyendo de su propio país en el que “ya no se respetan nuestros derechos civiles por ser trans”. Un juicio pendiente por faltas en EE UU ha truncado los planes de la pareja y tiene la cuenta corriente bloqueada. Audreyu sobrevive en la calle como una *homeless trans*.

“En España la gente me mira pero es muy respetuosa y no se meten conmigo. Al igual que la Policía, son todos muy amables. En mi país es horrible; a las personas trans nos insultan y el presidente Trump quiere borrarlos del mapa”

“¿Qué diferencia hay entre sentir que tu sexo es otro a tener un labio leperino? Son circunstancias con las que naces. Yo fui feliz cuando me operé, pero sigo siendo la misma persona que antes, con un sexo o con otro”

Llegó a Madrid en noviembre de 2018, huyendo de la “transfobia que se está viviendo en mi país desde que Trump es presidente”. “Las personas trans ya no podemos vivir con dignidad: nos rechazan, nos insultan por la calle y nos desprecian. Se quiere cambiar la ley federal de derechos civiles que nos ha protegido estos años de discriminaciones y acosos y quitarnos la identidad”.

Audreyu tiene 55 años y está casada desde hace cinco años con un texano con el que planeó su viaje a España. El objetivo que tenían era instalarse en el entorno de Benidorm y empezar una nueva vida.

“Trump está intentando que las personas trans seamos invisibles, que el sexo solo se defina como femenino o masculino, está en nuestra contra y se está generando muy mal ambiente hacia las personas trans”, asegura Audrey quien explica: “Este país, España, es el número uno en la aceptación de la transexualidad y por eso hemos venido aquí”.

Pero algo se truncó a su llegada a Madrid y Audrey y Enrico están ahora sobreviviendo en la calle, como homeless. Procedente de Nueva York donde vivía con su marido y trabajaba de actor y cantante teatral, Audrey duerme en una tienda de campaña con su marido y sus dos perros. “Esto está siendo algo inimaginable para mí”, confiesa entre lágrimas al tiempo que nos enseña su pasaporte norteamericano y su fotografía. “Esta soy yo, la de la foto, no está que ves ahora” insiste.

“No podemos creernos lo que nos está pasando. Tenemos la cuenta corriente del banco bloqueada y no podemos sacar nuestro dinero. Todo se debe a que antes de venirnos de viaje tuvimos un incidente en un restaurante, teníamos que habernos presentado a testificar ante el juez pero el abogado nos dijo que no pasaba nada e hicimos el viaje tal y como estaba previsto” relata.

“Aquí nos están ayudando tanto desde Transexualia como desde Cáritas”, confiesa esta trans norteamericana. “Nuestros perros son como nuestros hijos y hasta ahora no podemos acceder a un piso social dado que los perros están prohibidos. Por eso, estamos en estas condiciones”. “Esperamos poder solucionar este asunto y seguir adelante y vivir en paz”, añade.

Audrey desgrana su vida desde la infancia con una emoción constante. “It’s very difficult for me, sorry”¹ nos dice disculpándose en repetidas ocasiones. Nació niño y su primer pensamiento fue ya de una chica. Siempre fue así, explica. “Eran los años 60 y por aquella época lo más fácil y lo más habitual era decir que eras gay y así fui viviendo, como un hombre gay”.

“Saqué a la mujer que llevaba en el interior; no era feliz”

¹ Es muy difícil para mí, lo siento.

A Audreyu siempre le gustó la interpretación y a ello se dedicó junto al canto, dadas sus condiciones vocales. Tenía una carrera y un entorno muy positivo pero cuando llegué a los 40 años empezó a tener un sueño recurrente, un sueño en el que una mujer desaparecía cuando el reloj de arena se terminaba.

“Hasta que se dio cuenta, según nos cuenta, que era la mujer que llevaba en mi interior desde que nací y decidí sacarla fuera. Me estaba ahogando y no podía seguir siendo tan infeliz”, relata.

“Fue una decisión muy dura porque tuve que poner en riesgo toda mi vida, mi carrera, mis amigos...”. “Mi madre enfermó de cáncer -continúa- y durante un tiempo tuve que parar el proceso y la hormonación para poder pagar los gastos derivados de la enfermedad con mi seguro médico, pero al tiempo reinicié el proceso hasta que me pude hacer la operación de cambio de sexo, la vaginoplastia”.

“¿Qué diferencia hay entre sentir que tu sexo es otro, tener un labio leperino o un tobillo mal formado? Son circunstancias con las que naces. Y precisa: “Yo fui feliz cuando me operé pero sigo siendo la misma persona que antes, con un sexo o con otro”.

Audreyu va a iniciar la petición de asilo en España para ser refugiada debido a su condición de trans. Junto a su marido tiene previsto buscar un trabajo en hostelería y cocina, donde tiene una amplia experiencia. En el futuro espera poder crear su propio negocio en el que puedan ofrecer música en vivo y barbacoas especializadas y temáticas.



SILVIA

“NOSOTRAS TAMBIÉN NECESITAMOS TENER UNA VIDA, YO QUIERO RECUPERAR LA MIA, PERO NO PUEDO, LA SOCIEDAD ME LA HA ARREBATADO”

Su familia intentó aceptarla como mujer trans pero al año la rechazó. Silvia es ahora madre de un hijo de ocho años. “Es la primera persona que lo supo y lo acepta con normalidad. Me quiere tal y como soy. Es un niño maravilloso”, afirma. “Es ahí -incide- donde se rompen todos los prejuicios, en la educación en la infancia”. Su vida ha dado un giro desde que ha empezado a hormonarse y asegura: “si antes tenía un rechazo por ser `rarito´ ahora sufro un doble o triple rechazo”. Feminista convencida y activista por la defensa de la diversidad de género, aspira a una sociedad más incluyente, cuestiona qué es la normalidad y reclama a los poderes públicos “igualdad, equidad y amparo legal” para las personas trans.

“Nunca he sido lo que no soy. Nunca nací chico, soy una mujer desde siempre; una mujer con un cuerpo no normativo en esta sociedad ¿Por qué tengo que esperar a que un juez me autorice a ser quien soy? ¿por qué me consideran una patología por nacer como soy?”

“Llegó la mili y me tocó la Brigada de Paracaidistas. Se me cayó el alma. Tuve que masculinizarme y copiar los gestos y comportamientos de los hombres para sobrevivir. Estuve en el armario y cuando salí de él perdí mi trabajo y tuve que cerrar mi negocio. Sufrimos una gran agresión psicológica hoy en día”

Desde que inicié la hormonación, por fin soy quien soy pero me he encontrado con más problemas: estoy más discriminada por ser quien soy y por mujer. La sociedad nos dice ¿queréis ser así? Vale, pero en esta sociedad no tienes cabida”

“Yo nunca nací chico. Cada persona es un mundo diferente. Soy una mujer desde siempre y nunca he sido chico. Una mujer con un cuerpo no normativo para esta sociedad. Me llamo Silvia”. La infancia que vivió Silvia no era buena. “No me gustaba, no era mi vida, no me sentía bien cumpliendo un rol que no era el mío, no podía manifestarme tal y como era”, describe. “Había un gran desconocimiento, mucha más violencia que hoy en día y un gran rechazo familiar. Hoy en día, no hay tanto rechazo familiar, pero lo hay todavía. En mi época sentías que te iban a echar a los leones. En mi caso, yo me mantuve dentro del armario, porque lo contrario era una cuestión de burla, de agresión, de debilidad, no de macho y te llamaban mariquita”. “Tienes que aprender lo que no eres, es lo que hice yo, aprender a ser lo que no era. No me sentía gay, ni me identificaba con ello. Mis padres pensaban que era gay, me llamaron mariquita con 8 años. Mi hermano es el que más me agredió”, recuerda.

Con el tono suave y rotundo a partes iguales, Silvia se describe como una mujer feminista por encima de todo. “La palabra transexual -explica- me parece un insulto. Es una palabra creada por una sociedad para apartar el hecho de unas personas que siglos atrás nos clasificaron como anormales”. “Soy una mujer con un cuerpo no normativo ante una sociedad que tiene una ideología de género muy cerradas y que te tacha de anormal si no estás dentro. Por eso tenemos demasiados problemas. Las mujeres con identidad trans -añade Silvia- hemos existido desde siempre. Pero el machismo se ha incrementado muchísimo y las normativas de la sociedad hacen que las personas con otras identidades y/o que se sienten de un género diferente sean perseguidas”.

Hoy en día, aunque estemos en el siglo XXI, a las personas con identidad trans “todavía se nos sigue considerando como anormales”. Silvia se remonta a la historia. “En el época de la revolución industrial se nos catalogó de anormales junto a las personas racializadas, las personas de color también eran anormales porque no eran blancas. Esas normas las crearon la aristocracia y la burguesía blanca junto a la psiquiatría clínica. Toda la opresión viene de la división de clases, de apartar lo anormal de lo norma. Por todo esto, cuestiono que nos llamen así, transexuales. No me identifica”.

“Vi muy rápidamente quién era yo realmente porque no era quien parecía ser. La cuestión de tener unos genitales, ¿como te marca la vida!, ¿no? y además te adoctrinan en algo que no eres, por lo que ven, por la imagen de un cuerpo que ven. Y eso te marca la vida, y a muchas personas les ha marcado la vida. Cuando vi a Bibi Andersen en una de sus películas pensé: “anda, si existimos, si no soy la única, si hay más como yo”, rememora Silvia.

“Fui creciendo y seguía igual”, relata. “Vas teniendo conocimiento de que en algunas comunidades como Andalucía empieza a ser posible hacer realidad la identidad trans y me decía: ¡quiero ir, quiero ir, pero no podías ir”. Sabías que te ibas a encontrar sola y no se lo podías confiar a nadie, te lo tenías que guardar. Recuerdo esas noches de dar vueltas y vueltas: ¡ay, quiero levantarme ya siendo quien soy. Pero no era así. Lo tenía al alcance de la mano, a unos kilómetros, pero no podía por mi juventud y por cuestiones económicas”.

A Silvia le hubiera gustado seguir estudiando pero el entorno “era hostil” y empezó a trabajar. “No podía estar en un entorno hostil; la familia, el entorno social...Y aunque estaba en el armario, algo se notaba. Recibí un rechazo brutal, agresiones físicas de mi hermano y el vacío que te hacía la sociedad por ser una persona rara que no estaba dentro de esas normativas binarias”, relata Silvia.

Una sociedad con ideologías de género “muy cerradas”

Y llegó la mili. “Fui al servicio militar, me tocó la brigada de paracaidistas y se me cayó el alma. Es ahí donde aprendí a ser el típico macho. Aprendí sus comportamientos y sus gestos. Pensé que o me comportaba como ellos o me comían”. Al volver, su familia pensó que la mili le había curado y las agresiones desaparecieron. Y aprendió un oficio. “Mi profesión ha sido durante años la decoración de interiores, me gané la vida pero ahora ya no puedo porque es un sector muy masculinizado y me rechazan muchísimo”. “No suelen contratarme desde que he empezado mi proceso, desde mi presencia femenina, y sufro esta discriminación hoy en día”.

Silvia empezó muy joven a trabajar y tras varios años de experiencia montó su propio negocio en Toledo, “una provincia muy conservadora y tuve que cerrar”, apunta. “Ya había salido del armario. Aunque llevo más de dos años con el proceso de hormonación, me visibilicé varios años antes”. En la vida de Silvia ha habido varios factores para elegir el momento de la visibilidad. Su hijo es una de ellas.

“Tuve una relación con una mujer y tuvimos un hijo. Y condiciona, me hacía pensar en muchas cosas, pero luego resulta que lo del hijo no es lo más difícil. Es lo más fácil, porque es la primera persona que ve tu identidad y la acepta como algo normal. Tiene 8 años, vive con su madre gestora y me trata como una chica. Me llama Silvia pero a veces se le escapa papá” dice. Silvia se considera ahora madre de su hijo, no padre, pero “no

le quiero confundir, ya lo dirá él mismo, no lo voy a reprimir, quiero que se muestre con normalidad y sin presión. Le estoy educando en la no discriminación, el feminismo y el respeto a las personas. Y le encanta que le enseñe esas cosas. Mi hijo es una maravilla y me quiere tal y como soy. Es ahí donde se rompen todos los prejuicios, desde la educación en la infancia. A mi hijo le fui haciendo ver lo que soy y va entendiendo quién soy. Yo siempre quise ser madre y lo soy. Estas son las generaciones con las que si les das una buena educación sobre no discriminación, respeto a las personas, sean quien sean, y respeto a los cuerpos, desaparecerán muchísima violencia en la sociedad”.

“A enemigo que huye puente de plata”. Silvia usa este refrán como respuesta al rechazo de su familia: padre, madre y hermano. “Fui a casa de mis padres a contarles quien soy realmente. Lo intentaron, pero no pudieron y al año decidieron echarme. Había un total rechazo, se sentían avergonzados...”. “Duele pero tienes que seguir adelante,” añade. “Tenía que vivir mi vida y más con un hijo. Y menos mal que en estos tiempos pasa cada vez menos, pero pasa. No entiendo a mis padres y no voy a hacer el esfuerzo. No concibo hacer daño a un hijo. No los quiero ver ni en pintura”, concluye.

Silvia empezó a tener problemas laborales al visibilizarse como mujer. “Se me fue la clientela y tuve que cerrar la empresa. Dejaban de llamarte y de encargarte proyectos. Es un coste muy elevado que no se si vamos a poder pagar en esta sociedad. Porque todavía hay secuelas de todo aquello, del rechazo. En los años 80 y 90, las personas con identidad trans recibían agresiones y era perseguidas. Hoy en día, de la física hemos pasado a la agresión psicológica que hoy sufrimos muchísimo”.

Y añade la siguiente reflexión: “la sociedad nos dice ¿quieres ser así? ¿eres el marica al que le vamos a poner pechos? Podemos hacerlo pero en esta sociedad no tienes cabida”. Hay un rechazo y una discriminación brutal en los ámbitos laborales donde tienes que cumplir el canon social, el canon de como debe ser un hombre o una mujer. Y si no cumples con ese canon te ven como algo raro y te rechazan. No ven a la persona, observan un cuerpo raro no normalizado y hay un rechazo brutal”.

“Hay mucha información pero la información hay que darla correctamente”

Según explica Silvia, “cuando vamos a buscar trabajo, sea lo que sea, al no cumplir con las normativas de cuerpo y género hay un rechazo enorme, en el trato y en todo. ¡Cuántas

puertas se nos cierran porque vivimos en un sistema totalmente patriarcal”. “Y nosotras también necesitamos tener una vida”, reclama. “Yo quiero recuperar mi vida pero no me dejan. Siento que me la arrebatan y lo que quiero es recuperarla, pero no puedo. Hasta en la mismísima tontería de ir a una piscina te miran constantemente y es muy incómodo, es una falta de respeto. En cosas cotidianas como ir al metro, en el bus, por la calle... es incomodísimo, te sientes extraña y refleja el gran desconocimiento que existe, porque hay más de dos géneros”.

Convencida de que la sociedad está siendo muy lenta en la inclusión y que, hoy en día, hay mucha información “pero la información hay que darla correctamente”, Silvia rechaza las etiquetas sexuales. “Me fijo en la persona, sea quien sea”.

Desde que ha iniciado la hormonación, “tampoco he ganado la felicidad”, reconoce. “Sé quien soy, por fin soy quien soy, pero eso no me ha hecho más feliz porque me estoy encontrando con más problemas. De hecho, estoy más discriminada por el hecho de ser quien soy y por mujer. Me siento mejor, ya no soy un rol. Soy quien soy y quien tenía que ser, pero no me siento con felicidad plena. Mi vida ha dado un giro y estoy descubriendo que si antes sufría rechazo ahora tengo un doble o un triple rechazo”. “Antes la gente me apartaba por ratito. Ahora, la rareza la sigues teniendo y además te clasifican como persona anormal”, describe Silvia.

“Mi cuerpo es el que es, es el que tengo, -considera- y no lo voy forzar para sentirme más a gusto, no tengo que parecer lo que ordena el canon social. Me encuentro bien como soy. Tengo un tratamiento hormonal pero esto no implica que tenga que seguir a más. Me niego a sentirme obligada a parecer un cuerpo más femenino. Tenemos que gritar la libertad de nuestros cuerpos. No tengo que ponerme un cuerpo como la sociedad me diga que tiene que ser”. Y se pregunta por el proceso de diagnóstico de disforia de género y el cambio del nombre en el DNI: ¿por qué nos tenemos que justificar y convencer de quién somos? ¿Por qué tengo que esperar la autorización de un juez para decir quién soy? ¿por qué me consideran una patología por nacer como soy?”.

Centrada en el activismo dentro de los movimientos ciudadanos 8-M y Orgullo Vallecano, Silvia apuesta por buscar y por alcanzar “una sociedad más incluyente, no tan excluyente”. “¿Qué es la normalidad y lo anormal en esta sociedad?” cuestiona. Y añade: “en el 8M me estoy dando cuenta de que las personas trans, las inmigrantes, las racializadas, las personas con diversidad funcional... es una discriminación por el hecho de ser diferente. Y si te fijas en los miembros que componen el Congreso de los

Diputados, sólo vemos a personas blancas, no hay ninguna representación de la diversidad. Somos personas, personas que por nacer de una manera o de otra ya estamos etiquetadas y duele mucho”. De momento está concentrada en la lucha social. “Me hace más viva buscar unas libertades y abrir camino para que se consigan. No busco un reconocimiento sino trabajar y aportar mi granito de arena para lograr la inclusión social y para que todo el mundo tenga voz en la sociedad”, destaca.

A la sociedad y a los ciudadanos les pide que no sean tan pasivas ni tan conformistas que luchen por los derechos incluyentes. “Que dejen los egoísmos personales y busquen un egoísmo colectivo” -apunta- mientras reclama a los poderes públicos “igualdad, equidad y amparo legal”. A pesar de las leyes aprobadas y los derechos conseguidos para las personas de identidad trans, hay un momento en el que estamos en tierra de nadie sin ningún tipo de amparo. Para cambiar la documentación y el DNI se exige un mínimo de dos años de hormonación y en dos años y pico te puede ocurrir de todo”. A su familia no tiene nada que decirle. “Me han hecho mucho daño. Que sigan viviendo su vida y yo la mía”. Trabajar y estar al pie del cañón ha sido su modo de superar el dolor. “Creo que lo estoy superando así, intentando luchar contra la discriminación. Todas las personas pasamos por algo malo y cada una tenemos lo nuestro”.

Tenemos que ser fuertes”, añade. “Hay que seguir adelante”. Silvia tiene el sueño material de ir a Nueva Zelanda y el reto de recuperar su vida.



III. CONCLUSIONES

En este documento se recogen las historias de vida de 22 personas trans que ponen de manifiesto la diversidad de este colectivo en el municipio de Madrid. **21 mujeres y 1 hombre** nos han contado sus vidas con un doble objetivo: Ayudar a los menores trans a identificar “*lo que les pasa*” y lo vivan con normalidad, así como a romper los estereotipos que la sociedad tiene sobre el colectivo.

Al leer estas grandes historias de superación, y aunque la muestra de hombres no sea significativa, se puede comprobar que **los hombres trans, una vez que han realizado su transición tienen un mayor grado de integración sociolaboral que las mujeres**. La sociedad, como las propias trans afirman, no acepta que una persona que nace hombre quiera transicionar al “*sexo débil*”. En este contexto, las mujeres trans sufren una doble discriminación que les dificulta su inclusión en la ciudad de Madrid y requieren de mayores apoyos, pues no queda duda de que son más susceptibles de acabar en la prostitución, ante la falta de oportunidades laborales.

Además, a través del análisis de la vida de estas personas se pone de manifiesto **la existencia de una clara inmigración** de las personas trans a la ciudad de Madrid. El 45% de los casos son personas de fuera de España (un varón y once mujeres). La nacionalidad más repetida fuera de la española es la peruana con cinco mujeres seguido de la ecuatoriana con dos casos de mujeres. El resto de las nacionalidades son un varón húngaro, mujer hondureña y mujer estadounidense (único caso de país más rico que España). Las inmigrantes de países más pobres manifiestan que huyeron de sus lugares de nacimiento porque estaban siendo perseguidas y corrían el riesgo de ser encarceladas e incluso asesinadas. Y ésta sigue siendo una realidad en nuestros en muchos países del mundo. Vienen a Madrid en búsqueda de una vida mejor y en el caso de las mujeres trans tienen que superar la múltiple discriminación de ser personas trans, mujer e inmigrante.

Adicionalmente se puede comprobar que **no solo acuden a Madrid personas de otros países, sino también de otras Comunidad Autónomas españolas** (seis de las doce mujeres españolas vienen de fuera de Madrid, un 50%, una de cada dos). Los casos de mujeres que vienen de otras provincias son de Barcelona, Oviedo, Tenerife, Sevilla (Badolosa), Huelva y Salamanca. Éstas vienen buscando el anonimato que les ofrece la ciudad de Madrid, huyendo de ser la “trans” y ser juzgadas por sus vecinos/as, situación a la que se enfrentan, sobre todo, las personas que viven en municipios pequeños. Optan además por Madrid porque es una de las ciudades más amigables con el colectivo LGTBI y con más recursos y ayudas para este colectivo. No se puede obviar que Madrid cuenta con una Unidad de Género en la cual las personas trans pueden someterse a las

operaciones de reasignación de género y el Programa de LGTBI donde se ofrece atención psicológica, social y legal, a las personas trans.

Cuando las personas trans llegan a Madrid **acuden al movimiento asociativo en busca de la ayuda que necesitan para poder integrarse en la sociedad, pues ellas son las que les informan de los recursos existentes y los acompañan durante en su proceso de inserción educativo-socio-laboral.** En las asociaciones acaban conociendo a **otras personas trans que se convierten en sus amigas.** Estas amistades son fundamentales para ellas, en muchos casos llegan a ser su familia y son el pilar fundamental en su proceso de inserción social.

A este respecto es fundamental resaltar **el alto número de personas trans que forman parte del movimiento asociativo una vez que se han insertado en la sociedad para ayudar a otras personas trans a insertarse.** Las mediadoras trans son uno de los mayores recursos existentes en la ciudad de Madrid para apoyar a las personas trans (algunas de estas vidas han sido contadas en este documento), pues ellas han pasado por el mismo proceso y la ayuda entre iguales es muy eficiente y eficaz cuando se trata de colectivos vulnerables. Este apoyo que las personas trans reciben a través del movimiento asociativo, está consiguiendo la inclusión socio-laboral de las personas trans en la sociedad, si **bien su inclusión en la sociedad todavía está muy lejos de ser una realidad.** Para conseguirla se falta como, ellas mismas afirman, trabajar en la erradicación de los estereotipos que todavía existen sobre el colectivo.

Además, las **múltiples discriminaciones a las que se enfrentan las personas trans no solo se deben a su condición de inmigrante, sino que la diversidad del colectivo tiene como consecuencia que personas trans de diferente etnia, región, orientación sexual y cultura se enfrenten a las mismas.** Entre las historias de vida recogidas en este documento encontramos la vida de una mujer gitana que muestra esta múltiple discriminación.

Por otro lado, este documento se recogen historias de vida de mujeres muy **diversas. En concreto contamos con 3 mujeres menores de 30 años, el grupo más numeroso es de 30 a 50 años con 10 personas en ese grupo de edad (9 mujeres y un hombre), entre 50 y 70 años contamos con 9 mujeres.** La edad media de las personas que han colaborado contándonos sus historias se sitúa en 47 años. Leyendo sus vidas se puede observar claramente la evolución de las personas trans en la ciudad de Madrid. Mientras la **mayoría de las personas de más edad tuvieron que enfrentarse al rechazo de sus familias y se vieron obligadas a ejercer la prostitución como única opción de supervivencia, las generaciones más jóvenes cuentan con un mayor apoyo familiar, una vez que éstas asumen y llegan a comprender la situación de las personas trans.**

Al ahondar en la edad se puede observar que las personas trans de más edad se enfrentaron a su proceso de transición a una edad más tardía, tras años, muchas de ellas,

ejerciendo la prostitución para conseguir el dinero necesario para la operación y comprando las hormonas en “mercados no muy fiables”. Asimismo, existen mujeres trans que no se atrevieron a hacer visible su condición de trans y se pasaron toda su vida viendo en una identidad de género con la que no se identificaban. Algunas de estas personas decidieron transicionar tras su jubilación. El miedo a perder su trabajo, a ser rechazados/as y enfrentarse a sus familias les impidió vivir la vida que deseaban. Por otro lado, las personas más jóvenes se enfrentan a su transición a edades más tempranas y con unas condiciones sanitarias de calidad, además de con el apoyo de sus familias, amistades y administraciones públicas. Esto les está permitiendo llevar a cabo una transición sin problemas, acabar sus estudios e insertarse en el mercado de trabajo. Si bien estas personas siguen enfrentándose a situaciones de transfobia en su vida diaria.

Además, no se puede dejar de mencionar cómo la gran mayoría de las personas entrevistadas que se vieron forzada a prostituirse han logrado dejarla e insertarse en el mercado de trabajo gracias al apoyo que han recibido por parte del movimiento asociativo y de las administraciones públicas de la ciudad de Madrid.

Por último, indicar que si bien este documento **recoge la diversidad de las personas trans no se puede obviar algo que todas tienen en común**. En un momento de su vida se dieron cuenta que su identidad de género no correspondía con su cuerpo y tuvieron que enfrentarse primero a un conflicto con ellas mismas, para posteriormente encontrar la fuerza para ser ellas mismas ante sus familias, sus amistades, su ámbito laboral, la sociedad, etc. Pero **una vez hecha pública su situación de persona trans, todas afirman que el momento de la transición a su identidad de género fue el momento más feliz de sus vidas, el momento en que su sueño se hizo realidad**.

Esta visión positiva que transmiten las personas trans al contar sus vidas servirá para que otras tras afronten su situación con normalidad y sabiendo que una vez superado el momento de su transición podrán llevar una vida digna y tener cubiertas todas sus necesidades. Del mismo modo permitirá el acercamiento de la transexualidad a la sociedad madrileña y este será el paso definitivo a la inclusión del colectivo.